

MORFOLOGÍA DEL GÉNERO EN ESPAÑOL

COMPORTAMIENTO DE LAS TERMINACIONES -O, -A

Ya en latín se sentía la oposición *-u -a*, en la gran mayoría de los casos, como oposición de masculino (o de masculino-neutro) y femenino. Los sustantivos en *-us* eran por lo común masculinos, y de ellos surgió la terminación *-o* del masculino español. Sobre la base de los sustantivos latinos en *-a*, la mayoría de los cuales eran femeninos, se constituyó la terminación *-a* del femenino español.

Se produjo entonces un doble proceso analógico: por una parte, acomodación del género a la forma; por la otra, acomodación de la forma al género. Al masculino convergieron, por influencia de la forma, los femeninos en *-us* y los neutros en *-u, -us, -um*, y al femenino los plurales neutros en *-a* que tenían valor colectivo. La desaparición del neutro representa el triunfo de este proceso: *templum, caelum, pratum* se hicieron así *templo, cielo, prado; corpus, tempus, pignus* se hicieron *cueros, tiempos, peños*, que luego, por su apariencia de plurales, dieron un singular analógico (véase MENÉNDEZ PIDAL, *Gram. hist.*, § 77b); los neutros de plural *folia, festa, fortia, cantica*, etc., se hicieron *hoja, fiesta, fuerza, cántiga*, etc. Y en este caso la alternancia latina de neutro de singular y neutro de plural (*lignum-ligna*) originó en español un sistema de alternancias de masculino y femenino (*leño-leña*), de extraordinaria productividad.

Los nombres de árboles y arbustos eran generalmente femeninos en el latín clásico: *juniperus, fraxinus, ulmus, myrtus, platanus, pinus, pirus, prunus*, etc. Por acomodación a la forma se hicieron masculinos en español: *enebro, fresno, olmo, mirto, plátano, pino, pero, pruno*, etc. En cambio los nombres de las frutas eran del género neutro (*pirum, citrum, pomum, prunum, sorbum*, etc.) y persistieron en la forma del colectivo plural en *-a*, incorporándose al femenino. Surgió así una oposición *-o, -a* de árbol y fruta que se extendió luego a los nombres indígenas de América: *guayabo-guayaba, guamo-guama, taparo-tapara, totumo-totuma*, etc.

El segundo proceso, de acomodación de la forma al género, se observa en los nombres de varias piedras preciosas:

lat. *amethystus* f. (del gr. ἀμέθυστος f.); ya en San Isidoro se hizo masculino, por acomodación a la forma, y así se explica el ant. ital. y ant. esp. *ametisto* (en los textos bíblicos y en Palencia, Nebrija, Alonso de Acevedo, Palet, Percivale, etc.). Lope, Tirso, etc. usaban *amatiste* m., y así lo registraba el *D. A.*: "Covarrubias dice *Amatista*, pero común-

mente se llama *Amathyste*" (documenta los *Amathystes* en la *Historia de Chile* de Ovalles y el *Amathyste* en la *Filomena* de Lope; en Chile se conserva el *amatiste* o el *ametisto*, según ECH. REYES, s. v.). Lope usaba también *ametiste* f., e igualmente Cervantes de Salazar y Villegas (N. Alonso Cortés, en su ed. de las *Eróticas o amatorias*, C. C., 161, documenta en cambio *lumbrosos ametistes* en la anacreóntica 22 de Meléndez); fray Antonio de Guevara, Huerta y Oudin, *ametista* f. *La amatista*, impuesto en la lengua moderna, se encuentra ya en Ercilla, Ruiz de Alarcón, Covarrubias, Ramón de la Cruz, etc. (véase D. H.; G. GAYA; PAGÉS)*; *amatusta*, errata por *amatista*, se encuentra en un texto bíblico de la Edad Media italiana (BLONDHEIM, *Les parlers judéo-romans*, Paris, 1925, p. 22);

lat. *smaragdus* m. y f. (del gr. *σμάραγδος* f.); *esmeraldo* se encuentra en el *Alexandre* (ms. P; *esmaragde* m. en O, 1307a); *esmeralda* f. en el *Canc. de Baena*, en Palencia, etc.; *esmaragda* en Nebrija; Corominas supone una forma antigua **smaragda* del latín vulgar o el romance arcaico; las vacilaciones de género, con la -a de acomodación morfológica al femenino, se han dado en toda la Rumania occidental; en el español moderno está impuesto la *esmeralda*;

lat. *topazion* n. (del gr. *τοπάζιον* n.) alternaba con *topazon* o *topazius* m. (del gr. *τόπαζος* m.) y aun con *topazios* o *topazius* f.; el *topacio* es general desde Palencia y los clásicos (*estopacio* en el *Alexandre*), pero en la Edad Media ha sido frecuente el f. con acomodación morfológica: *estopaza* en la *Gran Conquista de Ultramar* y en don Juan Manuel (DCEC); *tupaça de real mina*, *fina estupaça*, *gema de estupaça* en el Marqués de Santillana (C. C., 157, nota de García de Diego);

lat. *saphirus* f. (del gr. *σάφειρος* f.); como f. se encuentra a veces en el castellano antiguo ("de las piedras las çaffires", en el *Setenario* de Alfonso el Sabio, 62); en el *Alexandre*, *çafias* (ms. O, 1329; ms. P *safires*); antiguo *pedra zafira*; se acomodó al m. por la terminación (*el zafir*, *el zafiro*);

lat. *chrysoprāsus*, *chrysoprāsos* o *chrysoprasius lapis* m. (del gr. *χρυσόπρασος* m.) ha dado en castellano *crisopacio* m. (sin duda por influencia de *topacio*) y *crisoprasa* f. (Corominas cree que el femenino viene del francés *chrysoprase*); en Palencia, *crisoprasso*.

En latín la vacilación entre masculino y femenino se debía en parte

* Abreviaturas que se emplean en el presente artículo (y que no se utilizan normalmente en la NRFH): AL. SELFA = el *Vocabulario* de Góngora, por B. Alemany y Selfa; BELLO = la *Gramática* de Andrés Bello; C. C. = la colección de "Clásicos castellanos"; COV. = el *Tesoro* de Covarrubias; CUERVO = las *Apuntaciones* de R. J. Cuervo; D. A. = *Diccionario de Autoridades*; D. H. = *Diccionario histórico*; ECH. REYES = las *Voces usadas en Chile*, de A. Echeverría y Reyes; G. GAYA = el *Tesoro lexicográfico* de Gilí Gaya; GARCÉS = Gregorio Garcés, *Fundamento del vigor y elegancia de la lengua castellana* (3ª ed., Madrid, 1885); M.-LÜBKE = W. Meyer-Lübke, *Romanische Grammatik*; MIGLIORINI = B. Migliorini, *I nomi maschili in "-a"*, Roma, 1934 (tirada aparte de *Studi Romanzi*); PAGÉS = el *Diccionario* ["de Autoridades"] de Aniceto Pagés; P. H. U. = informaciones de Pedro Henríquez Ureña; R. DUARTE = el *Diccionario de mejicanismos* de F. Ramos i Duarte; RESTREPO = las *Apuntaciones idiomáticas* de Roberto Restrepo; ROMÁN = el *Diccionario de chilenismos* de M. A. Román; ROD. HERR. = Esteban Rodríguez Herrera, *Observaciones acerca del género de los nombres*; RZ. MORC. = el *Vocabulario* de Moratín, por F. Ruiz Morcuende; SALVÁ = la *Gramática* de Vicente Salvá (4ª ed., 1839); SEGOVIA = el *Diccionario de argentinismos* de L. Segovia; SELVA = la *Guía del buen decir*, de Juan B. Selva; S. FDEZ. = la *Gramática* de Salvador Fernández.

a la aposición con *lapis* m. (*topazius lapis*, etc.) o con *gemma* f. En español, en cambio, la tendencia al femenino se debe sin duda a la aposición con *pedra* f.¹ La *-a* analógica resuelve inequívocamente el conflicto de género.

El juego de las dos fuerzas se puede observar también en algunos nombres de animales:

lat. *talpa* era tradicionalmente m. (Virgilio, etc.), pero por acomodación a la *-a* se hizo también f. (ya en Plinio), o bien desarrolló analógicamente un m. *talpus* en latín vulgar (ERNOUÏT-MEILLET, *Dict. étym.*); se explica así el mozárabe *tauḫa* (DCEC) y el esp. *topo* (documentado desde el siglo xiii), así como la alternancia *topa-topo* del italiano;

lat. *damma* o *dama* era m. (Virgilio, Quintiliano, etc.), pero también a veces f. (Horacio, etc.); en latín vulgar se formó analógicamente *dammus*, que explica el esp. *gamo* (Corominas documenta además el esp. *gama* en Palencia y Nebrija, como nombre genérico).

Fuera de ese doble proceso de acomodación, que representa la fuerza reguladora del sistema, hay algunas voces que han pasado del masculino en *-u* (>*-o*) al femenino en *-a*, y viceversa, cambiando a la vez de género y terminación. Los casos son realmente pocos², y las causas no siempre claras:

¹ También *ágata* (f.) ha vacilado en latín (*achates* m. y f.); en griego era m. (*ἀχάτης*). Enrique de Villena escribía *la piedra ágates*; *ágata* en Laguna, Balbuena, Lope, Palet, Oudin, Covarrubias, etc.; *ácates* en Pineda, Acevedo (*la negra ácates*), Balbuena; *achate* en A. R. Fontecha (*D. H.*; G. GAYA, s. v.).

Hay que tener presente que los nombres de todas estas piedras están sometidos a influencias extrañas. En latín eran helenismos, y al griego habían llegado desde el cercano Oriente. Una serie de alternancias se dan también en los textos bíblicos, al traducir los nombres de las doce piedras del pectoral del gran sacerdote (BLONDHEIM, *Les parlers judéo-romans*, pp. lxxv-lxxvi). Aun modernamente son objeto de comercio internacional, con el consiguiente intercambio de formas.

Las vacilaciones y cambios se han dado también en las otras terminaciones: *el jaspe* (frente a lat. *iaspis* f., gr. *ἰασπίς* f.); *la antracita* (lat. *anthracites* m., gr. *ἀνθρακίτης* m.); *la pírta* (lat. *pyrites* m., gr. *πυρίτης* m.), y también en el caso de *ónix*, *sardónix*, etc. *Imán*, que es m. (del fr. *aimant*), ha pasado frecuentemente al f.: véase nuestro "Género de los sustantivos en *-e* y en consonante", *EMP*, t. 3, 194. Agréguese los siguientes pasajes del *Criticón* de Gracián, en que se ve la indudable influencia de *pedra*: "ésta es la piedra de toque que examina el bien y mal; ésta, la imán atenta al norte de la virtud" (ed. Romera-Navarro, t. 1, p. 173); "Estava fabricada de unas piedras tan atractivas, que atraían a sí las manos y los pies, los ojos, las lenguas y los coraçones como si fueran de hierro, con lo qual se conoció eran imanes del gusto, travadas en una unión tan fuerte, que les venía de perlas" (1, p. 306).

La aposición con *lapis* se ha fijado en el nombre de *lapislázuli* m. En el inventario de una botica de Zaragoza, año 1488, escrito en aragonés, aparecen en forma latinizante *lapis amatistis*, *lapris latzuli* y *lapris judayci* (BRAE, 9, 133). Cf. además *pedraimán*, *pedrabezar*, *pedrazufre*, *pedra alumbre*, *pedra rómez*, y asimismo *azúcar piedra*, *sal piedra*, etc. También el latín *lapis-lapidem* se hizo f. (está documentado desde el latín arcaico), de donde *la lápida*.

Obsérvese también que el lat. *beryllus* 'el berilo' era m., pero el gr. *βήρυλλος* f.; el lat. *chrysolithus* o *chrysolithos* 'el crisólito' era m. y f., del gr. *χρυσόλιθος* m.; el lat. *hyacinthus* o *hyacinthos* 'el jacinto' era m., pero el gr. *ἵακινθος* m. y f.

² De las listas de M.-LÜBKE, §§ 386-388, etc., hay que descartar los numerosos casos españoles en que el cambio se debe a una alternancia de formas con valor significativo (la forma nueva ha surgido para designar una variedad distinta del objeto): *bollo-bolla* (lat. *bullā*), *mazo-maza* (lat. **mattea*), *cuño-cuña* (lat. *cuneas*), *zanco-zanca* (lat.

lat. *calceus* m. ('calzado') ha dado esp. *la calza*; hay que suponer un latín vulgar **calcea* f. ('media'), quizá, como cree M.-LÜBKE, t. 2, § 388, por influencia de *solea* ('sandalia');

lat. *medulla* f. ha dado el castellano *meollo*; hay que partir de un latín vulgar **medullum* 'médula de un hueso', formado sin duda por sentirse *medulla* como plural colectivo.

El proceso de acomodación del género a la forma es el que tiene, con mucho, la primacía en la evolución del latín al español. La acomodación se ha producido también en los cultismos. En latín eran f. *cathetus*, *dialectus*, *diphthongus*, *diametros*, *pharus*, *lumbago*, *echo*, etc.; en español son m. *cateto*, *dialecto*, *diptongo*, *diámetro*, *faro*, *lumbago*, *eco*, etc.

Las únicas dos formas que se han salvado del doble proceso analógico son *la mano* y *el día*. Esa doble "excepción" es sin duda espectacular. La única interpretación que se ha dado, y sólo vale a falta de otras, es la siguiente: *la mano* ha conservado invariable su femenino por oposición a *el pie*; *el día* ha conservado su masculino por oposición a *la noche*³. Los analizaremos después, con sus diminutivos.

zanca), *cuenco-cuenca* (lat. *concha*), etc. Estas alternancias se explican perfectamente dentro de la vida del español. Como consecuencia, por extensión de unas y desaparición de otras, hay una cantidad de cambios aparentes. Otros casos se deben a que la forma castellana prolonga, no un singular neutro en *-um*, sino un plural colectivo en *-a*. En los nombres de árboles y arbustos (*aladierno-aladierna*, del lat. *alaternus* f.) hay el juego de tendencias más generales. Hay que descartar también como *arroz* (lat. *oryza*), en que el cambio se ha producido a través del árabe (por otra parte *almeja* no parece que venga del lat. *mytilus* o *mitulus*). La alternancia de postverbales (*desgano-desgana*, etc.) o de participios sustantivados (*vuelto-vuelta*) no representa cambios de género, sino nueva creación verbal.

³ La oposición de *mano* y *pie* en relación con el género parece que la apuntó por primera vez SALVIONI, *RIL*, 42, 839 (cit. por *REW*, 5339). Hay en la lengua un sistema tradicional de oposiciones de este tipo, que tienen su origen lejano en las creencias de los indoeuropeos primitivos: *sol-luna*, *cielo-tierra*, *juego-agua*, *cuero-alma*, etc. Véase MEILLET, *Linguistique hist. et ling. générale*, Paris, 1926, t. 1, 211-229: "la mano en general se designa en femenino evidentemente porque sirve para recibir los objetos" (p. 226; también 229). La oposición de género se mantendría así como un elemento más de la oposición semántica. Es decir, la morfología como elemento de oposición expresiva, psicológica.

La lengua es un sistema de oposiciones, y los términos antitéticos (antónimos) o correlativos se presentan siempre a la imaginación juntos, emparejados. Por eso presentan a veces evolución convergente, con intercambio de forma. Se explican así las analogías de desarrollo de *suegra-nuera* (lat. vulg. *socra-nura*), *diestra-siniestra* (lat. *dextra-sinistra*), *sol-sombra* (lat. *sol-umbra*; en Salamanca *solombra* 'sombra', corriente desde antiguo en dialectos leoneses, judeo-españoles, portugueses y occitanos: véase el *DCEC*), *de suso-de yuso* (lat. *sursum-deorsum*). Es posible que la *in-* de *invierno* (lat. *hibernum*) se deba a antítesis con *infierno* (el prefijo *in-* por *i-* es frecuente también en otras circunstancias; junto a *infierno* existe además el antiguo y dialectal *iferno*). La evolución analógica de *mi-ti-si* (lat. *mihi-tibi-sibi*, mozárabe *mib-tib*, latín medieval *michi-tichì*) y de *nuestro-vuestro* (lat. *nostrum-vestrum*) es sin duda del mismo tipo. ¿Y no lo es también, desde el indoeuropeo, la de *padre-madre*, con sus formas infantiles *papa-mama*, *papá-mamá*, y aun las recientes, de origen norteamericano, *papi-mami*? La analogía formal destaca aún más la oposición del significado.

En la evolución del género ese doble proceso de analogía y oposición de los términos antónimos o correlativos es menos evidente. M.-LÜBKE, t. 2, § 380, explicaba una serie de cambios de género por atracción analógica de palabras de significación parecida u opuesta: *la mar* (el uso actual es *el mar*, salvo en fórmulas fijadas; el habla popular y la lengua poética prefieren todavía el f.), por *la tierra* (otros autores han querido ver la atracción de *agua*); *el valle* (lat. *vallis* f.), por *el monte*, etc. Marchan

Junto a ellos han penetrado en castellano, en distintas épocas y de diversas procedencias, una serie de femeninos en *-o* y de masculinos en *-a*, con fortuna varia. Tiene interés estudiarlos para ver a la vez el comportamiento del sistema y el tratamiento de los cultismos.

En este estudio nos vamos a limitar a los sustantivos que no presentan ninguna referencia a sexo (nombres de cosas, abstractos, etc., y también los llamados "epicenos"), en que el comportamiento de la forma es independiente de la significación.

I. FEMENINOS EN *-O*

Ya hemos visto que el latín popular sólo nos ha dado *la mano* (también it. *la mano*, port. *a mão*). Esta forma anómala no presenta vacilación ninguna en toda la historia de la lengua⁴. Pero en la derivación diminutiva y aumentativa ha triunfado en la lengua general la tendencia a resolver la anomalía: *la manita*, *la manija*, *la manilla*, *la manecilla*, *la manaza*. Sin embargo, gran parte del dominio hispánico usa *la manito*, aun en el habla culta⁵.

Por vía culta han penetrado otros femeninos en *-o*, pero han sido poco estables, a menos que se hayan mantenido en un ambiente puramente culto o erudito. Veamos los que hemos podido encontrar:

la nao (también f. en port.), del cat. *nau* (<*navis*); se ha usado en castellano desde el siglo XIII (las *Partidas*) hasta el período clásico (DCEC), sistemáticamente como f.; hoy es voz limitada al lenguaje retórico;

la seo, ant. *la Seu*, del arag. *Seo* 'Iglesia catedral' (del. cat. *seu* < lat. *sedes* f.); está documentado desde Calderón, pero es de uso muy limitado, y casi con valor toponímico (*la Seo de Urgel*, etc.);

la sínodo (del lat. *synodos*, *synodus* f., gr. *σύνodos* f.) era f. para los eruditos del período clásico: *la sínodo santa* en Juan de Mena, *Laberinto*, XI; *dicha sínodo* en Cov.; *una sínodo* en las *Cartas filológicas* de Cascales (ed. C. C., 169); *la sínodo santa* en el Comendador Griego (*D. A.*); "juntó Cortés *una sínodo*, que fue la primera de Indias", en Gómara, *Hist. de la conq. de México* (ROD. HERR., t. 2, § 317, n. 1); *la sínodo general* en Aldrete, *Origen de la lengua cast.*, fol. 59 r^o; *la sínodo diocesana* en las *Constituciones synodales del arzobispado de los Reyes*, año 1613. El *D. A.* lo da como m. y f. (así se mantiene hasta la 5ª ed. del *DRAE*),

efectivamente juntas en cuanto al género las parejas *la hiel-la miel* (lat. *mel*, *fel*, n.), *la hoz-la coz* (lat. *calcem* f., a veces m.), *la grey-la ley* (lat. *gregem* m., pero f. en latín vulgar): véanse nuestras "Vacilaciones de género en los monosílabos", *BAV*, 1951. Sobre las vacilaciones de *dies*, en latín y en las lenguas romances, que se han tratado de explicar por influencia de *nox* o de otras voces afines, véase más adelante. En unos casos se alega la atracción por analogía; en otros, la oposición. En realidad se trata de hipótesis a falta de una explicación más satisfactoria.

⁴ *El mano* 'el que es mano en un juego' tiene otro carácter; prescindimos de él por ahora, como de todos los nombres que presentan referencia a sexo. En Venezuela en algunos juegos el que sigue al *mano* es *el trasmano*, y de ahí el diminutivo *el trasmanito* y *la trasmanita* que menciona RIVERO, *Voces nuevas*, 17.

⁵ En la Argentina, Chile, Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela (en la región andina hasta la gente del pueblo dice, sin embargo, *la manita*), Costa Rica, Nicaragua, Puerto Rico y Santo Domingo. También en Andalucía, junto a *la manita*. En Álava la madre-selva se llama *manicos de Dios* o *manitas de Dios*. Véanse nuestras *Buenas y malas palabras en el castellano de Venezuela*, Caracas-Madrid, I, 2ª ed., pp. 356-358. Cf. más adelante *la manita*, azúcar purgante.

documenta al *barbárico sínodo* en la *Descripción de África* de Luis de Mármol, y registra *sínodo diocesano*; desde la 6ª ed. (1822) el *DRAE* lo da como m.; BELLO decía (§ 178): "Algunos usan como del género femenino a *sinodo*; pero ya es rara esa práctica"; todavía ECH. REYES, en Chile, creía que lo correcto era el f. También en francés *synode* era f. en el siglo XVI; hoy, como en español, m.;

la *testudo*, un latinismo del lenguaje militar, era f. en el *D. A.* (documentado en la *Corona gótica* de Diego de Saavedra); todavía lo usaba como f. Moratín ("parecían una testudo romana", *Com.*, disc. prol.); ha terminado por acomodarse al m. y así figura en el *DRAE* desde la 10ª ed.; F. López de Zárate escribe *la frente del testudo* (en *Invención de la Cruz*, cit. por CUERVO, Nota 31 a Bello), y Galdós *el testudo romano* (*La batalla de los Arapiles*, en *Obras*, t. 1, 959a);

la *método* (del lat. *methōdus* o *methōdos* f., del gr. *μέθοδος* f.) era frecuente en los tratadistas clásicos: *la método y corrección* en el título de los *Quatro libros de las plantas y animales en la Nueva España*, México, 1615 (P. H. U.); *buena método, nuestra método*, en la *Orthografía y orthologia* del P. Miguel Sebastián, Zaragoza, 1619 (*Biblioteca de La Viñaza*, cols. 1201, 1202, 1205); *Cov.*, en 1611, dice: "Cicerón la llama *brevi dicendi compendium*" (el *la* implica uso femenino); ya es m. en Góngora ("sin tener método algún"), y así sistemáticamente para la Acad. desde el *D. A.*;

la *periodo* (del lat. *periodus*, gr. *περίοδος* f.) en la Introducción de Francisco Ignacio de Porres a una *Justa poética* publicada por él en Alcalá de Henares, 1658, p. 26: "el año 6370 de la Periodo Juliana" (información de A. Alatorre);

la *cartilago* (del lat. *cartilago* f.) se encuentra a veces (*una cartilago* en la *Anatomía* de Manuel de Porras, Madrid, 1716, pp. 51 y 96, cit. por S. Fdez., 162); figura sistemáticamente como m. desde el *DRAE* de 1780; aun la forma hispanizada *cartilágine* la usó en m. Lope de Vega en *La Circe* ("Suenan los cartilágines", *D. A.*);

la *libido* (del lat. *libīdo* 'libídine') es un latinismo introducido recientemente por la literatura psicoanalítica y muy difundido hoy en los trabajos de psicología; con mucha frecuencia se lee y se oye, en España y América, *la libido* (así, por ejemplo, en la *Enciclopedia Espasa*), con falsa acentuación esdrújula, favorecida sin duda por la anomalía morfológica.

No será difícil encontrar algunos más, de vida circunstancial o efímera⁶. Hay que agregar unos pocos nombres en *-os*, latinismos o helemismos de uso erudito, que conservan el femenino etimológico o se han usado como femeninos por ultracorrección. La terminación *-os* es anómala en singular; el género femenino duplica la anomalía, pero le quita a la forma la apariencia de plural; la doble anomalía destaca el carácter exótico o erudito de la palabra (lo mismo pasa, como veremos, con una serie de masculinos en *-as*). Reunimos los siguientes casos:

⁶ Por ejemplo, *la cáligo* usa Valle-Inclán en *La lámpara maravillosa*, Madrid, 1922, p. 167 ("divina cáligo"), con acentuación ultracorrecta (lat. *caligo* f.); el *D. A.* registraba *caligo* m. como anticuado y lo documentaba en la *Coronación de Mena*.

Desde luego, se dice la "*consecutio temporum*" y la "*ratio studiorum*". Pero en la Argentina hemos oído a algunos profesores, incluso a uno de latín, el "*ratio studiorum*", y el m. parece tradición jesuítica: así escribe el P. Guillermo Furlong, en *La cultura femenina en la época colonial*, Buenos Aires, 1951, p. 176, y el P. Juan C. García, académico colombiano: "el *Ratio Studiorum* u ordenanza docente de la Compañía de Jesús..." (*BICC*, 3, 1947, 286).

la *anagiros* usa Huerta en su traducción de Plinio ("la anagiros, a quien llaman algunos acopon, es ramosa", *D. H.*), del lat. *anagyros* f., gr. ἀνάγυρος m. y f.;

la *lotos* (del lat. *lotos* o *lotus* f.; ya en Marcial m.) escribía Sánchez de Viana en la traducción de las *Metamorfosis* de Ovidio, X ("Los salces y la lotos remojada/vinieron con el plátano frondoso", P. H. U.);

la *monopastos* (la garrucha de una sola rodaja) y la *polispastos* (la de muchas rodajas), del lat. *polyspaston* n., gr. πολύσπαστον; el *D. A.* los documentaba en el P. Tosca, *Compendio matemático*, t. 3, 311 (CUERVO, Nota 33 a Bello, observó que en la p. 312 de esa obra figura *monospastos*, correcto etimológicamente, y que la forma adoptada por la Acad. es una errata; la errata se impuso hasta hoy por un falso sentimiento etimológico); luego ambas voces pasaron al m., *polispastos* desde la 10ª ed. del *DRAE*, *monopastos* desde la 12ª (1884); hoy figuran como m., con todas sus variantes (vemos un *polipasto*, los *polipastos* en la *Física elemental* de Humberto Parodi, Caracas, 1955);

la *quersidros*, del lat. *chersydros* o *chersydrus* m., gr. χέρσυδρος m.; lo emplea Gonzalo de Céspedes, *El español Gerardo*, *BAE*, t. 18, 230b, en su descripción de las serpientes del África ("se crían los soñolientos áspides, la escamosa emorrois, la inconstante quersidros, la pintada cenceris [el texto dice *ceneris*], la arenosa amodites, la descoyuntada cerastes"...).

Como se ve, se trata de voces de uso muy restringido, que no han pasado a la corriente general de la lengua. También tiene carácter ultraculto el género de la siguiente:

parasemo (mascarón de proa de las galeras de los antiguos griegos y romanos) es f. para el *DRAE*, a pesar de ser n. en latín y griego (*parasemum*, παράσημον); entra en el *DRAE* (12ª ed., 1884) en la forma *parasema*, a favor de σήμα 'signo'; luego (13ª ed., 1899) *parasemo*; el *Dicc.* de Barcia trae *parasema* m.

Carácter distinto tienen *la moto* y *la foto*, formas abreviadas de *la motocicleta* y *la fotografía*. La conciencia etimológica mantiene inalterable el género. Pero en el caso de *la radio* (de *la radiotelefonía*), *la dinamo* o *la máquina* (de *la máquina dinamoeléctrica*), *la magneto* (de *la máquina magneto-eléctrica*) —casos de "denominación condicionada" los llama S. FDEZ., 162—, no es vivo el sentimiento etimológico. Además, es probable que las formas reducidas hayan llegado a algunas regiones hispánicas ya hechas, como aportación del francés o del inglés. La terminación las arrastra al masculino⁷.

⁷ Sobre las vacilaciones de *radio*, *dinamo*, *magneto*, *polio*, etc., véase NRFH, 7, 111, n. 23, y *Buenas y malas palabras en el castellano de Venezuela*, II, 271-274. Emilio Lorenzo, en EMP, t. 6, 75, encuentra en el habla rústica, popular e infantil de la Península *el arradio*, *el amoto*. Agreguemos algunas noticias:

el radio se oye también esporádicamente en el interior de la Argentina y aun en Buenos Aires y en algunas partes de España (Galicia, por ejemplo);

el linotipo es general en México y en Venezuela, y lo emplea Mariano Picón Salas, *Regreso de tres mundos*, 118 ("los linotipos de los periódicos"); en Cuba los linotipistas escriben y dicen *el linotipo*, pero hay autores que emplean *la linotipo* (ROD. HERR., I, 74); Segundo Serrano Poncela, que fue profesor en Puerto Rico, escribía "su máquina de lineotipos" (*Cirios rojos*, 208), como uso puertorriqueño; la Academia prescribe *la linotipia*; es general *el teletipo*.

En cambio *el cromo* se ha tomado directamente del francés (*le chromo*) y no presenta vacilación en castellano. En francés era general el f., pues es abreviación de *la*

Hay también siglas en -o que se usan en f.: *la Unesco* ("United Nations Educational, Scientific, and Cultural Organization"), *la Nato* ("North Atlantic Treaty Organization"; más frecuente hoy *la Otán*), *la Fao* ("Food and Agriculture Organization"), *la Uno* o *la Onu* ("Organización de las Naciones Unidas"). Son designaciones muy recientes y no se puede predecir su porvenir. Carácter parecido tiene *la Gestapo*, del alemán *die Gestapo* ("die Geheime Staatspolizei", la policía secreta del Estado).

En cambio, hay un importante femenino en -o de uso popular: *la sinhueso*. Corominas cree que ya lo usaba Quevedo, pero no lo hemos encontrado antes del siglo XIX: "mi atrevida sin hueso" en Larra (*C. C.*, 1, 47). Es una forma eufemístico-humorística, y sin duda su género está determinado por *la lengua* (*la... sin hueso*).

Nos quedan por último otros femeninos en -o en los nombres de ciudades, regiones, establecimientos etc., lo que S. Fdez. llama "denominaciones". En latín los nombres de ciudades y poblaciones, aun los terminados en -o -us, eran en general femeninos (*Carthago*, *Carthago Nova*, *Segisamo*, *Saguntus*, *Tarsus*, *Corinthus*, etc.), sin duda porque presuponian *urbs*, *civitas*, etc. Algunos de ellos acomodaron su forma al género: lat. *Tarraco*, hoy *Tarragona*; lat. *Barcino*, hoy *Barcelona*; gr. *Emporion*, lat. *Emporiae*, hoy *Ampurias*. En general, en castellano se rigen por la terminación, pero con frecuencia prevalece la tradición latina o el sentimiento implícito de *ciudad* o *villa*: "En Toledo la magna, un famoso lugar", "En Toledo la buena, esa villa real", "En Toledo la noble", escribía Berceo (*Milagros*, coplas 47, 48, 413). ROD. HERR., t. 2, §§ 831, 833, cita los siguientes pasajes: "Así fue destruyda Tiro, la muy preciada" (*Alexandre*, 1070), "Sagunto fue fundada de los griegos" (Guevara, *Epistolas familiares*), "Damasco es tomada" (H. del Pulgar), "Toledo es muy honrada entre las honradas" (*Vida de San Ildefonso*). Andrés Bello escribía "la plácida Pafos" en su poema *Al Anauco* (*Paphus* o *Paphos* era f. en latín, y también lo era el gr. Πάφος); en su poema al *Biobío* hablaba de "Santiago orgulloso", pero en su canto *El incendio de la Compañía*, decía: "Yo te vi en tu edad primera/ dormida, esclava, Santiago.../ Y te vi del largo sueño/ despertar altiva, ardiente" (ROD. HERR., *loc. cit.*).

También en el uso literario actual el f. es bastante frecuente: *la mercantil Cartago*, *la antigua Corinto*, *la histórica Sagunto*, etc. La Academia (*Gram.*, § 14f) dice que en *la gran Toledo* se sobreentiende *ciudad*⁸. En rigor, siempre es posible tratar como femenino un nombre de

chromolithographie (*des chromos jaunies* en Romain Rolland, *la chromo moralisante* en L. Gillet, *une chromo* en Bedel), pero terminó por imponerse el m. (en Jules Renard, Bernanos, Giraudoux, etc.). Véase GRÉVISSE, *Le bon usage*, Paris, 1953, § 273. Todavía André Gide escribía *la chromo* en 1910 en su *Journal*.

⁸ En el caso de *Toledo* (lat. *Toletum* n., *Toletus* f.) ha habido vacilación: usaron el masculino Mariana ("Pasado Toledo, a la ribera del mismo río estaba asentada Talavera"), Alcalá Galiano ("Toledo permaneció libre hasta el 19 de diciembre, día en que le ocuparon los franceses") y otros. Ya hemos registrado el antiguo uso femenino. Se encuentra además en Huerta: "Toda júbilo es hoy la gran Toledo" (citas de BELLO, § 165); en N. F. de Moratín, *La caza*, canto II (*BAE*, t. 2, 53b): "Con sus hojas contenta esté Toledo", y en Rivas ("en la famosa Toledo", *Un castellano leal*, *C. C.*, t. 2, 21). Todavía hoy es frecuente, sobre todo en evocación histórica: "Toledo fue con-

ciudad en -o (o en cualquier otra terminación). Y hasta parece que a veces se quisiera jugar con la anomalía morfológica: *toda Tarso* (en el *Apolonio*, 352) junto a *todo Málaga*. En la Argentina hemos anotado: "La Chicagó argentina" (Rosario), "Trieste, esa Hamburgo del Sur" (*Nac.*, 24 enero 1942), "Fue bombardeada Palermo" (en una crónica de la guerra última), etc. Pero también el m. analógico: "el rodeado Leningrado", "el Rosario", etc. Hemos de ver más adelante que en los nombres de pueblos, ciudades y aldeas subsiste siempre cierta vacilación en el género, aunque en algunas partes haya una tendencia decidida hacia el m., cualquiera que sea la terminación⁹.

A veces se distingue entre el f. de la ciudad y el m. del país. Hacia

quistada", "la hermosa Toledo", etc. La *Gramática* de Salvá prescribía el m., por la terminación ("Toledo está sitiado"), pero admitía el f.: *Toledo fue combatida*, "que es lo mismo que si dijéramos *La ciudad de Toledo fue combatida*". Es también la norma académica (§ 13f): *la gran Toledo*. Véase la nota siguiente.

El femenino era también habitual en las nuevas fundaciones: en 1520 Gonzalo de Ocampo fundó *la Nueva Toledo* en el actual territorio venezolano (en el siglo xvi se fundó *la Nueva Burgos* en el Nuevo Reino de Granada, población pronto despoblada, según cuenta fray Pedro de Aguado en su *Historia de Venezuela*, t. 1, 845). En el Virreinato del Perú existió, en el siglo xvi, la gobernación de *la Nueva Toledo* (*Comentarios reales* del Inca Garcilaso, 1ª parte, libro VII, cap. 8, y 2ª parte, libro II, cap. 19), que subsistió hasta el siglo xviii.

⁹ Sobre el género de los nombres de pueblos y ríos hubo hace poco —por incitación de Azorín— una serie de artículos y cartas en el *ABC* de Madrid (23, 25, 27, 29 y 30 de julio; 2, 3, 6, 8, 10, 12, 15, 16, 22, 24 y 30 de agosto de 1961).

Lo tradicional era el f. en los nombres de pueblos. *Madrid*, por ejemplo, ha sido f.: Dámaso Alonso (25 de julio) cita el "Soneto del autor a la misma Madrid" del madrileño Juan Hurtado de Mendoza (*Buen placer trovado*, 1550) y el uso de Góngora ("émula la verán siglos futuros..."). Lo seguía siendo para Moratín: "Madrid, sola", "¡Oh Madrid altiva!", "la gran Madrid" (*ROD. HERR.*, t. 2, § 831). Todavía hoy cree A. Zamora Vicente (*ABC*, 2 de agosto) que las personas de edad avanzada prefieren a Madrid como villa femenina (*coronada, limpieta, simpática*), pero los jóvenes un *Madrid limpio, simpático*, etc.

Dámaso Alonso cree que hoy son femeninos los que terminan en -a, y los demás m. (cita "el amado Petrel, tan recatado" y "Alicante, protegido contra los vientos", en *Surrealismo* de Azorín), pero que puede mantenerse el f. cuando se habla con perspectiva histórica ("Cartago estaba asentada en la costa del Mediterráneo..."). Zamora Vicente señala que la preferencia por uno u otro género se debe a que unas veces se piensa en *pueblo* o *lugar* y otras en *ciudad* o *villa*, sin contar influencias de orden afectivo que actúan en cada caso.

Azorín, que preguntaba (23 de julio) por qué una revista se titulaba "Nuevo Alcalá", cita (28 de julio) el verso de Zorrilla, al volver de América: "¡Que ésta es Valladolid!"

Los alumnos del Curso para Extranjeros de Santander (3 de agosto) creen que es general la vacilación: *el Toledo árabe, el Toledo de hoy, Toledo es hermosa, la Toledo de ayer; Alicante es precioso, la bella Alicante; Calatayud es pintoresco, la pintoresca Calatayud; la Santa Fe de los Reyes Católicos o el Santa Fe de los Reyes Católicos*; etc. La terminación —dicen— contribuye a la preferencia, aunque no es decisiva; creen que quizá pesa más la asociación con *villa, ciudad, población*, etc. En algunos casos observan fijación en el uso: *la Coruña, el Ferrol, el Carpio, el Cairo, el Madrid moderno, el Madrid de Goya, el San Sebastián del siglo pasado* (en nombres de origen m.), *el moderno Veracruz* (en Hernán Cortés, sin embargo, la *Veracruz*), *el París del siglo xiv*, etc. La Academia (véase nuestra nota anterior) prescribe el m. (*Madrid, Calatayud, Suez*, etc.), excepto para los terminados en -a, pero admite fuera de esos casos el f. cuando se presupone *ciudad*, o el m. cuando se presupone *pueblo*.

Sobre los masculinos en -a véase más adelante. Otros casos de vacilación antigua y moderna en *ROD. HERR.*, t. 2, §§ 831-833.

1600 escribía Juan de la Cueva: "México, edificada sobre la mar, ... cercada de dos mares" (cit. por MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de la poesía hispanoamericana*, Madrid, 1911, t. 1, 34, o *Antología de poetas hispanoamericanos*, Madrid, 1927, t. 1, p. xxvii). En 1604, "la famosa México", en la *Grandeza mexicana* de Balbuena. Hacia la misma época escribía Juan de Escóquiz un poema, *México conquistada* (que según Menéndez Pelayo merece la palma de la infelicidad). N. F. de Moratín escribía: "A quien su inmensa Méjico en precioso / bálsamo adora. . ." (*Las naves de Cortés*, cit. por ROD. HERR., t. 2, § 833). Menéndez Pelayo escribía: "la México española", "la México de Ruiz de León". Todavía hoy hay autores que distinguen entre *el México del siglo xvi* (el país) y *la México del siglo xvi* (la ciudad)¹⁰.

Los nombres de los países se rigen en general por la terminación. Hoy *Egipto* es m. por terminar en -o, pero en la tradición antigua y clásica era f., como el lat. *Aegyptus* y el gr. *Αἴγυπτος*: "Por la primera sangre fue Egipto domada", en Berceo, *Sacrificio*, 155; "A Arabia cargada, a Egipto amedrentada. . . / vinieron de Asia y portentosa Egipto/ los árabes y leves africanos", en Herrera, *Por la victoria de Lepanto* (*apud* ROD. HERR., *loc. cit.*).

La literatura clásica trataba también como f. a *Quersoneso* (del lat. *Chersonesus* f., gr. *Χερσόνησος* f.): "la Címbrica Quersoneso" en Mariana (también f. en Balbuena); todavía BELLO, § 178, creía que debía usarse el f. (*la Quersoneso Címbrica, Táurica*, etc.). La Acad. ha adoptado el m.: *el Quersoneso Címbrico*. En cambio, no sabemos que haya vacilado *el Peloponeso*, del lat. *Peloponnesus* f., gr. *Πελοπόννησος* f.

En nombres propios de establecimientos o entidades de cualquier clase puede mantenerse la anomalía: *la Pacífico* (nombre de una compañía), *la Sarmiento* (nombre de una fragata), *la Metro* (Metro Goldwin Mayer Company), etc. El género está referido al objeto o entidad que designa, y no a su nombre propio. Véase más adelante el estudio de las "denominaciones".

Tiene otro carácter, y no cabe aquí, la vacilación de *pro* (*buena pro le haga, la pro comunal*) y otros agudos en -ó (véase nuestro estudio del género de los monosílabos en el *BAV*, 1951). La lengua tiene finalmente un cultismo femenino en -u, que ha presentado vacilaciones:

la tribu, del lat. *tribus* f.; ya en la *Vetus latina*, la primera traducción latina de la Biblia, se encuentra por lo menos una vez en m. ("alio tribu", cit. por BLONDHEIM, *Les parlers judéo-romans*, 127); en español antiguo y clásico era frecuentísima la acomodación al m.¹¹; en la *Biblia medieval romanceada* (Éxodo, 28:21; Números, 1:4); en el *Setenario* ("el

¹⁰ El actual estado norteamericano de New Mexico se llamó en la época de la colonización española (fines del siglo xvi) *la Nueva México*, quizá por influencia de *la Nueva España, la Nueva Andalucía, la Nueva Granada*, etc. El poema de Gaspar de Villagrà que describe esa primera colonización se titula *Historia de la Nueva México* (publicado en Alcalá de Henares, 1610). Terminó por imponerse *Nuevo México*, por influencia de la terminación. Véase *la Nueva Toledo* en la nota anterior. De manera análoga un barrio actual de Buenos Aires se llama *la Nueva Chicago*, sin duda por analogía con *la Nueva Pompeya*, otro barrio de la ciudad, más antiguo.

¹¹ Los otros cultismos en -u, -us son todos masculinos: *espíritu, ímpetu, ángelus, virus*. También el antiguo *apetitu*, hoy *apetito*. Ya lo eran en latín (excepto *virus*, n.).

tribu de Judá", 98) y en las *Partidas* ("el tribu de Judá", "todos los demás tribus", libro VII, tít. xxv, ley 1); en el *Alexandre* ("todos los doce tribus", ms. P, 1222); en los *Castigos* (siglo xiii, cit. por G. DE DIEGO, *Gram. hist.*, § 128); en el *Corbacho* del Arcipreste de Talavera (cit. por Tiscornia, *BDH*, t. 3, 94, n. 5); en Lucas Fernández ("del tribu de Rubén", *Farsas y églogas*); en la *Paráphrasis* de Cáceres, en el Tostado (alterna con el f., según CEJADOR, *La lengua de Cervantes*, t. 2, s. v.); en el *Estebanillo* ("la limosna del tribu de Abrahán", ed. C. C., t. 1, 211); en el *Auto de la Assumptión de Nuestra Señora* (Colecc. de Rouanet, cit. por Rodríguez Marín, ed. del *Quijote*, C. C., t. 2, 233 n.); en Juan de Valdés, *Diálogo de doctrina cristiana* ("los doce tribus", cit. por S. FDEZ., 162); en fray Luis de Granada (G. DE DIEGO, *loc. cit.*; GARCÉS, t. 2, 64-65); en Juan de Ávila (SÁNCHEZ MOGUEL, *La lengua de Santa Teresa*, 82); en Valdivielso ("del tribu de Judá", en *Vida de San José*, 1); en el *Quijote* ("los doce tribus de Israel", I, 23, en la ed. príncipe; corregido en las posteriores); en Góngora ("del tribu de Judá", cit. por AL. SELFA); en el *Anticristo* de Alarcón (*BAE*, t. 20, 359); en Calderón ("del tribu de Neftalí"); en Cov. ("el tribu", "los diez tribus", "el principal tribu", "el tribu de Judá", etc., s. v. *Judas, Israel, Judá, Heber*, etc.); en Baltasar Dorantes de Carranza (*Sumaria relación de las cosas de la Nueva España*); en los *Coloquios* de González de Eslava ("los tribus de Israel", "del gran tribu de Judá") y en el Inca Garcilaso ("los tribus de Israel", *Comentarios reales*, 1ª parte, libro IV, cap. 8). La forma *tribo* de algunos textos medievales todavía subsiste en el *Vocabulario* de Palencia. El *D. A.* lo daba como ambiguo (así hasta la 6ª ed. del *DRAE*, 1822), y registraba "el tribu de los sarracenos" en la *Descripción de África* de Luis del Mármol, y "las tribus" en Esquilache. La lengua culta moderna ha impuesto el f.; en portugués subsiste todavía la vacilación (véase A. NASCENTES, *Dic. etim.*).

En resumen, por influencia culta han penetrado en la lengua algunos femeninos en -o de poco uso, la mayoría vacilantes. La única creación viva de la lengua en este terreno ha sido *la sinhueso*, formación de carácter eufemístico en la que se siente todavía la palabra eludida. En rigor, el único femenino que ha podido resistir de manera estable a la atracción analógica es *mano*.

II. MASCULINOS EN -A

Ya hemos visto que de los sustantivos patrimoniales de la lengua, sólo *dia* ha conservado en español el género masculino a pesar de su terminación, como en antiguo italiano, provenzal, catalán y portugués. La anomalía se ha mantenido firme en el diminutivo *el diita* (en contraste con la vacilación *la manita-la manito*) y en el compuesto *el mediodía*¹².

¹² El género de *dia* es, sin embargo, menos firme que el de *mano*. En el *Cancionero* de Amberes, hacia 1550, se encuentra el f. ("otra día en la mañana", en el romance del Conde Claros, cit. por S. FDEZ., 162). En judeoespañol hay tendencia a hacerlo femenino: en Constantinopla *las días* junto a *el día, los días* (WAGNER, *Beiträge zur Kenntnis des Judenspanischen von Konstantinopel*, Wien, 1914, 124); en Salónica, Bulgaria y Bitoli (Monastir), *la mediodía*, que CREWS, *Recherches sur le judéo-espagnol dans les pays balkaniques*, Paris, 1935, nota 362, atribuye a analogía con *la noche, la tadre* 'la tarde', *la mañana*, o bien a influencia de *la pasadía*, que se usa en judeoespañol. En poesía extremeña de Gabriel y Galán, *la meyudía* (A. ZAMORA VICENTE, *Fil*, 1,

Luego se han incorporado a la lengua una serie impresionante de masculinos en *-a*, la mayoría de ellos de origen culto. En primer lugar los helenismos en *-ma* y *-ta*.

a) HELENISMOS EN *-ma*

Los neutros griegos en *-μα* se incorporaron en general al neutro latino. Pero al pasar al habla popular, algunos, arrastrados por la terminación, se hicieron femeninos: *schema* y *glaucuma* en Plauto, frente al uso de los autores clásicos; *schema* y *stigma* en Petronio (*schema* entró realmente por vía oral y se hizo f.; los eruditos restablecieron el neutro); *cuma* (= *cyma*) en Columela; *rheuma* y *sagma* en San Isidoro; *anathema* aparece como f. en una inscripción de Mérida, del siglo VI; etc. También se ha pensado que el latín *lacrima* f. (arcaico *lacruma*, *dacruma*) se debe al griego *δάκρυμα* n.¹³

156). Obsérvese que el fr. *après-midi* es m. según la Academia francesa, pero en el uso es muy vacilante (GRÉVISSE, *Le bon usage*, § 275).

El mantenimiento de *el día* es más extraño que el de *la mano* porque ya en latín existió vacilación de género y porque la *-a* analógica hace pensar en acomodación inequívoca al femenino (en realidad la *-a* en latín puede ser independiente del género y se debe a la vieja analogía con las alternancias latinas *luxuries-luxuria*, *mollities-mollitia*, *materies-materia*, del latín clásico, que explica también las de *rabies-rabia*, *caries-caria*, *sanies-sanía*, etc., del latín vulgar). La analogía con los otros sustantivos en *-es* se manifestó ya en latín en el género de *dies*, que podía ser también f., y la vacilación persiste hasta hoy en algunas lenguas románicas (M.-LÜBKE, t. 2, § 380; REW, 2632; BLOCH, s. v. *dimanche*). Inversamente parece que existió la tendencia a la acomodación morfológica al masculino: en un documento galorrománico, entre los años 692 y 717, está registrada la forma *dius* (L. F. SAs, *The noun declension system in Merovingian Latin*, Paris, 1937, p. 351). Es posible que la persistencia del m. se haya visto favorecida en parte por el uso proclítico (en el nombre de los días de la semana) y por la alternancia de formas: en rumano *ziua*, *zi*; en italiano *dia*, *di*; en antiguo francés *die*, *dî*; en provenzal *dia*, *dî* (M.-LÜBKE, *loc. cit.*); en documentos leoneses antiguos *día*, *die*, *dies* 'días', *die joues*, *die sábado* y también *dimiercoles*; mirandés *die*, *dies* 'días'; en antiguo castellano *dia* y también *dié sábado* (STAAF, *Ancien dialecte léonais*, 291; HANSEN, *Gram. bist.*, §§ 71, 72, 164). Hay que tener en cuenta que las formas leonesas antiguas *dié*, *dî* se explican como un desarrollo fonético de *día* (como *mia* > *mie* > *mi*, etc.), y no como prolongación directa del *diem* latino; pero no es imposible que haya además una continuidad *diem* > *die* > *dî* (cf. fr. *lundi*, it. *lunedì*, etc.).

Spitzer, que estudió la oposición de *noctem* y *diem* en escala románica como recurso expresivo, se preguntaba si el cambio de género de *diem* (por ejemplo sardo *die* f.) no se debía a influencia de *noctem* (*Aufsätze zur romanischen Syntax und Stilistik*, Halle, 1918, 274-280). Ya Delbrück y Meillet se inclinaban a creer que en latín el paso de *dies* al f. (en general se supone que el m. es lo originario) se debía a *nox*; Kretschmer suponía en cambio analogía con *tempestas*, que en el latín arcaico significaba 'día'; Loefstedt lo explicaba por influencia de los sustantivos de la 5ª declinación (lo cual parece más verosímil), sin descartar la analogía con voces vecinas como *nox*, *hora* (véase J. V. O., "Le genre de *dies*", *ÉtC*, 7, 1938, 398-400). En el siglo XIII una glosa al *Doctrinale* de Alejandro de Villa Dei trataba de explicar el doble género de *dies*: algunos —decía— lo hicieron masculino porque es activo al expulsar a la noche; otros lo hicieron femenino porque es desalojado por la noche (es decir, porque se comporta de modo pasivo); el doble género se conforma, pues, a esas dos actitudes contrarias y se adapta a ellas; la noche por su parte es f. por ser tinieblas (*tenebrae*). Véase GERLACH ROYEN, *Die nominalen Klassifikations-Systeme der Erde*, Mödling bei Wien, 1929, p. 19.

¹³ Sobre los helenismos en *-ma* véase M.-LÜBKE, t. 2, §§ 29, 371; ERNOUT, *Morphologie historique du latin*, Paris, 1935, § 79; J. WACKERNAGEL, *Vorlesungen über Syntax*,

En general esos helenismos llegaron al castellano, como a las otras lenguas romances, desde las épocas más remotas, con los estudios de medicina y las demás artes liberales, por lo común a través del latín. Pero muchos son de penetración reciente o de formación erudita. Algunos de ellos se incorporaron en seguida al habla popular. Otros, en cambio, permanecen hasta hoy en un ambiente exclusivamente profesional. La atracción hacia el femenino, por influencia de la *-a*, ha sido mucho más decidida que en el latín popular:

apócima, *apócema* o *pócima* (lat. *apozēma*, gr. ἀπόζημα); el *D. A.* da *apócema* como f. y documenta la *pócima* en Paravicino y en Quevedo; Sobrino, en 1705, lo da como f. (G. GAYA); PAGÉS documenta *apócemas febrifugas*, *antiescorbúticas* en Jaime Vera, la *pócima* en Calderón, famosa *pócima* en Monlau, las *pócimas* en Bretón; la *pócima* se ha incorporado a la lengua general;

apostema o *postema* (lat. *apostēma*, gr. ἀπόστημα); una *apostema*, esta *apostema* en el *Libro de las fundaciones* de Santa Teresa (C. C., t. 1, 212, 213); una *postema* en el *Hospital de los podridos* de Cervantes y las *postemas* en Villaviciosa (ROD. HERR., t. 2, 214); el *D. A.* los trae como f. y documenta la *apostema* en las *Empresas sacras* de Francisco Núñez de Cepeda y las *apostemas duras* en la *Celestina* (véase también *D. H.* y G. GAYA), pero cita el *apostema edematoso* y los *apostemas* en la *Cirugía* de Juan Frago (s. v. *edema*, *edematoso*); una *postema... oculta en un lado*, en Tirso (PAGÉS); esta *apostema* en *Cantaclaro* de Rómulo Gallegos (Col. *Austral*, 172); los casos clásicos de el *apostema* no implican uso m. (era habitual el ante *a-* inacentuada); es f. en todos los diccionarios médicos;

asma (lat. *asthma*, gr. ἄσθμα); la Acad. lo da como f., desde el *D. A.* hasta hoy, y también los diccionarios médicos de Cardenal, Garnier y Delamare, Dabout y el de Larousse (*asma verdadera*, *aguda*, *alérgica*, etc.); una *poca de asma*, en 1557, en el *Viaje de Turquía* del Dr. Laguna, falsamente atribuido a Cristóbal de Villalón (ed. Madrid, 1918, 1, 135). Pero en España encontramos también el *asma bronquial idiopático*, los *asmas parasitarios*, etc., en una obra especializada de un médico español, *El asma y otras enfermedades alérgicas*, del Dr. Carlos Jiménez Díaz, Madrid, 1932. PAGÉS lo da como f., pero documenta el *verdadero asma idiopático* en José de Letamendi. A una misma persona le oímos una *prematura asma* y en seguida el *asma ese*. En Venezuela es frecuente el f. (*asma contagiosa*, *asma alérgica*). Quizá el mantenimiento del m. se vea favorecido por la *a-* (véase nuestro estudio en *BICC*, 5, 1949, 21-32);

bizma o *bilma*, *epitema* o *epitima* (lat. *epithēma*, gr. ἐπίθεμα); una *bitma* en el *Libro de los caballos*, del siglo xm (p. 37); la *bizma* en Cov.; esta *bizma* en el *Viaje de Turquía* de Laguna; la *bizma pródiga* en el *Estebanillo*; *bilma* f. en Percivale, 1623 (G. GAYA); el *D. A.* registra *bizma* f.; pero *aplicar un bizma* usaba Forner, *Exequias* (C. C., 98); la variante *pitima* (en Cervantes, Lope, Mateo Alemán, etc., *pic-tima*; el *D. A.* registraba *epithyma* f., que "vulgarmente se llama *pictima*"; PAGÉS documenta la *epitema* en Jaime Vera; así figura en el

t. 2, 45, y T. CLAUSEN en *RF*, 15, 797 (cit. por S. FDEZ., 160, notas); M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *Antología del latín vulgar*, Madrid, 1950, pp. 18, 134; MIGLIORINI, pp. 15-17; LEITE DE VASCONCELOS, *Esquisse d'une dialectologie portugaise*, Paris, 1901, § 70 (*uma sistema* en dialectos portugueses); NUNES, *Compêndio de gramática histórica portuguesa*, 5ª ed., 221-222.

Dicc. médico de Dabout, México, 1958; *la epítima* en el de Cardenal) se ha tomado del italiano y es siempre f. ("La Pítima contra la Ociosidad" se llamó una Academia fundada por el Conde de Guimerá en 1608: Romera-Navarro, ed. del *Criticón*, t. 2, 305); PAGÉS documenta *la pítima* en Manuel del Palacio y *una pítima* en L. Gutiérrez Gamero; en partes de Venezuela (ya documentado en 1858), en León (ZAMORA VICENTE, *Dialectología*, 289) y en judeoespañol (M. L. WAGNER, *Judeoesp.*, 22) *la bilma*; también *la birma* en Andalucía (ALCALÁ VENCESLADA, *Vocab. andal.*) y en Venezuela;

broma 'molusco que perfora las maderas' (gr. βρωμα 'caries'); f. en Percivale, 1599 ('a worme'); el *D. A.* documenta el f. en Fernández de Oviedo, y es el uso constante en el lenguaje marítimo (véase *D. H.* y G. GAYA);

calima (gr. κάλυμμα) 'red, rosario de corchos que sirve de boya'; es voz del habla marítima;

calma (lat. *cauma*, gr. καῦμα 'bochorno'); *esta calma* en Juan Manuel, *calma mansa* en el *Canc. de Baena*, *calmas pesadas* en Tirso, etc., etc. (*D. H.*, G. GAYA); *la calma* en Cov.; el *D. A.* documenta el f. en fray Luis de Granada, en Paravicino, el P. Bartolomé Alcázar y en poesía de Eugenio Coloma; "No he visto calma como la tuya" en Larra (PAGÉS); no lo hemos encontrado nunca en m.;

cataplasma (lat. *cataplasma*, gr. κατάπλασμα); *el cataplasma* en la *Cirurgía* de Vigo, ed. 1537; *una cataplasma* en Villarroel, etc. (*D. H.*); ya el *D. A.* lo daba como f.; PAGÉS documenta *las cataplasmas* en Luis Taboada y *una cataplasma* en Clemente Ramos; también es antiguo *el cataplasmo* (lat. *cataplasmus*), que es la forma que trae Cov. (cf. *metaplasmo*) y que el *D. A.* documenta en el *Dioscórides* de Laguna;

cima (lat. *cyma*, gr. κῦμα); ya era f. en el latín de Columela; aparece como f. desde los textos castellanos más antiguos (en Berceo *la cima* en *Duelo de la Virgen*, 204, *las cimas* en los *Milagros*, 756; véase LANCHETAS, *Gram. y vocab.*); el *D. A.* documenta el f. en Luis de Babia y en Calderón; no lo hemos encontrado nunca en m.;

coma, signo de puntuación (lat. *comma*, gr. κόμμα); ya el *D. A.* lo da como f., y lo documenta en fray Pedro Manero (1664); también f. en Cristóbal de Villalón (1558); cuando Juan de Castellanos, *Elegías*, IV, 162, dice que "no discrepan un tan solo comma", alude al signo musical, que ha sido siempre m.;

crema, diéresis (gr. τρῆμα, sin duda a través del francés); doc. desde el siglo XVIII (entra en el *DRAE* de 1790), siempre como f. (era al principio término de impresores);

diadema (lat. *diadēma*, gr. διάδημα); f. en Percivale, 1599 (G. GAYA) y en Cov.; *la segunda diadema* en Tirso, *las diademas* en Saavedra Fajardo (PAGÉS); Góngora lo usó en m. ("al diadema de luciente Apolo", véase AL SELFA) y también Jáuregui ("otro al diadema del imperio ausonio", cit. por ROD. HERR., t. 2, 216); la Acad., desde el *D. A.* hasta 1914, lo daba como ambiguo (ya lo criticaba SALVÁ: "al presente lo hacemos f."); *sacro diadema* en Olmedo (ed. México, 1948, p. 177); hoy exclusivamente f.;

eczema o *eccema* (del gr. ἔκζεμα, a través del francés *eczéma*, según Corominas) es f. para la Acad., pero el Dicc. médico de Cardenal dice que se usa más como m. (*eczema agudo, artrítico, escamoso*, etc.), y como m. lo dan el Dicc. médico de Larousse y el de Dabout; *los eczemas* escribe Miró, *El obispo leproso*, 43; es m. en gran parte de América (Argentina, Perú, México, etc.); en Colombia los eruditos lo hacen m., el pueblo f.

(RESTREPO, s. v.); en Venezuela se encuentra el m. y el f.; *un eczema tremendo* hemos oído siempre en España;

enema 'ayuda' (lat. *enēma*, gr. *ἐνεμα*; Corominas cree que se ha tomado del inglés en el siglo XIX); el *DRAE* lo da como f. (también los diccionarios médicos de Cardenal y de Dabout); lo hemos oído siempre como m. en España (así lo trae PAGÉS) y en la Argentina y Venezuela; también en Cuba (ROD. HERR., t. 1, § 386);

epifonema (lat. *epiphonēma*, gr. *ἐπιφώνημα*); f. sistemáticamente para la Academia, desde el *D. A.* hasta hoy, en contraste con el *fonema* (véase *NRFH*, 7, p. 95, n. 1); PAGÉS documenta *este epifonema* en Antonio de Valbuena; SALVÁ, p. 19, lo daba como "ambiguo" y decía: "lo hacen m. algunos respetables autores";

estratagema (lat. *stratagēma*, gr. *στρατήγημα*); es posible que se haya tomado del it. *strattagemma*, que se hizo f. en el siglo XVII (*DCEC*); *el estratagema en Celos se curan* de Tirso (GAGINI, *Dice. de costarríq.*, 140; SELVA, 2); "el alma del estratagema es el secreto", en las *Cartas filológicas* de Cascales (C. C., t. 3, 115); MIGUEL ALLVÉ SALVADOR, *Baltasar Gracián, escritor aragonés del siglo XVII*, Zaragoza, 1926, p. 174 n., dice que Gracián usa *estratagema* como m. (sin embargo, en el *Criticón*, ed. Romera-Navarro, t. 3, 222, *una estratagema*); *singularísimos estratagemas* en la *Defensa de las mujeres* de Feijoo (cit. por ROD. HERR., t. 2, 217); *alguna estratagema* en las *Guerras de Flandes* de Coloma (GARCÉS, t. 2, 64); como f. lo registra ya el *D. A.*;

flema, ant. *flegma* (lat. *phlegma*, gr. *φλέγμα*); *la fleuma* en el *Alexandre*, 1317; *flema podrida* en el *Libro de los caballos* del siglo XIII (p. 24); *la frema* en el Arcipreste, 293; *la flema* en Cov., y también en el *D. A.*, que lo documenta en Granada y Nieremberg; *la ignorante flema* en Tirso; PAGÉS documenta *las flemas* en Quevedo, *la flema* en Cervantes y Tirso y *linda flema* en B. L. de Argensola;

salma o *enjalma* (lat. vulg. *salma*, gr. *σάγμα*); *la salma* en Sem Tob; en el *Viaje del Parnaso* de Cervantes (cap. 4), "De más de cuatro mil salmas pasaba / que otros suelen llamarlas toneladas"; en Vegecio, *la Vulgata* y San Isidoro *sagma* era f.; el *D. A.* trae *enxalma* f. y lo documenta en el *Quijote* y el *Lazarillo*, y el refrán "no hay tal cama como la de la enxalma";

zeugma o *zeuma* (del lat. *zeugma*, gr. *ζεύγμα*), de la terminología retórica y gramatical; el *D. A.* lo da como f. y lo documenta en Fernando de Herrera.

Estos femeninos se apoyan en una serie muy grande de sustantivos en *-ma* de diversa procedencia, que son originalmente femeninos: *cuaresma* (del lat. *quadragesīma*), *chusma* (genovés antiguo *ciusma*), *bruma* (lat. *bruma*), *dracma* (lat. *drachma*, gr. *δραχμή*), *fama* (lat. *fama*), *flama* o *llama* (lat. *flamma*), *amalgama* (bajo latín *amalgama*), *escama* (lat. *squama*), *pantomima* (sin duda del fr. *pantomime*; el gr. *παντόμιμος* designaba al actor), *trama* (lat. *trama*), *goma* (lat. vulg. *gūmma*), *norma* (lat. *norma*), *forma* (lat. *forma*), *espuma* (lat. *spuma*), *pluma* (lat. *pluma*), *victima* (lat. *victīma*), *gema* o *yema* (lat. *gemma*), *marisma* (lat. *maritīma*), *morisma* (de *moro*, con el sufijo de *marisma*), *alma* (lat. *anīma*), *cama* (latín hispano *cama* o *chama*), *noma* (lat. *nome*, gr. *νομή*), *lima* (lat. *lima*), *grima* (de origen germánico), *rima* (prov. *rima*), *esgrima* (prov. *escrima*), *crema* (fr. *crème*), una cantidad de arabismos como *zalema*, *aljama*, *mojama*, *retama*, *maroma*, *tarima*, etc., y voces de origen

desconocido como *posma*, *sima*, *redoma*, *carcoma*, etc. Ya se ve que son en general nombres de mucho uso, de las esferas más variadas de la vida del lenguaje. Para el hablante español no podía haber un criterio que los distinguiera de los helenismos en *-ma*. Llama la atención que hayan arrastrado al f. algunos términos de uso exclusivamente erudito como *crema* (diéresis), *epifonema*, *zeugma*, etc.¹⁴

Con todo, la erudición moderna trató de imponer en los helenismos el género masculino, más afín con el neutro etimológico, y lo logró en una serie de voces que eran femeninas en el uso clásico:

Las seiscientas apotegmas publicó Juan Rufo, en Toledo, 1596; G. de Amezá, ed. del *Coloquio de los perros*, 718, se excusa de haber usado el f. por influencia de Juan Rufo, y dice que en la época de Cervantes usaron ambos géneros "nuestros mejores y más gloriosos hablitas"; *apotegma* figura como f. en Percivale (1599) y en el *Dice*. de Sobrino de 1705 (G. GAYA); la Acad. lo considera m. y el *D. H.* documenta *las apotegmas* en Quevedo y *los apotegmas* en el P. Isla y en Villarroel, *aquel célebre apotegma* en Forner y *aquel otro apotegma* en Mesonero Romanos;

suavísimas aromas en Calderón, *Los encantos de la culpa* (C. C., 1, 84); Góngora usa *los aromas*, *el aroma lagrimado*, pero *aromas tantas*, *las aromas* (AL. SELFA); el *D. A.* lo registraba como ambiguo y documentaba "todo el aroma sabeo" en Antonio de Mendoza y "los Romanos cargaron grandes tributos sobre las aromas, perlas y piedras preciosas que se traían de Arabia..." (el *D. H.* documenta además, en la acepción de 'bálsamo' o 'resina', *la aroma* en Pérez de Montalván, *las aromas* en la *Albeitería* de Borjes, ed. 1680, y *el incienso y el aroma humean* en Mesonero Romanos; PAGÉS documenta *quemada aroma* en Espronceda); como 'perfume' es m. en Bretón, Moratín y Galdós; Sobrino, en 1705, traía *aroma* ('drogue aromatiqué') f.; el *DRAE* dice que se usa alguna vez como f. en la acepción de 'goma, bálsamo o leño fragante', y la *Gram.* Acad. lo da como amb., pero en la acepción de 'perfume' o 'fragancia' da sólo el m., y así se encuentra en Bello, J. M. Heredia, Moratín, Espronceda, Zorrilla, Valera y Blanco Fombona (ROD. HERR., t. 1, 361-362); *aroma matadora*, *impura*, usaba Almafuerde en 1874 (P. H. U.); *aroma* f. 'flor del aramo' (ya en el *D. A.*) se explica aparte, por oposición de árbol y flor;

la mala cisma en el *Alexandre*, 258, *la cisma de la Iglesia* en la *Crónica de Juan II*, *la cisma* en el *Rimado de Palacio* de López de Ayala, *la escisma* en la *Crónica de Enrique IV* de Diego E. del Castillo, *la scisma*, *aquella cisma* en la *Crónica de los Reyes Católicos* de H. del Pulgar, *esta cisma* en Juan de Palafox y Medina (tomamos estas citas de ROD. HERR., t. 1, 320); *la cisma* en Cov.; *La cisma de Ingalaterra*, título de una comedia de Calderón; *tan baja cisma* en Calderón, *La Virgen del*

¹⁴ Hay muchos más: *la noema* (figura retórica) lo documenta el *D. A.* en la *Eloquencia española* de Jiménez Patón; *la nema* (cierre o sello de una carta) en Góngora (f. en *DRAE*; el *D. A.* lo daba como f. y documentaba *la nema* en José Pellicer); *la erotema* (interrogación retórica); *la apotema* (quizá por línea); *las enzimas* (formado sobre el gr. ζύμη 'fermento'; excepcionalmente m. en el Diccionario médico de Dabout: "La diastasa es un enzima"); *la alisma* (planta), etc. Siempre ha habido eruditos inclinados a adaptar el cultismo al sistema general de la lengua. En lo cual, por lo demás, hay muchas inconsecuencias. La Acad. da como f. *catogorema* (lat. *catogorēma*, gr. κατηγορήμα), término de la lógica y la lingüística moderna; pero el *Diccionario de filosofía* de Ferrater Mora (Buenos Aires, 1958) usa sistemáticamente *los catogoremas* (también *los sincatogoremas*).

Sagrario (S. FDEZ., 160, n. 2); *una scisma* en el P. Granada (GARCÉS, t. 2, 61); *tanta cisma de tinta* escribía Antonio Enriquez Gómez (BAE, t. 42, 384); *el cisma* en el P. Rivadeneira (según ROD. HERR.) y en Mariana, pero *la cisma* en los *Anales de Aragón* de Zurita según el *D. A.*; en una lista de comedias representadas en Barcelona encuentra Corominas *El cisma de Inglaterra* desde 1789 (antes *La cisma. . .*); el *D. A.* le daba ambos géneros, y hasta hoy lo mantiene así el *DRAE*, pero está impuesto el m. en la lengua culta (PAGÉS documenta *el cisma de Occidente* en Menéndez Pelayo); en la Argentina *la cisma* 'preocupación, pensamiento erróneo y fijo' (SEGOVIA, 176); en Colombia *la cisma* 'dengue, remilgo, chisme' (MALARET, *Dicc. de americ.*; RESTREPO); se cuenta (la anécdota la encontramos en Monlau y luego en MAX MÜLLER, *La ciencia del lenguaje*) que el emperador Segismundo, en su discurso latino del Concilio de Constanza (año 1414), usó *schisma* como f. y que un fraile se lo reprochó (se alega el episodio para probar que la autoridad imperial no puede modificar la norma gramatical); también en italiano se ha usado el f. ("quella nuova scisma" en Bocalini, *Ragguagli*, Bari, 1948, t. 3, 308, del año 1594);

las climas en el *Setenario* de Alfonso el Sabio ("que llaman en lenguaje griego [l]as climas", fol. 12 r^o); *la cruel crima* 'el infierno' en el *Canc. de Baena*, 403; *la clima* en Santa Teresa (*la mesma clima de la tierra* en el *Libro de las fundaciones*, cap. 25, ed. C. C., t. 2, 64; así en el ms. original; las ediciones viejas ponen *el mismo clima*, véase BAE, t. 53, 224b); *climas tan remotas* en las *Novelas ejemplares* de Cervantes (C. C., 1, 116); "¿Es la clima ardiente o fría?" en Lope, *Auto del viaje del alma* (P. H. U.); *ese clima, clima propio* en Góngora (AL. SELFA); en Moratín *los climas, climas diversos* (Rz. MORC.); el *D. A.* documenta sólo el m. en Saavedra Fajardo, Solís y Anastasio Pantaleón; m. en Rosal, 1601, en Henríquez, 1679, y en Sobrino, 1705 (G. GAYA); todavía *las climas* en la *Alocución a la poesía* de Andrés Bello; hoy *la clima* en Formosa (Argentina);

Emblemas moralizadas es una obra de Hernando de Soto, de 1599; Cov. lo empleaba como m. (*estos emblemas*); el *D. A.* lo daba como m. y f., y documentaba *este emblema* en Cosme Gómez de Tejada, *un emblema* en Pedro Fernández de Navarrete, pero *la emblema* en Quevedo ("Acuérdeseos de la emblema de la esponja"); *emblemas misteriosos* en Mesonero Romanos (PAGÉS); hoy es general el m., aunque la Academia agrega que se usa también el f. (oímos *la emblema* en una película hablada en español);

enigmas obscuras en Góngora (AL. SELFA); *la enigma* en Rojas y en el *Quijote* de Avellaneda (GAGINI, *Dicc. de costarriq.*); *claras enigmas* en *Los pastores de Belén* de Lope, *varias enigmas* en los *Juegos de nochebuena* de Ledesma, *desta enigma* y *la propuesta enigma* en la *Galatea* de Cervantes (ROD. HERR., t. 2, § 310); *la enigma, oscuras enigmas*, etc. en Tirso (*El condenado por desconfiado*, III, xv y xviii; *La prudencia en la mujer*, II, ix, etc.); *estas enigmas* en *El niño diablo*, atribuido a Vélez de Guevara (*AcadN*, t. 8, 80a); *enigma mal entendida* en Calderón, *Para vencer a amor querer vencerlo* (S. FDEZ., 160, n. 2); *las enigmas proféticas y oscuras* en la *Vida de San José*, de Valdivielso (1); *esas enigmas* en el *Viaje de Turquía* (98b); *la enigma* en el *Entremés de un hijo que negó a su padre*, del siglo xvi (*Entremeses* de Cotarelo, t. 1, 55); *la enigma oscura* en el *Bernardo* de Balbuena (ix); *la enigma* en las *Trescientas once enigmas filosóficas, naturales y morales, con sus comentarios*, de Cristóbal Pérez de Herrera, ed. de 1618 (*passim*); "la enigma es, más que oscura, verdadera", en *El marido asegurado* de Carlos Boil Vives, de principios del xvii (BAE, t. 43, 188b); *enigmas amorosos, estos enigmas, un enigma* en Moratín (Rz.

MORC.); el *D. A.* lo da como m. y lo documenta en las *Rimas* de Paravicino ("quánto enigma escondes"); PAGÉS documenta *un enigma* en Moreto, *enigmas misteriosos* en Cienfuegos y *ese enigma* en Francisco de Rojas;

una epigrama en Pedro Núñez Delgado, 1509 (M. R. LIDA, en *RFH*, 5, 59) y en Mal-Lara (PAGÉS); *graciosas epigramas* en Juan de la Cueva, *Ejemplar poético*, ms. de 1605, vs. 91-92 (pero *el blando epigrama*, vs. 344-345); *algunas epigramas* en la *Arcadia* de Lope (ROD. HERR., t. 2, § 310); *la epigrama* en Calderón, Mariana, etc. (CUERVO, § 224; SELVA, 2); el *D. A.* lo daba como amb. y documentaba *una elegante epigrama* en Nieremberg y *una epigrama* en *Los pastores de Belén* de Lope; *un epigrama* en B. L. de Argensola (R. DUARTE); *estos epigramas* en el P. Isla, *el sutil epigrama* en Martínez de la Rosa (CUERVO, § 57); *un epigrama* en Cristóbal de Virués y en Bretón (PAGÉS); era también f. *anagrama* (m. en el *D. A.*; R. DUARTE registra *la anagrama* en el Distrito Federal y *la anágrama* en Yucatán; PAGÉS documenta *anagramas imperfectos* en el P. Isla y *los epigramas* en F. Sánchez de Castro); el m. se ha impuesto, como en *diagrama*, *telegrama*, *monograma*, *tetragrama*, *pentagrama*, *cosmorama*, *criptograma*, *diorama*, *ideograma*, *programa*;

la estigma en *Cizaña del lenguaje* de Francisco Orellana; MIGUEL DE TORO y GISBERT, *Ap. léx.*, lo da como m., pero él mismo lo usó como f. (en *Enmiendas al Dice. de la Acad.* y en *Nuevos derroteros*, cit. por ROD. HERR., t. 2, § 311); *las estigmas*, en sentido botánico, escribía hace un siglo el naturalista Poey (*ibid.*); hoy parece impuesto el m. en todas las acepciones.

A esa reacción se debe que la mayoría de los helenismos en *-ma*, que son de uso casi exclusivamente culto, se hayan impuesto en la lengua con el género masculino. Además de los que acabamos de tratar, tenemos los siguientes (algunos han presentado vacilación o la presentan en el habla regional):

axioma, *carisma*, *coma* (sopor), *diafragma*, *diagrama* (y también *telegrama*, *pentagrama*, *programa*, etc.; ya hemos visto las vacilaciones de *epigrama* y *anagrama*), *dilema*, *diploma*, *dogma*, *drama* y *melodrama* (*esta drama* en Yanguas, *Farsa del mundo*, cit. por S. FDEZ., 160, n. 2; en 1727 se publicó la zarzuela *Melodrama intitulada Española vencida triunfa*, y en 1737 se representó *La Casandra, Drama armónica... escrita por un ingenio de esta corte, puesta en música...*, véase BRAE, 19, 790, 803, n. 3; *la drama* hoy en Nuevo México: BDH, t. 2, § 18), *edema* (el *D. A.* lo daba como f., pero sólo documentaba *el edema* en la *Cirugía* de Juan Frago; el DRAE lo da como m. por lo menos desde 1837; PAGÉS documenta *edema caliente o frío* en José de Letamendi; es m. en los dicc. médicos de Cardenal, Dabout, Garnier y Delamare y en el Larousse; *la edema* en Venezuela), *emblema*, *enfisema*, *entimema* (*un entimema* en Lope, BAE, t. 41, 511b), *epiquerema*, *esquema*, *estoma*, *idioma* (el f. en judeoespañol: WAGNER, *Judeoesp.*, 71, n. 10; en Tlaxcala, Guerrero, Campeche, México, Oaxaca, Nuevo México, etc., según R. DUARTE, s. v.; NYKL, BDH, t. 4, 222, 223; NRFH, 3, 177; ESTRELLA CORTICHS DE MORA, *El habla de Tepotzotlán*, p. 49; ESPINOSA, BDH, t. 2, § 18; en Cádiz *la iyoma*: MÜLLER, *Studien zum Dialect der Provinz Cadiz*, 48), *lema*, *magma* ("el ardiente magma" en M. Picón Salas, *Regreso de tres mundos*, p. 128), *melisma*, *neuma* (signo musical), *numisma*, *panorama* (composición moderna, como *cosmorama*, *diorama* y *neorama*), *paradigma*, *parénquima*, *poema* (*poemas heroicas* en el *Quijote*, II, 16, fol. 58 rº de la ed. príncipe; en la ed. de

Rodríguez Marín, *heroicos*; f. en Nuevo México: ESPINOSA, *BDH*, t. 2, § 18), *plasma* (y los compuestos modernos *protoplasma* y *citoplasma*; cf. más arriba *cataplasma*), *prisma*, *problema* (Romera-Navarro, ed. del *Criticón*, t. 1, 207, dice que era amb., pero nunca hemos encontrado documentado el f. en la literatura española; f. en partes de México y Nuevo México: ESPINOSA, *loc. cit.*, y E. CORTICHS DE MORA, *loc. cit.*; también en Cádiz: MÜLLER, *loc. cit.*), *rizoma*, *sarcoma*, *sintoma* (f. en partes de Colombia, *BICC*, 7, 357, y L. FLÓREZ, *Habla y cultura pop. en Antioquia*, Bogotá, 1958, 57), *sistema* (f. en Nuevo México, ESPINOSA, *loc. cit.*; y en Extremadura, usado por Gabriel y Galán, según A. ZAMORA VICENTE, *Fil*, 2, 156), *sofisma*, *teorema*, *timiama*, etc.

El lenguaje técnico tiene muchísimos más, sobre todo una serie enorme de formaciones creadas modernamente sobre base griega: tipo *lipoma* (gr. *λίπος* 'grasa'), *prasma* o *plasma* 'ágata de color verde', del gr. *πράσιος* 'verdoso', etc.¹⁵

Pero la reacción erudita no logró imponerse en otra serie de voces que presentan vacilación hasta hoy entre el masculino etimológico y el femenino analógico. En algunas de ellas, como es frecuente en las alternancias de género (*el orden-la orden*, *el frente-la frente*), la vacilación conduce a diferenciación semántica, y la forma femenina tiene por lo común una acepción más concreta o un uso más popular. Hemos anotado los siguientes casos de vacilación en la lengua culta:

anatema figura como amb. en el *DRAE* (al menos desde 1837); en el *D. A.* era m.; en el de 1780, f. ('excomuni6n'); *el implacable anatema* en Moratín (Rz. MORC.); Sobrino en 1705 lo daba como f. (G. GAYA); el *D. H.* documenta sólo el m. (*los anatemas* en las *Cartas* de Alvarado, *este anatema fatal* en Bret6n); ROD. HERR., t. 1, § 299, registra *el anatema* en Fernán Caballero, Larra y Antonio Flores, y dice que Barcia y Salvá lo daban como amb.; ya hemos visto que *anathema* aparece como f. en una inscripci6n latina de Mérida del siglo VI;

aneurisma es amb. para el *DRAE*, pero *neurisma* f.; en la 8ª y 9ª ed. era f., y también en Salvá, Barcia y otros autores, pero Monlau usaba *el aneurisma* (ROD. HERR., t. 2, § 289); el *D. H.* sólo documenta el f. (*una aneurisma* en las *Novelas* de Alarc6n, ed. 1881); PAGÉS trae *todo aneurisma* en Jaime Vera y *los aneurismas* en R. Espejo y del Rosal; los diccionarios médicos de Cardenal y de Dabout lo dan como amb., pero sólo lo usan como m. (*aneurisma activo, cardiaco, varicoso*, etc.);

crisma era f. en el *Setenario* de Alfonso el Sabio, leyes 88-94 ("la crisma es un unto santo", etc.); ROD. HERR., t. 1, § 314, documenta *la cris-*

¹⁵ En el *Diccionario terminológico de ciencias médicas* del Dr. L. Cardenal (6ª ed., Barcelona-Madrid, 1958) encontramos, sólo en la letra *A*, 63 masculinos en *-ma*, junto a 18 femeninos. Es materia prácticamente infinita. El tratamiento de muchas de esas voces varía de un diccionario a otro. El pequeño *Diccionario de términos técnicos usados en medicina* de Garnier y Delamare (4ª ed., Madrid, 1918) daba, por ejemplo, como f. *cloroma, conjuntivoma, coproma, escotoma*, etc., que son m. para el Dicc. de Cardenal y también para el *Diccionario de medicina* de Dabout (México, 1958). La misma Academia ha sido muy vacilante: *aforisma* y *aporisma* eran f. en el *D. A.*; el *DRAE* da hoy *aforisma* como m. (el *D. H.* dice: "m., pero se ha usado como f."); *prasma* 'ágata de color verde' figura como m., pero su equivalente *plasma* como f. (quizá para diferenciarlo de *el plasma*, de la biología). Muchos de esos términos, al descender de nivel, pasan al f.: *una hematoma* leo en un periódico de Caracas (2.6. 1958); etc.

ma en el *Rimado de Palacio*, en el *Cancionero* de fray Ambrosio Monteseino y en Luis de Mármol Carvajal; S. FDEZ., 160, n. 2, lo encuentra en Francisco de Osuna, *Norte de los estados*, 1541, y en *Definiciones de la orden y cavalleria de Calatrava*, 1661; el *D. A.* documenta el f. en las *Partidas* y el m. en el P. Acosta y en el P. Juan Martínez de la Parra, y agrega: "Hállase muchas veces usado con el artículo *la*, como f., pero en rigor es m."; todavía hoy la *Gram. Acad.*, § 16, dice que en estilo grave es m. y en estilo vulgar es f., y el *DRAE* señala que en lenguaje familiar se usa más como f.; *el sagrado crisma* en Ricardo León (Rod. HERR., *loc. cit.*); el f. es exclusivo en las frases familiares *no valer uno fuera de la crisma* (ya en el *D. A.*) y en *romper la crisma* ("Te voy a romper la crisma", en que se supone que *crisma* es la cabeza);

esperma figura como amb. en el *DRAE*, pero en el *D. A.* sólo era m. ("voz griega muy usada de los médicos"); en el *Calila e Dimna* era f. (Rod. HERR., t. 1, § 320); *el esperma* en la *Medicina española* de Sorapán de Rieros (*ibid.*); *líquida esperma* en el español Serrano Poncela, *Cirios rojos*; S. FDEZ., 160, da *esperma* entre los casos de vacilación en que difieren la lengua culta y la vulgar; Restrepo dice que en Colombia se distingue entre *el esperma* 'el semen' y *la esperma*, en todas las otras acepciones; lo mismo dice en Cuba Rod. HERR., *loc. cit.*; R. DUARTE registra *espelma* (en Guanajuato y Chiapas) como f.; *la esperma de ballena* es general;

fantasma es f. en la lengua antigua y clásica: *fantasma mintrosa* en Berceo, *S. Dom.*, 656; *la más grande fantasma* y *fantasma quista* en el Arcipreste, 1008 del ms. S, y 1011; *una fantasma, la fantasma* en el Inca Garcilaso (*Comentarios reales*, 1ª parte, II, cap. 4, y IV, cap. 22, etc.); "del hombre seco, alto y que no habla dezimos que es una fantasma", en Cov.; *la fantasma* en Calderón, Vélez de Guevara, Jovellanos, José de Cañizares, etc. (R. DUARTE, *s. v.*; véase además SELVA, 23-24); *una fantasma* en *El viaje entretenido* de Agustín de Rojas (p. 36) y en *El caballero de Olmedo* de Lope (celos son "una fantasma que de noche asombra"); lo usaron Avendaño, Lope, Moratín (TISCORNIA, *BDH*, t. 3, § 68); *las fantasmas del error* en Jovellanos: *La fantasma del lugar*, título de un sainete de Ramón de la Cruz, estrenado en 1770; *la fantasma, una de las fantasmas* en Moratín (pero *el fantasma* 'persona notable en fealdad o desaliño', cf. RZ. MORC.); *la fantasma* en *Mi delirio sobre el Chimborazo* de Bolívar (*Obras*, t. 3, 730); en Espronceda alternan *pavorosas fantasmas, negras fantasmas, el vago fantasma*, etc. (*C. C.*, 1, 225, 226, 228, 229, etc.); otros ejemplos en R. DUARTE, *s. v.*, y SELVA, 23-24; el *D. A.* sólo registraba el f. (*phantasma*); hoy (según el *DRAE*) se conserva el f. en el sentido de 'espantajo o persona disfrazada que sale por la noche para asustar a la gente' (según la *Gram. Acad.*, § 16c, es m. cuando significa 'ilusión' de la fantasía o del sueño, y también cuando designa al hombre presuntuoso y entonado; es f. cuando se aplica al espantajo); en el Perú, Puerto Rico y México *la fantasma* (BENVENUTTO MURRIETA, *El lenguaje peruano*, 135; MALARET, *Semántica americana*, 121, y *Vocab. de P. Rico*, 55; R. DUARTE, *s. v.*); en Antioquia, Colombia (L. FLÓREZ, *Habla y cultura pop. en Antioquia*, p. 57); en la Argentina se conserva el uso antiguo (*la fantasma* en el *Martín Fierro*, etc.), aunque el habla culta sólo usa el masculino (TISCORNIA, *loc. cit.*); B. E. VIDAL DE BATTINI lo registra en San Luis (*BDH*, 7, 90) y lo recoge además en Salta y Misiones; en el Ecuador *esta fantasma*; es popular en Castilla (GARCÍA DE DIEGO, *Manual de dialectología*, 316), y en la prosa de Gabriel Miró es corriente (*la fantasma de la abuela se alzó de una tumba, la fantasma del renegado*,

etc., en *Nuestro padre San Daniel*, 122, 307; *la fantasma de un ciprés*, en *El obispo leproso*, 55; etc.); en Baroja, *aquella fantasma humana* (*Obras*, 4, 132); S. FDEZ., 160, registra *fantasma amedrentadora* en Zorrilla (*El monstruo de Espinosa*), y *la fantasma* en Valle-Inclán (*Viva mi dueño*); también tiene gran difusión, desde el siglo XVI hasta hoy, *la pantasma* (DCEC, s. v. *fantasia*; *Criticón* de Gracián, ed. Romera-Navarro, t. 1, 289 n.; Quevedo, *Sueños*, ed. C. C., 127; SEGOVIA, 608; BDH, t. 4, 294, y t. 5, 52, 53, 87, 244; ALCALÁ VENCESLADA, *Vocab. and.: el pantasma o la pantasma*; ALONSO GARROTE, *El dialecto vulgar leonés de Maragatería y Astorga*; etc.);

miasma es m. según la Acad. (*los miasmas* en *Greguerías* de Ramón Gómez de la Serna; *estos miasmas morbosos* en una traducción de Baudelaire publicada en Madrid, 1931; *un rastrero miasma venenoso* en un poema de Almafuerite; *los miasmas* en los *Cuentos del colombiano* Tomás Carrasquilla; *el miasma* en un cuento de Rubén Darío, *Morbo et umbra*, de 1888; *los miasmas* en *Al filo del agua* del mexicano Agustín Yáñez, 1947); pero el f. es frecuente, al menos en América (Julián del Casal, que usaba *los fétidos miasmas* en *Colón en la Rábida*, un poema juvenil, lo usa como f. en el resto de la obra, según me informa Raimundo Lida; *pequeño príncipe de las miasmas* en un poeta venezolano citado por MARIO TORREALBA LOSSI, *Los poetas venezolanos de 1918*, p. 66; *las miasmas deletéreas* en *El ciudadano Kane* de Ernesto Sábato, y creo que es el uso literario general en la Argentina);

neuma (término de retórica) es amb. en el *D. A.* y todavía hoy en el *DRAE*; PAGÉS lo daba como m.;

reuma ya era f. en San Isidoro (*rheuma*); a las noticias que damos en NRFH, 7, 110, n. 21, agregamos *la rema* en el *Libro de los caballos*, del siglo xni; *ni de reuma alguna* en el *Quijote*; el *D. A.* lo daba sólo como f. ('fluxión o corrimiento') y documentaba *unas rhéumas* en el P. Bartolomé Alcázar; en Albacete *la reúma* (A. ZAMORA VICENTE, *RFE*, 27, 240); *la reuma* en el habla popular de Castilla, en la Ribera y en la Cabrera Alta (GARCÍA DE DIEGO, *Manual de dialectología*, 316; A. LLORENTE MALDONADO DE GUEVARA, *Estudio sobre el habla de la Ribera*, 122; M. C. CASADO LOBATO, *El habla de la Cabrera Alta*, 67); en Venezuela, Miguel Carmona (*El Monitor Industrial*, Caracas, 1º de enero de 1859) criticaba *la reuma* por *el reuma*; "El pesimismo es la reuma del espíritu", dice un personaje de Urbaneja Achelpohl, en *La casa de las cuatro pencas*, p. 75 (Rivodó, *Voces nuevas*, defendía *reuma* con el valor de catarro o romadizo); *la riuma* en Tepotztlán (E. CORTICHS DE MORA, *El habla de Tepotztlán*, 49); en el Ecuador *las reumas* (KANY, *American Spanish syntax*, 9); en Chile casi todos lo hacen f. (ROMÁN); en la Argentina sólo se conoce la significación de reumatismo (*el reuma-la reuma* en San Luis, BDH, 7, 90); en Puerto Rico *la reuma* (Malaret, *Vocab. de P. Rico*, 55-56); hoy el *DRAE* registra *reuma-reúma* 'reumatismo', y dice que se usa más como m.; en la acepción de 'corrimiento' el dicc. médico de Cardenal lo da como f. (*reuma crónica*);

tema es f. en Lope ("la tema de este mundo más general es quitarse años a sí y ponerlos a otros", *La Dorotea*; el amor "es una tema de locura", *Don Juan de Castro*, 1ª parte), en Moreto (*tema graciosa* 'manía', *El lindo Don Diego*, C. C., v. 525), en Quevedo (*tema desmayada* 'porfía y terquedad', *Sueños*, ed. C. C., t. 2, 52), en el *Cancionero* de Castillo (*sola tema*, cit. por S. FDEZ., 160, n. 2), en Ramón de la Cruz ("la tema que has tomado", *El mercader vendido*, en *Sainetes*, I, 1), en Moratín ("da en la tema de ser monjita", pero *el tema de un sermón*, etc.,

véase Rz. MORC.), en Bretón (*la misma tema*, en *El pelo de la dehesa*, C. C., 226, v. 2393); el m. se encuentra en Tirso ("Acabamos con el tema /en que su locura ha dado", *Amazonas en las Indias*); en Venezuela *la tema* ("Cada loco con su tema / y yo con la tema mía", en poesía popular de Falcón recogida por Luis Arturo Domínguez; *la tema* en *Cantaclaro y Pobre negro* de Rómulo Gallegos); CASTEX, *Cantos pop.*, 1923, pp. 152-156, lo documenta abundantemente en la poesía popular argentina; en el Ecuador, TOVAR, *Consultas*, se quejaba de que los cajistas habían hecho decir a Montalvo *su negro tema*; en judeoespañol *la tema* 'argumento, asunto' (WAGNER, *Judeoesp.*, 71, n. 10); el D. A. documenta *el thema* (argumento) en Luis Muñoz, *este thema* (porfía, obstinación) en Polo de Medina y *alguna tema* (oposición caprichosa) en el P. Alonso Rodríguez; la Acad. admite *la tema* 'porfía, obstinación o contumacia en un propósito o aprensión', 'especie de idea fija que suelen tener los dementes' (ya era ése el criterio de la *Gramática* de Salvá desde principios del XIX); en Aragón *la tema* 'cuartilla de papel' (BORAO, *Dicc. de voces arag.*); sobre la diferenciación semántica *el tema-la tema* véase L. SPITZER en *ALL*, 3, 21-23.

Han surgido así, por el doble juego de la tendencia analógica y del respeto erudito a la etimología, dos grandes grupos de helenismos en *-ma*. La acción contrapuesta de las dos tendencias se percibe en *el plasma* o *el protoplasma* frente a *la cataplasma*. Y la inconsecuencia en el mismo tratamiento erudito se manifiesta en contradicciones como *la epifonema*, término de retórica, y *el fonema*, de los modernos estudios de fonética.

Los dos grupos de sustantivos en *-ma* (masculinos y femeninos) ejercen atracción recíproca, y a eso se debe una serie de vacilaciones en el habla popular y culta de todas las regiones hispánicas.

Es posible que la vitalidad de los helenismos en *-ma* explique el uso de *catecisma* por *catecismo* en Quevedo (*La culta latiniparla* lleva por subtítulo: "Catecisma de vocablos para instruir a las mujeres cultas y hembrilatinas"). O de *cataclisma* por *cataclismo* en el P. Antonio Sánchez Valverde, de Santo Domingo ("una funesta cataclisma o trastorno", en *Idea del valor de la Isla Española*, año 1785, cit. por HENRÍQUEZ UREÑA, *BDH*, 5, 249). O de *aphorisma* por *aporismo* en Minsheu 1617 y Percivale 1623 (G. GAYA). O de *crisantema* (es forma académica) por *crisantemo* (Corominas considera que es mala adaptación del fr. *chrysanthème*; ROD. HERR., t. 2, § 96, lo documenta en una serie de poetas hispanoamericanos). Quizá esos casos se hayan visto favorecidos por la alternancia *cataplasma-cataplasmo* (véase más arriba), que es etimológica. En cambio tenemos *mecanismo* (latín tardío *mechanisma*), sin duda porque se ha tomado del fr. *mécanisme*.

Los masculinos en *-ma* forman ya un conjunto, un sistema. Y la analogía se manifiesta también a favor del masculino, que indudablemente tiene más prestigio en la lengua culta. La vacilación llega hasta las gramáticas y diccionarios, que manifiestan a veces criterio muy divergente. De ahí también algún caso de ultracorrección. Por ejemplo, *dracma*, que es etimológicamente femenino (gr. *δραχμή*), se ha hecho m. en Chile (ECH. REYES, 66; ROMÁN), y *didracma* y *tetradracma* figuran como m. en el *DRAE*. Constantemente se observa que aun la anomalía tiene fuerza de atracción analógica.

b) HELENISMOS EN *-ta*

Análogo al tratamiento de los helenismos en *-ma* es el de los helenismos en *-ta*, que en griego son masculinos (*πλανήτης, κομήτης*) y también en latín (*planeta, cometa* o *cometes*). Ya en San Isidoro *planeta* se encuentra en f. En el castellano antiguo la acomodación al f. fue general:

la planeta en Alfonso el Sabio (en el *Setenario*, 40, 57, 83, 89, etc., *cada una de las planetas, las otras planetas, la planeta Venus, la planeta Mars*, etc.; en los *Libros del saber de Astronomía, las VII planetas*; en la *General estoria*, I, 116, etc.; en la *Primera crónica general*, 3, etc.; en las *Tablas alfonsies*; etc.), en el *Libro del acedrex (las planetas*, cit. por Corominas), en el Arcipreste de Hita (129d), en don Juan Manuel (AGUADO, *Glosario sobre Juan Ruiz*, s. v.; ROD. HERR., t. 1, 418 n.), en el *Poema de Alfonso Onceno (ibid.)*, en fray Diego de Valencia (*Canc. de Baena*, 212, *las dos planetas*), en Torres Naharro (*Comedia Calamita*, jorn. v), en Timoneda (*mala planeta*, cit. por S. FDEZ., 162, n. 4), en Fernán Pérez de Guzmán (*Confesión rimada*), en Santillana (C. C., 99, *las planetas*), en el *Esplandián* (cap. 3), en Huaman Poma de Ayala (fol. 259), etc.; hoy se conserva en Nuevo México (ESPINOSA, *BDH*, 2, § 18);

la cometa en *Diálogos o coloquios* de Pero Mexía (ed. de Margaret L. Mulroney, Univ. of Iowa, 1930, p. 134), en Cetina (*RFE*, 40, 149), en la *Numancia* de Cervantes (*la cometa reluciente*, jorn. iv), en Boscán ("como suele en el aire la cometa / o algún otro señal nuevo espantarnos"), en Fernán Pérez de Guzmán (*Confesión rimada*); *una cometa* en las *Moradas de Santa Teresa* (C. C., 257), *las cometas* en el *Centón epistolario* de Fernán Gómez de Cibdarreal, *cometa arrebatada* en la *Araucana*, *la veloz cometa* en Lope, *la cometa* en Villamediana (ROD. HERR., 1, 377); *una cometa grande* en un texto de hacia 1517 (*BHi*, 58, p. 88); *las cometas* en Hernán Mejía de Jaén (*Coplas al mundo*, en *Antología de poetas líricos de Menéndez Pelayo*, Buenos Aires, 1943, t. 1, 488); f. también en Eugenio de Salazar (GALLARDO, t. 4, 358), en los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso (1ª parte, libro II, cap. 23; 2ª parte, libro I, cap. 34, *una gran cometa verdinegra*), en un documento de Madrid, 21 de agosto de 1620 ("todavía reina la cometa de color ceniciento", cit. por ÁNGEL OSORIO, *Los hombres de toga en el proceso de don Rodrigo Calderón*, Madrid, 1918), en los *Cancioneros* (MACRÍ, *RFE*, 40, 149), en el *Periquillo Sarniento* de Lizardi (1, cap. 7), etc.; figura como f. en Percivale, 1599 (G. GAYA).

El uso erudito de la época clásica logró imponer el masculino en los dos casos:

planeta diáfano en Santillana (C. C., 31); *los siete planetas* en Juan de Mena, *Laberinto*, 67 (en la ed. de C. C.; otros textos lo dan como f.), pero en la nota de Hernán Núñez alterna con *las siete planetas*; también en Cov. (s. v. *planeta* es f., pero s. v. *Marte, Mercurio*, es m.); *los planetas* en los *Autos* de Rouanet (t. 2, 369, cit. por S. FDEZ., 162, n. 4) y en Quevedo; *el planeta* en Cervantes (*Quijote*), Góngora, Gracián, Moratín, etc.; el *D. A.* prescribe el m. y lo documenta en Luis del Mármol y Anastasio Pantaleón;

el cometa en Herrera ("un ardiente cometa arrebatado", *RFE*, 40, 149), Góngora, Covarrubias, Moratín, etc.; Rosal, en 1601, registraba el m. (G. GAYA); en 1681 Sigüenza y Góngora publicaba un *Manifiesto filosófico contra los cometas* (cit. por MENÉNDEZ PELAYO, *Antología de poetas his-*

panoam., t. 1, p. cxiii); el *D. A.* prescribía el m., lo documentaba en Mariana, Nieremberg y en la *Historia de Chile* de Ovalles, y agregaba: "Algunos usan este nombre como f., pero con impropiedad"; el *Dicc. encicl. hispanoam.* lo documenta en Lope de Vega y en Solís.

Como en otros casos, la vacilación de género se ha resuelto con diferenciación semántica: *la cometa* se ha generalizado como nombre del juguete infantil (en México es igualmente masculino, según me informa Raimundo Lida) y de un juego de naipes, y *la planeta* para una especie de casulla¹⁶. En el francés moderno se han impuesto, en cambio, *la comète*, *la planète*, pero ha habido también vacilación por influencia culta¹⁷.

c) CULTISMOS EN *-as*, *-ax*

Hay en castellano dos clases muy diferentes de nombres en *-as*. En primer lugar los numerosísimos compuestos en *-as* de verbo y sustantivo, regularmente masculinos: *el cortaplumas*, *el paraguas*, *el portamonedas*, *el portaldámparas*, *el quitamanchas*, etc. Cuando alguno de ellos se incorpora analógicamente al femenino, es casi siempre porque ha perdido la *-s* final: *la cortapluma*, *la paragua*, etc., en algunas partes de la Argentina¹⁸.

Hay una segunda clase de masculinos en *-as*, todos ellos helenismos o latinismos de uso erudito. La terminación *-as* es anómala en singular, y quizá esa primera anomalía favorezca la anomalía de género. Ya hemos visto que la terminación *-os* favorece el femenino (*la anagiros*, *la lotos*, *la monopastos* y *la polispastos*, *la quersidros*), a veces ultracorrecto. Del mismo modo tenemos una serie de masculinos en *-as*, no todos etimológicos:

el bóreas (lat. *boreas* m., gr. *βορέας* f.); en it. *il borea*, arcaico y dialectal *la bora*;

el cecias, un viento (*D. H.*), del lat. *caecias* m., gr. *κακίας* m.;

el ceratias, nombre de un cometa, del lat. *ceratias* m., gr. *κερατίας* m.;

el Palas, nombre de un asteroide;

el orobias, del lat. *orobias* m., gr. *ὀροβίας* m. ("Es legítimo orobias, generoso en el brasero y en la mano; el que arde con humo immaculado", en Gabriel Miró, *El obispo leproso*, p. 267);

un galimatias (del fr. *le galimatias*, documentado en Montaigne); Bolívar en carta del 2 de enero de 1822 (*Obras*, t. 1, 612) escribía *una galimatia*.

¹⁶ El *D. A.* registra esta significación derivada, pero sin indicar el género. También la significación de 'candela' en germanía, que recoge BESSES, *Diccionario de argot español*. Tampoco sabemos el género del murciano *planeta* 'variedad de hueso o cuesco duro' (SEVILLA, *Vocab. murc.*), aunque suponemos, como en la voz de germanía, un uso femenino.

¹⁷ BRUNOT, *Gramm. hist. de la langue fr.*, § 187; IDEM, *Hist. de la langue fr.*, t. 2, 404. Véase además M.-LÜBKE, t. 2, § 371. En it. *il pianeta*, pero el pueblo había hecho *la pianeta* 'el planeta, el horóscopo' o bien *il pianeto*, antiguo y dialectal (MIGLIORINI, p. 15); hoy *la pianeta* es 'la casulla'.

¹⁸ Véase nuestro estudio sobre "El género de los compuestos", *NRFH*, 7 (1953), 103-107.

Hay otros masculinos en *-as*, de menos uso, o de vida regional: *el coras*, cuadrumano, especie de cinocéfalo; *el añas*, una especie de zorrillo indígena del Ecuador (el nombre es quechua y lo registraba el Inca Garcilaso, *Comentarios reales*, 1ª parte, libro VIII, cap. 17; en el Perú *el añás*); *el caraminas*, un arbolillo de Huelva (*la caramiñas* en Galicia); *el cerbas*, un árbol de la India; *el anaspadias* (el Dicc. médico de Dabout lo da sin embargo como f.) y *el epispadias* (dos enfermedades); etc.

Aun las formas en *-ax* se han incorporado al masculino:

el bórax (del árabe); está documentado invariablemente como m. desde el siglo xv (D. H.);

el climax (del lat. *climax* f., gr. κλίμαξ f.); es posible que el m. del castellano se deba al francés; SALVÁ, p. 19, decía: "es en mi sentir del género m.";

el ántrax (un *ántrax maligno*), del lat. *anthrax* m., gr. ἄνθραξ m.; en Antioquia (Colombia) *esas antras* (L. FLÓREZ, *Habla... en Antioquia*, 59);

el tórax, del lat. *thorax* m., gr. θώραξ m.; se encuentra documentado desde el siglo XIX.

d) NOMBRES DE ORIGEN EXÓTICO

A los numerosos masculinos en *-ma*, *-ta* de origen griego, se han venido a sumar una serie de voces en *-a* de origen oriental, de la terminología filosófica, religiosa y literaria, que se han incorporado al masculino:

el nirvana (es uso general y académico; "húndete en el Nirvana", en el poema "Filosofías" de José Asunción Silva, pero "me pierdo en ella [la naturaleza] como en una nirvana divina", en su artículo "Paisajes", *Prosas y versos*, México, 1942, pp. 42, 124; *la nirvana oriental* escribe Enrique Martínez Paz, argentino, en *Universidad Católica Bolivariana*, 8, 1942, 352; *una nirvana deleitosa* anotaba TORO GIBERT, *Los nuevos derroteros del idioma*, París, 1918, p. 146, pero sin indicar autor ni región) y *el parinirvana*, *el vedanta*, *el karma*, *el dharma* (un *dharma*, *el dharma*, *ese dharma*, etc., en ORTEGA Y GASSET, *Estudios sobre el amor*, Buenos Aires, 1940, p. 153, etc.), *el mana* o *el orenda* (*el mana* en *La filosofía en la India* de Vicente Fatone, p. 52), *el Balala* (residencia de los dioses), *el rita* (la ley), *el samsara*, *los mantras*, *el mudra*, *el soma*, *el kama*, *el haoma*, *el upadana*, *el trishna*, *el vedana*, *los gathas* (poemas), *el bhava*, *el verandah* (en *Kim*, de Kipling, trad. de Juan I. Croselles, Madrid, 1943, pp. 63, 150, 155, 165, 186, informe de Raimundo Lida; es más general sin embargo *la veranda*; fr. *la véranda*), etc.

Entran en la misma serie los nombres de libros o poemas: *los Vedas* (*el Rig-Veda*, etc.), *el Mahabharata*, *el Ramayana*, *los Sutras* (*los Yogasutras*, *los Kamasutras*), *los Sastras*, *el Panchatantra*, *el Avesta* (o *Zend-Avesta*), *el Brahmana*, *el Buddacrita*, *el Dhammapada*, *el Purana*, *el Hitopadesha*, *el Bhagavadgita* (así en la versión de Miroslav Marcovich publicada por la Universidad de los Andes, Mérida, 1958; a veces hemos visto *la Bhagavadgita*), *los Upanischads* (en Fatone, *op. cit.*, 109, *los Upanischads*; el m. es general en la *Hist. de la literatura* de Prampolini, pero también a veces el f.), etc.

De origen igualmente exótico son algunas expresiones de la antropología moderna, por ejemplo *el churinga* (Murdock, *Nuestros contemporáneos primitivos*, México, 1956, p. 41). Es materia infinita.

De modo análogo tenemos *el Edda, los Eddas*, de origen escandinavo. Quizá todos esos masculinos presupongan *canto, himno, libro*¹⁹. De todos modos, contrastan con la tendencia, heredada del latín, a hacer femeninos los nombres de libros en *-a*: *la Iliada, la Eneida*, etc., y hasta *las Lusíadas* (así lo usaba Góngora; y en Venezuela, Urbaneja Achelpohl, *La casa de las cuatro pencas*, 138), contra el sentido etimológico, o *la Aminta*: "*la Aminta* de Tasso" critica CUERVO, § 223, a Amador de los Ríos, pues *Aminta* es nombre de un pastor; *la Aminta* en Alberto Lista (ROD. HERR., t. 1, p. 178 n.), en la *Métrica* de Tomás Navarro, p. 241, y en los diccionarios de literatura de "Revista de Occidente" y de Sainz de Robles (véase también NRFH, 15, 511 n.).

También, contra la tendencia general del español, se llama *el Magadha* una región de la India. Es indudable que en todos esos casos la anomalía morfológica (contradicción entre género y forma) destaca el carácter exótico del nombre. A ello se debe también sin duda que el ecuatoriano Juan Montalvo escribiera (*Siete tratados*, ed. París, 1912, t. 1, 151) *el Talmud y el Tora* (*la Tora* es la forma tradicional).

e) TÉRMINOS DE CIENCIAS NATURALES

Hay una serie de masculinos en *-a* de la terminología de las ciencias naturales. Todos ellos son masculinos en francés, y parece indudable que se deben a influencia del francés sobre el habla profesional de los naturalistas²⁰. Tenemos, en primer lugar, los siguientes:

boa (del lat. *boa* f.) es f. para el DRAE, y éste es el uso más general (*las boas* en la traducción de Plinio por Huerta; f. también en la Introducción de la *Picara Justina*); sin embargo, tiene gran difusión el m. en América, y aun en España, sin duda por influencia francesa (*le boa*) y quizá también porque el nombre científico sugiere en castellano el m. (*boa constrictor*); *el boa* en versos de Zorrilla ("en el medroso silo do el boa se soterra", cit. por CUERVO, § 224); *El sueño del boa* se titula un soneto de Chocano ("Duerme enroscado sobre blandas rosas", en *Alma América*, ed. de 1924); *el boa* en un poema puertorriqueño (TORO GIBBERT, *Americ.*, 238) y también en el *Facundo* de Sarmiento (ed. Peuser, 185); *el boa, boas tendidos* en los *Siete tratados* de Montalvo (Besanzón, 1882, t. 1, 69; t. 2, 202); es frecuente el m. en la Argentina y lo hemos

¹⁹ El historiador argentino Vicente Fidel López usaba *los sagas* (*Historia de la Rep. Argentina*, t. 1, 1913, p. 78; información de Raimundo Lida). Como m. figuraba entonces en el DRAE (MIGUEL DE TORO Y GIBBERT, *Enmiendas al Dice. Acad.*, París, 1909, p. 174, se lo censuraba), pero desde 1914 aparece sistemáticamente como f.—Es también de origen germánico *el Valhala* ("los héroes del Valhalla", en una traducción).

²⁰ También en italiano una serie no pequeña de nombres de animales en *-a* son masculinos (*boa, cacatoa, cobra, gorilla, iguana, lama, maia, nutria, puma, guagga, maracaia, panda*, etc.). La mayoría de ellos han penetrado desde fines del siglo pasado a través de relaciones de viaje y novelas de aventuras traducidas del francés, en el que prevalece el masculino, *le cobra, le lama, le boa, le phylloxera*, etc., para las voces en *-a*, todas ellas de origen reciente y culto (MIGLIORINI, pp. 10 nota 1, 21-22).

encontrado en textos de zoología (sin embargo, *la boa constrictor* en un periódico de Buenos Aires, de julio de 1943); en Chile ECH. REYES, 66, lo da entre otros casos de m. por f., y ROMÁN combate el m., que “usan algunos”; ROD. HERR., t. 1, § 361, documenta *un boa* en el cubano Ramón de Palma (en general los autores cubanos —dice— lo han usado como f.) y *el boa* en el puertorriqueño J. Gautier Benítez (MALARET, *BICC*, 1, 530, afirma que en Puerto Rico se dice *una boa*, pero él mismo usa *el boa constrictor*); en México muchos dicen *el boa* (R. DUARTE); en Venezuela *la boa*, sin vacilación. A indudable influencia francesa se debe el nombre de *el boa* dado a la prenda de piel o plumas en forma de boa, que usan o usaban las mujeres para adorno o abrigo alrededor del cuello (fr. *un boa de martre*); el *DRAE* lo da como m. y el *D. H.* lo documenta con una cita de Picón; “voy a quitarme el boa” en la Condesa de Pardo Bazán (SELVA, 27); en la Argentina siempre hemos oído en este caso *la boa*; en Chile, ROMÁN defendía *la boa* en todas las acepciones, en nombre del criterio académico de su tiempo (en la 14ª ed., de 1914, figuraba como f.);

puma, del quechua, es m. en español, sin duda por influencia francesa (*le puma* desde el siglo xvii); en la 14ª ed. del *DRAE* (1914) era f., sin duda por acomodación a la -a; SEGOVIA registraba *la puma* en el interior de la Argentina, pero B. E. VIDAL DE BATTINI, *BDH*, 7, 96, dice que no lo ha oído nunca; ROD. HERR., t. 1, 238, documenta *el puma* en *Observaciones sobre el clima de Lima* de Hipólito Unanue y en los argentinos Justo P. Sáenz y Estanislao S. Zeballos; en la Argentina registran el m. Lizondo Borda y Tito Saubidet; ROMÁN, s. v., registra el m. en Chile, la Argentina y Perú, y documenta “al noble puma” y “el generoso puma” en poesía de Chocano; en *La epopeya de Moñi* del chileno Mariano Latorre, Santiago de Chile, 1942, leemos *las pumas* (p. 48), pero también *los pumas* (p. 61); el nombre popular en todas partes es *león* o *león americano*, y el nombre indígena de *puma*, que se encuentra desde los primeros cronistas del Perú, tiene sólo carácter técnico;

llama, del quechua, es f. para el *DRAE*, el cual advierte: “Úsase también como m., especialmente en América” (desde la 7ª hasta la 14ª ed. figuraba como m.); Cieza de León escribía *la llama*, y en la meseta del Perú, Bolivia y Ecuador, donde es patrimonial, es siempre f. (*la llama* en Jorge Juan y Antonio de Ulloa, cf. FRIEDERICI, *Hilfswörterbuch*; *el llama* “desgarra los oídos de los peruanos”, CUERVO, § 224); en el resto de América es animal exótico, y el m. se debe probablemente a influencia francesa (*le llama*, *le lama* en Buffon y los diccionarios franceses, desde principios del siglo xviii; cf. KÖNIG, *Überseeische Wörter im Französischen*, anejo 91 de la *ZRPh*, Halle, 1939, s. v.); el m. es frecuentísimo en Chile desde Febrés, 1764 (“los carneros de esta tierra, que son los llamas del Perú”), hasta hoy (LENZ, *Dicc. etim.*; ECH. REYES, 66, señalaba como erróneo el m.; ROMÁN, s. v., dice que los eruditos lo hacen m., pero el pueblo y las provincias del Norte f., como también Gay y Philippi); en la Argentina, LAFONE QUEVEDO, *Tesoro de catamarqueñismos*, 1898, escribía *el llama*; BELLO, § 168, daba *llama* como ambiguo, “pero más frecuente m.”; Iriarte, al traducir del francés, escribió *el llama* (CUERVO, *loe. cit.*), y así escribía también Juan Valera (*Venganza de Atahualpa*, I, esc. 2); *los llamas* en la *Historia de la conquista del Perú* de Prescott (texto de Cayetano Rosell, Madrid, 1856-57); SALVÁ, p. 21, lo daba como “común” (*el llama*, macho, *la llama*, hembra); *el llama* usa el *Dicc. quechua* de Middendorf; a la influencia francesa se suma quizá el deseo de distinguir este nombre exótico del patrimonial *la llama* (< *flamma*);

gorila es m. en esp., fr. e it. (*le gorille, il gorilla*); MIGLIORINI, pp. 21-22, explica la penetración de la voz y las vicisitudes del género; HANNÓN, viajero cartaginés del siglo v a. C., habla en su periplo de Γορίλλαι: mujeres vellosas del Norte de África; no se sabe si designaba pigmeos, chimpancés, etc.; en 1847 un misionero, Thomas Savage, identificó con *esas gorilas* los monos antropomorfos que encontró en Gabón; así entró en la nomenclatura zoológica el nombre de *Troglodytes Gorilla*, nombre de una especie, aplicado luego al género (*Gorilla*); los africanistas han tratado de buscarle una etimología senegalesa; en italiano la voz *gorilla* se difundió con las polémicas sobre el darwinismo: los biólogos tradicionalistas usaban *la gorilla, una scimia pseudoantropomorfa*; los partidarios del evolucionismo *il gorilla* (un antropoide); prevaleció en italiano *il gorilla*, como en francés y en español. En una revista ilustrada de Caracas encontramos una lámina con el título: "La gorila y su hijo", lo cual presupone un uso como nombre de los llamados "comunes".

Así, pues, están realmente impuestos *el puma* y *el gorila*; en *boa* y *llama* prevalece el f., que en *boa* es etimológico y en *llama* analógico. La tendencia al masculino puede verse favorecida por el hecho de que el masculino representa en general el nombre de la especie: *la gorila, la llama* designan muchas veces la hembra. Además, el castellano de los naturalistas, más expuesto siempre a la influencia de lenguas extrañas, tiende fácilmente a la anomalía, que destaca el carácter exótico del nombre. De ese modo se explican una serie de masculinos: *el babirusa* (fr. *le babiroussa* o *le babirussa*), del malayo *babirusa* 'puerco ciervo' (el *DRAE* lo da como m., pero el único testimonio que trae el *D. H.* es *la babirusa de las Molucas* de la *Historia natural* de Arévalo, ed. 1914); *los termitas* (en la traducción del *Viaje de Humboldt*, t. 2, 184, hecha por Lisandro Alvarado, etc.; más frecuente es *los termites*, del fr. *les termites* m.); *el capiguara* 'carpincho' (del guaraní); *el equidna*, un mamífero insectívoro; *el sama* 'rubiel o pajel' (nombre de un pez); *el taraza*, la broma que corroe las maderas. Otro nombre de pez, *rémora*, es f. en el *DRAE*, pero lo usaba como m. Pedro de Oña en su *Arauco domado* ("el pequeño rémora", P. H. U.). La Academia (*DRAE* y *D. H.*) da también como m. *águila*, nombre de un pez (*los águilas*, quizá para distinguirlos de *las águilas*). En *Lúculo*, de Julio Camba (p. 146), encontramos *el anaconda* (m. en francés). En la *Estética* de Challaye (col. *Labor*, p. 44) se habla de *los tetras*, gallos silvestres de América del Norte. Ya hemos visto *el coras* y *el añas*. En Falcón (Venezuela), *el pisigua*, un pájaro ("el corazón del pisigua sirve para curar el asma").

Veamos ahora algunos nombres botánicos. El *DRAE* registra como m. *calaba* 'calambuco' (de origen americano), *alipata* (un árbol de Filipinas), *abroma* (sin duda por ser nombre en *-ma*), etc. Ha habido vacilación regional en otra serie de nombres: *el masamasa*, un bejuco (LISANDRO ALVARADO, *Glosario de voces indig.*, dice que es de ordinario m., aunque cita *la trepadora mazamaza* en la *Silva* de Lazo Martí); *el mora* de Guayana, *el castilla* (un árbol que da caucho), *el pomarosa* escribe Pittier, *Manual de plantas usuales de Venezuela*, Caracas, 1926, pp. 33, 67, 69; *el chinchona*, "tan estimado", y *el sarrapia* escribe El llanero falsamente atribuido a Daniel Mendoza; *el mandioca* escribió Vicente Fidel López en la *Historia de la R. Arg.*, 1913, t. 1, 78 ("el man-

dioca, el sorgo, los garbanzos, brotan y maduran en tres meses"). . . Ya hemos visto *el caraminas* y *el cerbas*. Más importancia tienen los siguientes:

caoba (del arahuaco antillano *caoban*) es en general f., y se ha desarrollado *el caobo* (ya en Jorge Juan y Antonio de Ulloa, en el siglo XVIII) como nombre del árbol, para distinguirlo de su madera, muy empleada en ebanistería; *el caoba* en el P. Sánchez Valverde, de Santo Domingo, siglo XVIII (P. HENRÍQUEZ UREÑA, *BDH*, t. 5, 180, n. 2); leemos en el *Facundo* de Sarmiento (ed. de *Obras completas*, t. 7, Buenos Aires, 1896, cap. 8, p. 169): "el nogal entreteje su anchuroso ramaje con el caoba y el ébano; el cedro deja crecer a su lado el clásico laurel, que a su vez resguarda sobre su follaje el mirto consagrado a Venus, dejando todavía espacio para que alcen sus varas el nardo balsámico y la azucena de los campos"; *el caoba* aparece así dentro de una sucesión de árboles masculinos (quizá se use o se haya usado el m. en la región de Cuyo);

tala, al parecer de origen quechua o aimara, es m. en todo el litoral argentino y en el Uruguay, hasta en el uso literario ("añosos algarrobos, viejos talas", en Rafael Obligado; "el hombre, hasta el más soberbio, / con más espinas que un tala, / aflueja andando en la mala / y es blando como manteca", en *Martin Fierro*, 2331, etc.; en *Pago Chico* de Payró, "blandiendo unos talas irresistibles", o sea "unos garrotes de tala"; "El ñandubay, los talas y las ceibas", en *Tabaré* de Zorrilla de San Martín); *El Tala* abunda en la toponimia del litoral argentino; hay diversas variedades del árbol: *tala gateador*, *tala blanco*, etc.; en cambio, en el Norte argentino es lo más general *la tala*, *tala trepadora* o *guiadora*, etc., y en la toponimia *La Tala*, y también *El Tala* (véanse TISCORNIA, *M. Fierro*, t. 1, 482; LENZ, *Dice. etim.*, s. v. *tara*: en Chile *la tara* es probablemente la misma voz; LIZONDO BORDA, *Voces tucumanas*; LAFONE QUEVEDO, *Tesoro de catam.*; SEGOVIA; GARZÓN, *Dice. arg.*; GRANADA, *Vocab. rioplatense*; CIRO BAYO, *Vocab.*);

ceiba (del arahuaco antillano) es en general f., pero FRIEDERICI, *Amerikanistisches Wörterbuch*, señala la frecuente vacilación de género (*el ceiba*, *el ceibo*), aunque no lo documenta ("el árbol *Zeyba*" en Herrera y "el árbol *seyva*" en Íñigo Abbad no implican cambio de género); la formación *el ceibo* o *el seibo* responde a la tendencia a hacer masculino en -o el árbol para diferenciarlo del fruto.

En general los nombres de árboles son masculinos, y a eso se debe indudablemente que algunos de ellos, a pesar de su terminación en -a, se hayan tratado como masculinos. Hay que señalar que ese tratamiento se ha producido por lo común en nombres exóticos, lo cual está de acuerdo con todo lo que hemos visto hasta ahora.

Dentro de esta terminología de las ciencias naturales hay que ver también las vacilaciones de *zona* y de *goma* como términos médicos, que el *DRAE* registra como f.:

el zona, *el zona oftálmico*, etc., en *Mi médico. Guía práctica de medicina e higiene*, publicado por los Dres. Fornoul, Heiser y Jamné, Buenos Aires, 1929, p. 623; un médico de Buenos Aires emplea *el herpes zoster* o *zona* y nos dice que usa siempre *zona* como m.; como m. figura en los dicc. médicos de Cardenal, de Garnier y Delamare y de Dabout:

zona gangrenoso, oftálmico, verdadero, etc. (el *Nuevo diccionario médico de Larousse*, de 1958, lo da sin embargo como f.);

goma sífilítico, escrofuloso, escrófulo-tuberculoso, etc., registran los diccionarios médicos de Cardenal y de Dabout (el de Larousse lo da sin embargo como f.; el de Garnier y Delamare como ambiguo).

Se ve que en esos dos casos la terminología médica tiende a diferenciar mediante el género la acepción profesional de la acepción corriente de la palabra, sin duda para romper la homonimia²¹.

f) DENOMINACIONES DIVERSAS

Utilizamos aquí la distinción que hace S. FDEZ., § 87, entre “nombre” y “denominación”. En el género de la “denominación” se produce una interferencia, permanente o accidental, del apelativo sobreentendido, o una influencia de la familia léxica a que pertenece. Pero también actúa sobre él la atracción analógica, la influencia extranjera, etc. Tratemos de sistematizar este importante capítulo.

1) Letras

Los nombre de las letras son del género f. en castellano porque presuponen *la letra* (en griego eran del género n., por *γράμμα*; en latín se incorporaron al n., pero se usaron también en f., por *littera*). Sólo por fidelidad a la tradición griega algunos eruditos usaron el m. para nombres de letras griegas, hebreas o árabes: *el omega* en Monlau (*Dice. etim.*), *el sama hebraico* en las *Disquisiciones* de R. J. Cuervo (*Obras inéditas*, Bogotá, 1944); *el digamma* en el *D. A.* y en el dicc. de Barcia (ya en Donato era f.). En la expresión figurada *el alfa y omega*, hemos oído a veces *el alfa y el omega*, sin duda por repetición rítmica del primer artículo (como en *el pro y el contra, el principio y el fin*, etc.).

La cuarta letra griega se llama invariablemente *la delta*, pero al aplicarse este nombre a la terminología geográfica pasó al m., sin duda por influencia del francés (*le Delta du Nil*). Y así es general: *el Delta del Nilo, el Delta del Paraná*²², *el Delta del Amazonas, el Delta del Orinoco*. Es hoy lo general, aunque la Academia ha vacilado constantemente: había adoptado el masculino desde la 8ª ed. (1837), se decidió después por el f. (desde la 14ª ed., 1914) y ha vuelto al m. en la última

²¹ El Dicc. médico de Cardenal registra también *ama* m. (engrosamiento de un conducto del oído), y además *amaas* (una pseudoviruela), *amartia* (coristia), *bismona* (óxido de bismuto coloidal), *cariogonas* (núcleo reproductor de una célula), etc. Abundan los masculinos en -a en los vocabularios técnicos, aunque el tratamiento de ellos es muy inseguro. Por ejemplo, *circunfusa* y *corioplaxa* figuran como m. en el *Dice. médico* de Garnier y Delamare, pero como f. en los de Cardenal y Dabout. Eugenio d'Ors escribe *el hormona, el harmozona, el calona* (*Diálogos de la pasión meditabunda*, 1923, pp. 191-192), pero el *Dice. de Cardenal* trae *la hormona* (es hoy lo general, aunque lo etimológico es *el hormón*, del gr. ὁρμῶν), *el harmozón, la calona*. *Adema*, término de minería, del árabe (más frecuente es *ademe*), es f. para el *DRAE*, pero m. para el *D. H.* (era m. para SALVÁ).

²² En la región de Buenos Aires *el Delta* es la denominación popular de toda la zona (islas y márgenes) de la desembocadura del Paraná en el Río de la Plata; es en realidad un topónimo.

edición (18ª ed., 1956). El *Dice. de voces y térm. geográf.* de Vergara Martín (Madrid, 1926) trae *los Deltas del Nilo* y *Delta marino*. Ateniéndose al criterio académico de su tiempo, Gilberto Antolínez, *El indio y su mundo*, Caracas, 1946, p. 235, escribía *la delta del Orinoco*. Lo general en Venezuela es *el Delta*, *los guaraiños del Delta*, etc.

2) Colores

Aunque *rosa*, *violeta*, *malva*, *lila*, *escarlata*, *grana*, *púrpura*, *esmeralda*, etc. son nombres femeninos, pasan al m. como denominaciones de color (el sustantivo *color* está siempre sobreentendido):

el rosa (*un rosa pálido*, etc.; "la maravillosa Giralda, de un rosa tierno bajo la luz de la tarde", en Blasco Ibáñez, *Sangre y arena*, cit. por ROD. HERR., t. 1, 80), *el violeta* ("violetas ignorados", en poesía de J. R. Jiménez, cit. por S. FDEZ., § 75; "el color sagrado / del violeta azul de lo infinito", en *Dulces cadenas* de Campoamor, cit. por ROD. HERR., *loc. cit.*), *el ultravioleta*, *el malva* ("un malva azul y triste", en *Platero y yo*, y "malvas lánguidos" en poesía de J. R. Jiménez, cit. por S. FDEZ., *loc. cit.*), *el lila*, *el escarlata* (sin embargo, "tiene la piel de una escarlata brillante", en el venezolano Antonio Arraíz, *Tío Tigre y tío Conejo*, p. 203), *el grana* ("los rosas, los granas, los verdes, los morados, todos los colores tiernos y viejos del Ifach", en Gabriel Miró, *Años y leguas*, cit. por S. FDEZ., *loc. cit.*), *el púrpura* ("el púrpura sangriento", en la *Silva criolla* de Lazo Martí), *el esmeralda*, *el gualda*, etc. En Venezuela, Colombia, Cuba, Chile, etc., *el carmelita*.

Es curioso señalar que *el rosa*, *el violeta*, etc. no vacilan nunca en el género a pesar de que el sustantivo *color*, que presuponen, ha sido uno de los más vacilantes en la historia de la lengua. Quizá a ello haya contribuido un sentimiento de oposición, por ejemplo, entre *la rosa* (la flor) y *el rosa* (el color)²³.

²³ De todos modos, esos sustantivos tienen un comportamiento especial. Los términos que designan colores (*rojo*, *verde*, etc.) son en general adjetivos que pueden sustantivarse. En cambio los sustantivos que han pasado a designarlos (*castaño -a*, *castaño -a*, *musgo -a*, *tordo -a*, etc.) no siempre se prestan a una adjetivación plena, sobre todo a la flexión *-o -a* de masculino y femenino. Aun uno tan antiguo como *castaño*, que puede usarse en plural (*cabellos castaños*), nos parece que no se da en f., aunque procede de *la castaña* (la Academia lo autoriza, pero creemos que nunca se dice *chaqueta castaña*, sino *chaqueta de color castaño*). La flexión de plural es más habitual: en Bogotá *lazos lacres*, *cintas lacres*; en la Argentina, Venezuela, etc., *cintas marrones*, etc.; en el Perú *zapatos cabritillas*; en México *zapatos cafés* y aun *cafeses*.

S. FDEZ., § 75, lo explica. Cree que quizá su duplicidad de valores (muchos de ellos conservan su valor de nombres de plantas, flores, frutos, piedras, sustancias, etc.) impide la moción genérica, pero no la de número, que ya poseen como sustantivos concretos: *paisajes malvas*, *cristales granas*, *reflejos granates* en J. R. Jiménez, *estepas gualdas* en Azorín, pero *luces violeta* en Francisco de Cossío, *flores carmín* en Felipe Trigo y sobre todo *ojos azul claro* en Gómez de la Serna y *labios rosa pálido* en Rosa Chacel.

Hay sustantivos, aplicados quizá más recientemente a la designación de color, en que la resistencia a la flexión es muy grande. El proceso es el siguiente: *vestidos de color de rosa* > *vestidos color de rosa* > *vestidos color rosa* > *vestidos rosa*. Pero en el tratamiento se diferencian el habla familiar y el habla culta.

El uso *vestidos color de rosa* parece triunfante en la lengua culta. GUASCH LEGUIZAMÓN, *Galicismos aceptados, aceptables y vitandos*, s. v. *color*, registra: *media color de*

3) *Idiomas*

Hay en la lengua una serie muy grande de gentilicios en *-a*, de origen antiguo y moderno. De ellos derivan los respectivos nombres de lenguas, siempre masculinos: *el persa, el celta, el azteca* (hoy se rechaza esta designación para la lengua) o *el nahua, el zapoteca, el maya, el chibcha, el quechua o quichua, el aimara, el diaguita, el eusquera* ("la lengua materna de Iñigo de Loyola. . ., que es la misma de mis padres y abuelos todos, el eusquera vasco, empezó a ser escrita merced al movimiento protestante", Unamuno, *La agonía del cristianismo*, cap. 4, en *Ensayos*, t. 1, Madrid, 1945, p. 953), etc. Es posible que en su origen presupongan un uso adjetivo sobre *idioma*.

Algunos de ellos sufren, sin embargo, acomodación analógica. En Filipinas se llama *los castilas* a los españoles (también en partes de México y de Nuevo México, en habla aindiada) y *el castila* la lengua española, pero en el interior de la Argentina *se habla la castilla o se entiende la castilla*: "¿No habla la castilla?" (*los castillas* 'los castellanos, los españoles' era frecuente en el siglo XVI: véase ESPINOSA, *RFE*, 19, 261-267, y 22, 298-300; A. ALONSO, *Cast., esp., idioma nacional*, 146; DRAGHI, *Cancionero cuyano*, 157, 435, etc.). De modo análogo, en el

rosa en Azorín, *seda color de tabaco* en Blasco Ibáñez, *vestido color de cielo* en Benavente, *manchas color de violeta* en Pardo Bazán, *mar color de añil* en Pérez de Ayala, *rostro color de luna* en Emilio Carrere. Hasta aquí tenemos la aposición de dos sustantivos, sin enlace preposicional, lo cual está en el genio de la lengua.

El uso *vestidos color rosa* tiene menos valor literario, pero Guasch Leguizamón encuentra *botas color rosa* y *camelias rosas* en *Pequeñeces* de Luis Coloma, *la tarde rosa* en Villaspesa y *ojos avellana* en Martínez Sierra. Lo tacha de galicista, propio —dice— de horteras y modistas, "por influencia de las revistas de modas escritas en lengua francesa". Ya lo había criticado del mismo modo CUERVO (§ 465), que encontraba en una revista de 1843, publicada en París, *guante caña, raso junquillo o lila, vestido de moiré tórtola*, y en cualquier periódico o novela de su tiempo, *merino perla, lazos rosa*.

S. FDEZ., *loc. cit.*, cita además *pelo color cerveza blonda* en la Pardo Bazán, *pañuelo de seda color hueso* en Zunzunegui, *barbas color estopa* y *mantón color pulga* en Pérez de Ayala, *mantón caca-de-oca* en Eugenio d'Ors, *vestido de pana color avellana* en Rosa Chacel. Aunque de origen francés, lo considera uso arraigado en la lengua literaria y en la conversación. Además, *lonas de color naranja* en Miró y *jalda de color malva* en Azorín.

Me parece, sin embargo, que la influencia francesa es sólo cooperadora, y que hay ahí una tendencia que rebasa el área de esa influencia. La Academia admite *diamante rosa*. En la Argentina hay *zapatos color borravino* (de color de borra de vino) y también *zapatos borravino*. En Chile *un manto café, un vestido granate, un sombrero plover, una chaqueta crema, unos guantes lila, unas medias violeta*, etc., y hasta se dice *la niña se puso lacrecita* (de color de lacre), *compré unas medias cafecitas, no me gustaron tanto las palomitas* (ROMÁN, t. 1, 234). En México *un vestido café, un pañuelo café* (R. DUARTE), que SANTAMARÍA, en su *Vocabulario tabasqueño*, da como comunes en el habla familiar (cree que deben admitirse en el mismo uso *mamey, durazno, fresa, limón, guaya* "y tantos más cualitativos cuya es la propiedad de significar analogía o semejanza en color con las frutas por ellos indicadas").

Esos usos son una etapa en el proceso de la plena adjetivación, a la que sólo se llega en casos especiales. Además de *canelo, castaño, cenizo, musgo, tordo*, Cuervo cita *habano*. El habla popular prolonga el proceso: en Bogotá hemos oído *vestido carmelito, zapatos carmelitos* (de color carmelita). En Nuevo México, en cambio, registra ESPINOSA, *BDH*, t. 2, § 28, *unas enaguas color cafeses* o *color de rosas, unos géneros color blancos, unas telas color blancas*.

Norte argentino, desde Santiago del Estero, se habla *la quichua* (así en el *Facundo* de Sarmiento). Y en Yucatán *la maya* 'el idioma maya' (NRFH, 3, 177).

4) Montes, sierras, volcanes

Son m. los nombres de montes: *el Himalaya* (sin embargo "el tigre no ruge en las Himalayas", dice el cubano F. Poey, cit. por ROD. HERR., t. 2, § 834), *el Guadarrama*, *el Jura*, *el Atlas* (*el Atlas Medio*, *el Atlas Mayor*), *el Tatra* ("cruzamos los hermosos Tatra para llegar a Praga", leemos en *El Nacional*, Caracas, 1º de sept. de 1958), *el Gólgota*, etc. Todos ellos presuponen *el monte*. Cerca de Madrid está *el Garabitas*, que tuvo importancia estratégica en la guerra civil. Un nombre como *Alpes*, que era f. en latín y en español antiguo (*las Alpes* en la *Primera crónica general*, *las Alpas* en *Castigos*: GARCÍA DE DIEGO, *Gram. hist.*, § 129), se hizo m. (por analogía tenemos *los Andes*). *El Helicón* aparece a veces en poesía como *Helicon*, pero conserva su m. ("Agora, dioses de Helicon santo", en Arjona; "profano Helicon", en Baralt, citados por ROD. HERR., *loc. cit.*). En cambio es f. *la Alpujarra* o *las Alpujarras* (cf. *La Alpujarra*, título de una novela de P. A. de Alarcón; *el Alpujarra* en fray Antonio de Guevara no es uso m., sino *el ante a-*, frecuente en la época), por acomodación a la -a o quizá porque es a la vez nombre de la región.

Los nombres de sierras son en cambio f. En Caracas *la Silla*; en Chile *la Campana*, *la Silla del Gobernador*, *la Higuera*, etc. (LENZ, *La oración y sus partes*, 111: *Cerro de la Campana*, etc.). Pero los volcanes son m.: *el Etna* (lat. *Aetna* f.), *el Aconcagua*, *el Antisana*, *el Orizaba*, etc. (presuponen *el volcán*).

Dice S. FDEZ., § 87: "En los orónimos la denominación funciona con independencia del nombre apelativo: *el promontorio de los Filabres*; *el macizo de la Demanda*; *la Maliciosa*; *Peñalara*... *está formada por*... (Vidal y Box, en *Guías de los sitios naturales de interés nacional*, 80); en otros casos parece actuar como atributo del nombre apelativo: *los montes Pirineos*, que impone su género a la denominación; *el Etna*... Pero *el Guadarrama* es un hidrónimo en su origen, que impone su género al municipio y a la sierra".

5) Ríos, lagos, mares

Como en latín (*Tiberis*, *Arnus*, *Padus*, *Garumna*, etc.)²⁴, son masculinos los nombres de ríos, aunque terminen en -a: *el Sena*, *el Escalda*, *el Mosa*, *el Mosela*, *el Volga*, *el Vístula*, *el Garona*, *el Navia*, *el Pisuerga*, *el Guadiana*, *el Eresma*, *el Lozoya*, *el Elba*, *el Turia*, *el Plata*, *el Magdalena*, *el Amazonas*, *el Usumacinta*, *el Caura*, *el Arauca*, *el Chama*, *el Albarregas*, etc. Todos ellos presuponen *rio*: el nombre completo es *rio de la Plata*, *rio de la Magdalena*, *rio de las Amazonas*, etc.

²⁴ Sobre el género de los nombres de ríos y pueblos publicó el ABC de Madrid una serie de artículos y cartas en julio y agosto de 1961 (véase *supra*, nota 9). Rafael Lapesa (8 de agosto) señalaba que las deidades fluviales grecorromanas eran masculinas, empezando por el helenístico Nilo, abuelo rodeado de larga descendencia, y que desde el Renacimiento la poesía y el arte nos han venido familiarizando con esa imagen

Lo mismo ha pasado en las demás lenguas románicas. Pero en francés una serie de nombres en *-a* impusieron analógicamente el *f.*: *Sequana m.* > *la Seine*, *Garumna m.* > *la Garonne*, *Matrona m.* > *la Marne*, *Mosa, m.* > *la Meuse*, *Mosella m.* (ya en Ausonio, siglo iv, alternan el *m.* y el *f.*) > *la Moselle*, etc., y así hay ríos que conservan el *m.* etimológico y otros en que se ha impuesto el *f.* analógico (no creemos que ello responda a la distinción entre *le fleuve* y *la rivière*)²⁵.

BELLO, § 162, señalaba que algunos autores españoles daban género *f.* a ríos de Francia y de otros países: *la Sena*, *la Mosela*, *la Escalda*. Lo encontraba frecuentemente en Carlos Coloma. En el *Estebanillo González*, *la caudalosa Sena*, *la Musela* (C. C., t. 1, 206; t. 2, 123); *la Mosa* se encuentra en Quevedo ("la Mosa, el Rhin, el Tajo y el Danubio") y en Feijoo (ROD. HERR., t. 2, § 837). Es sin duda imitación del género que tienen en francés, pero se da también en nombres de otra procedencia: *la Soma* en el *Aminta* de Jáuregui ("Beba la Soma el persa...": NRFH, 15, 511); *la Vistula* en Feijoo; *la Piava* (*il Piave*) escribió Bartolomé Mitre en su traducción de la *Divina Comedia* (ROD. HERR., loc. cit.).

En cambio, cuando el Marqués de Santillana escribe *la enferma Guadiana* hay que pensar en influencia analógica de la *-a*. A esa influencia se deben las vacilaciones de *Esgueva*, el río de Valladolid:

según la *Gram. Acad.*, § 14g, en Valladolid se vacila entre *el Esgueva* y *la Esgueva*; *el turbio Esgueva* en el *Viaje del Parnaso* de Cervantes; *sucio Esgueva*, *Esgueva quedo*, *el señor Esgueva*, *cayó enfermo Esguevilla*, en Góngora (AL. SELFA; ROD. HERR., loc. cit.); en los *Romances de la mudanza de la Corte y grandeza de Valladolid* (principios del xvii), "Por ventura os la quitan / el vuese anciano Pisuerga / o el su criado Esguevilla" (ABC, 10 agosto 1961); dice Salas Barbadillo en el *Curioso y sabio Alejandro*: "El Esguevilla se le aplicamos a todo escribanillo, a todo porterejo"; SALVÁ daba *la Esgueva*, "que muchos hacen ya *m.*"; Madoz usaba sistemáticamente *el Esgueva*; también la *Guía* de 1861 y hoy la prensa

patriarcal: el Tormes, en la segunda égloga de Garcilaso; el Betis, padre *piadoso*, a quien Cetina cuenta sus amores, río *sagrado* que en la oda de Herrera celebra los triunfos de San Fernando; todavía en Quintana son divinidades viriles que claman venganza contra el invasor; era *m.* el griego ποταμός, y también el latín *fluvius*, *amnis*, *rivus*. NYROP, en su *Grammaire historique de la langue française*, t. 3, § 671, cree que en francés el cambio de género de los nombres de los ríos puede traer un cambio en la concepción artística: un artista francés representará los ríos como diosas, o al menos como mujeres. En realidad, la representación es muchas veces independiente del género del nombre: ¿Cómo se representa a la muerte?

²⁵ Se conserva el *m.* en una serie de nombres: *le Rhône*, *le Var*, *le Doubs*, *le Cher*, *le Tarn*, *le Lot*, *le Hérault*, etc. Y sobre todo en una serie de nombres extranjeros: *le Mississippi*, *le Missouri*, *le Rhin*, *le Hudson*, *le Tigre*, *le Gange*, *le Danube*, *le Tage*, *le Guadalquivir*, *le Volga*, *le Weser*, etc. Algunos de ellos tienden al *f.*: *la Volga*, *la Weser*, etc. Véase LUCIEN FOULET, "Fleuve et rivière", *RPh*, 2 (1948-49), 285-297.

También en italiano los terminados en *-a* se han convertido frecuentemente en femeninos: *la Garonna*, *la Magra*, *la Secchia*, *la Scrivia*, *la Dora*, *la Bormida*, *la Stura* y alguno más. "Il Persa bea la Soma", dice Tasso en el *Aminta* (NRFH, 15, 511). A veces hay vacilación, que puede extenderse a la terminación *-e*: Manzoni usa *della gemina Dora*, *della Bormida*, pero también *del rapido Mella*; *la Magra* se usa tanto como *il Magra*, *il Piave* tanto como *la Piave* (TRAVAZZA y ALLODOLI, *La grammatica degli italiani*, Firenze, 1950, p. 48). Hay gramáticos que censuran el femenino "la Maira", "l'Adda è molto profonda".—La misma acomodación se da en el portugués regional: en Alentejo se dice *a Guadiana* por *o Guadiana* (LEITE DE VASCONCELOS, *Lições*, 5, 330).

de Valladolid (*ibid.*); el uso f. se ha explicado porque quizá no se sentía como río, sino como *esgueva* 'arroyo o canal de poco caudal' (se aplica como apelativo a varias fuentes de aguas, y Zorrilla escribía *mis esguevas* aludiendo a los dos brazos del río).

Del mismo modo se explican una serie de femeninos de carácter muy local, de todas partes de España:

la *Huerva*, en Aragón (*Gram. Acad., loc. cit.*; SALVÁ daba la *Esgueva* y la *Huerva*, "que muchos hacen ya masculinos"); la *Noguera Pallaresa* (Menéndez Pidal, *ABC*, 25 julio 1961; en *Bellesa de Catalunya* de Carlos Soldevila, Barcelona, 1956, p. 75, *el Noguera Pallaresa*); la *Noguera Ribagorzana* (*ABC*, 30 julio); la *Cenia* (José Gómez de Arteche, *Geografía histórico-militar de España y Portugal*, Madrid, 1859, t. 1, 273 s.); la *Hornija* y la *Guareña* (desembocan en el Duero por la vega de la ciudad de Toro); la *Isuela* (Cánovas del Castillo, *La campana de Huesca*); la *Hoz*, en el término municipal de Rute (Córdoba), la *Cañada*, afluente del Jalón, y la *Cabrera* y las *Yeguas*, afluentes del Guadalquivir (*ABC*, 6 agosto 1961); la *Huecha*, en el partido de Borja (Zaragoza), la *Espasa*, en Gobiendes (Asturias), la *Redonda*, afluente del Huebra, la *Corbetera*, la *Dehesilla*, la *Majadilla*, arroyos en la Pedriza de Manzanares (S. FDEZ., § 87), etc.

Seguramente hay muchos más, pero ya se ve que todos tienen carácter muy limitado. Sin duda no se sienten como ríos o arroyos, sino como fuentes, cañadas, regueras, etc. (ya hemos visto el caso de la *Esgueva*). En el debate del *ABC*, el Dr. Raúl Soulés Baldó aducía que en el Táchira (Venezuela) los ríos son masculinos, pero las quebradas (*quebrada* equivale a 'arroyo') son f.: la *Machiri*. Marco Antonio Martínez me proporciona otros nombres de quebradas: la *Parada*, la *Bermeja*, la *Potrera*, la *Negra*, la *Águeda* y muchas más. Sin embargo, es frecuente llamar la *Portuguesa* al río de la Portuguesa, en la región de ese río: "Está crecida la Portuguesa"; "Portuguesita es un caserío que está por los nacimientos de la Portuguesa". También la *Yuca*, en el Estado Barinas: *Estar entre Masparro y la Yuca* es estar en muy mala situación (son dos ríos que crecen en invierno e inundan toda la zona intermedia). Seguramente la acomodación a la -a es más frecuente de lo que se cree.

De los nombres de río se desprenden algunos de saltos: *el Niágara*, *el Tequendama*, etc. (de *el salto del Niágara*, *el salto del Tequendama*).

También son m. los nombres de lagos: *el Titicaca*, *el Ladoga*, etc., que presuponen *el lago* (en cambio *la Estige* o *la Estigia*, del lat. *Styx* f., gr. Στύξ f., presupone *laguna*, *laguna Estigia*; la *Estige* en la Acad., la *negra Estige* en Arjona; pero *el Estige* en la *Arcadia* de Lope, cit. por ROD. HERR., t. 2, 575; en fr. *le Styx*). Y los nombres de mares: *el Mármara* (de *el mar de Mármara*). "Las Islas de los Açores" (Herrera, *Década* 3ª, lib. IV, cap. 1) son hoy *las Azores*.

6) Ciudades, pueblos, lugares

Hemos visto que el uso antiguo y clásico, como prolongación del latín, daba preferencia al f., aunque el nombre terminara en -o (*la imperial Toledo*, etc.). El uso moderno, en cambio, se orienta en general

hacia el m., con una serie de vacilaciones determinadas por la tradición, la atracción analógica de la *-a* o el sentimiento implícito de *ciudad*, *pueblo*, *lugar*, etc.

En general puede decirse que los nombres de ciudades y pueblos en *-a* son f. tradicionalmente y mantienen el f. hasta hoy. En el viejo romancero: "Zamora la bien cercada", "Álora, la bien cercada..." Keniston cita en el siglo xvi: *la famosa Granada* en Pérez de Hita, *la antigua Roma* en Mateo Alemán, *Salsas la Vieja* en Gonzalo Ayora, *la Coruña* en Lorenzo Galíndez Carvajal. Cov. registra *Teba la Vieja*. ROD. HERR., t. 2, § 833, documenta *otra Numancia* en Lope y *Babilonia cargada*, *Ávila dañada*, *Medina escandalizada* en fray Antonio de Guevara. En territorio venezolano se fundó en 1552 *la Nueva Segovia de Barquisimeto*. Es el uso actual: *Granada la bella* se titula una obra de Ganivet; *la famosa Salamanca* en Espronceda, y *esta mi Salamanca* solía decir Miguel de Unamuno; *la docta Córdoba* (es general en la Argentina), *la Valencia del Cid*, *Córdoba la Sultana*, *la gentil Caracas*, *la señorial Mérida*, *la Atenas de América*, *la amurallada Ávila*, *la Málaga de mis amores*, etc. Pero no puede hablarse de una sistematización rígida. Decía BELLO, § 850: "Uno de los caprichos más inexplicables de la lengua es el empleo del indefinido *un* y del adjetivo *medio* (en estas terminaciones masculinas) con nombres propios femeninos de ciudades: «¿Quién diría que en un Segovia no se encuentra una buena posada?», «Lo ha visto medio Sevilla». Esta anomalía (como observa don Vicente Salvá) se halla de tal modo canonizada por el uso, que no se sufriría la terminación regular *una* o *media*".

A continuación plantea la duda sobre el uso del adjetivo en esos casos: "Medio Granada fue consumido por las llamas" o "fue consumida"... Considera que debe usarse *consumido* ("A mí me parece que el sustantivo en esos casos pierde su género natural y pasa al masculino").

También (§ 851) recoge otra vacilación, que ya señalaba Puigblanch: "Tanto en España como en América se dice corrientemente *el mismo Barcelona* o *Barcelona mismo*, sin que por eso deje de usarse también la terminación regular en este caso". Agregaba a continuación los casos en que precedía la preposición *en*: "en Zaragoza mismo", "en España mismo". Pero si el nombre lleva artículo debe usarse invariablemente —observaba— el f.: "en la misma Zaragoza", "en la España misma".

Tratemos de sistematizar en lo posible los usos. Los nombres de ciudades en *-a* tienen género f., pero con *un*, *medio*, *mismo*, es frecuente el m.: *aquello era un Barcelona digno de verse*, *un Compostela*, *medio Valencia*, *el mismo Málaga*, etc. Igual vacilación se da con *todo*: *todo un Granada*, *todo Córdoba*, *todo Salamanca*, *todo Segovia*, *todo Valencia*, etc. Dámaso Alonso (ABC, 27 julio 1961) señala que es frecuente el m. en los usos con *todo*, *medio*, *un*, *propio*, *mismo*: "En el mismo Barcelona es posible encontrar precios muy arreglados", "Todo Sevilla se echó a la calle", "Medio Valencia conocía la historia" (aunque se oye también *en la misma Barcelona*, *toda Sevilla*, *media Valencia*). Y lo daba como índice de flexibilidad frente a la norma. Detengámonos en los usos con *todo*.

Gabriel Miró usa sistemáticamente *todo Oleza* en *Nuestro padre San*

Daniel (87, 96, 127, etc.) y en *El Obispo leproso* (sin embargo, *toda Oleza* en la p. 351). Pero trata a *Oleza* como f. en todas las otras construcciones: "Oleza se quedaría callada, quietecita", "Oleza, ya suya del todo, olorosa de ramajes", "la pobre Oleza", "la legítima Oleza", "más pequeña Oleza, recostándose toda en las ascuas de poniente", "una Oleza sin río" (*El Obispo leproso*, 228, 244, 278, 320, 378, etc.).

Ese uso de *todo* con nombres de ciudad en *-a* es antiguo: *todo Troya*, hacia 1270, en *Poesías de la historia troyana* (*Poesía de la Edad Media* de D. Alonso, p. 100), frente a *toda Tarso* en el *Apolonio*, 352. Hay la tendencia a mantener *todo* como invariable, bien por extensión de los usos más frecuentes (*todo Madrid*, *todo París*, *todo Londres*, etc.), o bien porque *todo* puede presuponer *todo el pueblo de*, *todo el mundo de*: *todo Córdoba* significa 'todo el pueblo de Córdoba'; *toda Córdoba* es 'toda la ciudad'. *Todo* es más personalista, está referido más concretamente a los habitantes. Se puede decir: "Todo Sevilla salió a recibirle", o "Sevilla toda salió a recibirle". La *Gram. Acad.*, § 14f, afirma que en la *gran Toledo* se sobreentiende *ciudad* y en *todo Málaga* se sobreentiende *pueblo*. ROD. HERR., t. 2, § 832, insiste también en que *todo París*, *todo Berlín*, etc., aluden al pueblo, a los habitantes, y no a la ciudad misma en su estructura material (casas, parques, paseos, etc.): "Todo Londres se ocultó bajo tierra", "Berlín entero estuvo a punto de sucumbir", "El valiente París vive tranquilo ya", frente a "una Berlín incendiada", "una Londres semidestruida", "una París toda acabada". Y refuerza su idea con los conocidos versos de Ventura de la Vega:

¡Qué ridículo papel
entre las gentes hacía!
Todo Madrid lo sabía.
Todo Madrid... menos él²⁶.

La prueba de que ello es así, está en que lo mismo sucede con los nombres de países: *todo Venezuela* en el general Páez (*Autobiografía*, t. 1, 450), en Pocatererra (*Memorias*, t. 1, 28, 88, 161 n.) y en Rómulo Gallegos ("Bien sabido es que aquí, como en todo Venezuela, el problema del campo es doble: agrario y agrícola", *Una posición en la vida*, 207), el cual también escribe *todo Cuba* (*La brizna de paja en el viento*, 127, 320). Luis E. Valcárcel usa *todo Bolivia* (*Ruta cultural del Perú*, México, 1945, p. 158). El masculino personifica.

Veamos ahora el comportamiento de *un*, *medio*, *mismo*. Lo que hemos dicho de *todo* se puede decir de *medio*: "Lo ha visto medio Sevilla" alude a la gente; *media Sevilla* sería una mitad geográfica. Di-

²⁶ ROD. HERR., t. 2, § 833, encuentra en un romance anónimo: "Grande estruendo de campana / por todo París había..." Y en otro del *Romancero general*: "Cuando están en el lugar / do ha sido sentenciado, / delante toda París / fue todo ejecutado..."

En Venezuela es frecuente *todo Caracas*; *todo Cartagena* escribe Mariano Picón Salas, en su *Pedro Claver*, México, 1950, pp. 97, 205; *todo Mérida* en Gonzalo Patrizi (*Antología del cuento venezolano*, t. 2, 187).

Todo presenta cierta tendencia a la adverbialización. Cf. la siguiente frase de Mariano Picón Salas: "Así son estos hidalgüelos ricos; todo pompa y alarde, muchas golillas y mangas de encaje, mucha agua de olor" (*Pedro Claver*, 144).

riamos: "Media Barcelona quedó destruida por el bombardeo", pero "medio Barcelona es republicano". Pereda usaba sin embargo *media*: "media Santander con la boca abierta escuchando" (*Sotileza*, cap. 15). El uso masculino se ha visto favorecido sin duda por el frecuente empleo de *medio* como adverbio (*medio dormida*, *medio muerta*, *medio parientas*, etc.), o aún más como especie de afijo o partícula prepositiva (BELLO, § 1252): "La sirena era un monstruo, medio pez y medio mujer". De todos modos el uso que sugiere Bello ("medio Granada fue consumido por las llamas") prueba que hay en esos casos, como en *todo Granada*, una especie de concordancia *ad sensum*. Del mismo modo nos parece que se explica el uso de Carlos Coloma en las *Guerras de Flandes* (libro IX, cit. por GARCÉS, t. 2, 58): "Y cierto que ofendidos Inglaterra y Holanda, habrán de echar el resto por asistir al Rey de Francia".

Nos quedan los usos de *un* y *mismo*. En *La feria de los discretos* de Baroja (*Obras*, t. 1, 792a) pregunta un personaje: "¿En Córdoba mismo?" Ya Bello explicaba esos usos de *mismo* (*el mismo Barcelona* o *Barcelona mismo*, *en Zaragoza mismo*, *en España mismo*) como una adverbialización del adjetivo, comparable a la de *allí mismo*, *mañana mismo*, etc. En el español coloquial es frecuente *ella mismo* ("ella mismo me lo dijo"), en que equivale a 'precisamente ella', 'ella en persona'. Y parece que es análogo el uso de *propio*: "en el propio Argamasilla", escribe Azorín, *La ruta de Don Quijote* (cit. por S. FDEZ., 153).

Finalmente *un*: "¿Quién diría que en un Segovia no se encuentra una buena posada?" Hay efectivamente alguna resistencia a usar *una*. Es uso frecuente: "¡Que en un Valencia no se pueda comer una paella!", etc. En Moratín, *El sí de las niñas*, II, esc. 5, dice Don Diego: "¡Y en Madrid! ¡Figúrese usted en un Madrid!" Pero no es del todo imposible *una*: "¡Que no haya un libro de Unamuno en una Salamanca!" Es frecuente también asociado con *todo*: "Todo un Granada le ofreció su homenaje". Ya se ve que son usos de valor enfático, exclamativo o interrogativo. Quizá puedan explicarse, como ya pensaba LENZ, *La oración*, § 68 nota, por analogía con el frecuente uso de *un* ante nombres y apellidos: *todo un César*, *todo un Napoleón*, etc. Es decir, que *un* personaliza, personifica. "Me encontré una Segovia renovada, modernizada" alude a la ciudad misma; en cambio, *en un Segovia* parecería que nos encontraríamos con un personaje representativo de toda la ciudad, o la ciudad toda convertida en un solo ser humano²⁷.

De todos modos, aunque los nombres de ciudades, pueblos, lugares en *-a* son regularmente del género femenino, hay cierta vacilación, y no se puede hablar de "género natural". S. FDEZ., *loc. cit.*, recoge, en *Años y leguas* de Miró: "Tárbena, tan alta", "Tárbena, sentada", "Tárbena, tan humilde y tan ceñido por el cielo". Una misma persona puede vacilar según las circunstancias: "el Barcelona que yo he visto" o "la Barcelona que yo he visto", como "mi Buenos Aires querido" o "mi Buenos

²⁷ En italiano hay un uso en apariencia análogo. La *Grammatica* de TRAVALZA y ALLODOLI, p. 51, registra: "*un casa del diavolo* (Verga escribe erróneamente *una*), como un todo, aun con adjetivo: «sul ponte de mio bastimento è lo stesso casa del diavolo» (FUCINI)". *Un casa del diavolo* es un alboroto o desorden mayúsculo. El cambio de género se ha producido sin duda por haberse perdido el valor significativo de *casa* y convertirse la expresión en un nombre compuesto (*casa-del-diavolo*).

Aires querida", "bonito Guadalajara" o "bonita Guadalajara". Una película exhibida hace algunos años tenía por título: "El viejo Viena". Y el Himno Nacional Argentino de Vicente López y Planes (1813) dice: "¿No los veis sobre el triste Caracas / luto y llantos y muerte esparcir?"²⁸

Ya se ve que subsiste en los nombres de ciudad (como en los de país) un elemento de ambigüedad genérica que deja cierto juego a la expresividad. Como entidades constituidas por seres humanos, es natural que siempre pueda darse con ellas la concordancia *ad sensum*. A veces se prefiere la anomalía, para romper el mecanicismo de la forma, y así se explica quizá el *todo Troya* frente a *toda Tarso*²⁹.

²⁸ Reunimos algunas vacilaciones más: *el antiguo Punta Arenas* (Armando Braun Menéndez, *Pequeña historia magallánica*, Buenos Aires), *su Caracas querido* (Augusto Mijares, *Hombres e ideas en América*, Caracas, 1936, p. 136), etc.

Los alumnos del Curso de Verano para Extranjeros de Santander (*ABC*, 3 agosto 1961) registraban las siguientes vacilaciones: *Barcelona es hermoso o hermosa*, *el Granada moderno o la moderna Granada*, *el viejo Santillana o la vieja Santillana*, *Roma es grandiosa o grandioso* (en cambio siempre *la Roma eterna*). No estamos seguros de que esas vacilaciones sean reales (a nosotros nos suena únicamente el f. en esos casos), pero testimonian de todos modos cierta inseguridad.

Don Ramón Menéndez Pidal (*ibid.*, 27 de julio) notaba la vacilación: *Sevilla es f.* para un egregio gramático, y otro gramático le contradice con razón. Dámaso Alonso (*ibid.*) señalaba que junto a la norma hay siempre flexibilidad. Es decir, que la norma no es nunca rígida en este terreno. La Academia, que en las ediciones viejas de su *Gramática* (1826, etc.) se inclinaba por la terminación (*Toledo ventilado*, *Bilbao lluvioso*, *Valencia llana*, *Zaragoza antigua*), ha admitido siempre la influencia del apelativo sobreentendido (*ciudad o pueblo*).

En algunas regiones hay una tendencia decidida al m. en todos los casos. En Chile se usa casi sin excepción, según LENZ, *La oración*, 111-112, "porque en el lenguaje familiar y vulgar no hay ciudades ni aldeas, sino pueblos": *todo Santiago*, *medio Talca*, *Rancagua fue sitiado por los enemigos*, *la Serena es más bonito que Coquimbo*, etc. Lo mismo pasa con los nombres de provincias: *Colchagua es más populoso que O'Higgins*. Pero *la Atacama está cubierta de desiertos*.

Cosa parecida anotaba en Antioquia (Colombia) LUIS FLÓREZ, *Habla... en Antioquia*, 66: "Como masculinos, a pesar de terminar en -a, trataban diversos hablantes los nombres de algunas poblaciones, quizá por haberse pensado en *pueblo* y no en *ciudad*: *Dabeibaviejo*, *Antioquiaviejo*, *Santa Rosa es muy amañador*". Y también, desde luego, los no terminados en -a: "Medellín me pareció muy hermoso".

Sin embargo, no se deben tomar esas afirmaciones de modo absoluto. El hecho de que en Chile se use también el m. con los nombres de provincias hace pensar que el género es independiente del apelativo presupuesto. Además, no puede decirse que no se use *ciudad* en el habla familiar y vulgar de Chile. Y hemos oído a amigos chilenos decir que *Antofagasta es hermosa* (lo mismo de *la Serena* o *Talca*) y que *Valdivia es hermosísima*.

²⁹ Es sin duda interesante la comparación con el francés y el italiano. En general los nombres de ciudad son femeninos en francés cuando terminan en -e muda (*Rennes prise*, *Narbonne est belle*, *Athènes est assiégée*) y masculinos en los otros casos (*Gand était investi*, etc.), pero con una serie de vacilaciones en uno u otro sentido (*ce Venise* en Proust, *le vieux Belleville* en Jules Romains, *Bucarest triomphante*, etc.). En la lengua hablada se manifiesta en todos los casos una clara tendencia hacia el masculino: *en plein Marseille*, *Venise est beau*, *Troville est charmant*, etc. (GRÉVISSE, *Le bon usage*, § 268). Esta tendencia es casi absoluta en el caso del adjetivo *tout*, que permanece invariable con los nombres de ciudad, ya se trate de los habitantes, ya de la parte material: "tout Antioche s'étouffait au théâtre" (Anatole France), "tout Rome remarquait qu'il semblait heureux" (Maurois), "tout Thèbes sait ce qu'elle a fait" (Anouilh), "tout Athènes serait détruit", "tout la Rochelle", etc. Grévisse, que registra esos ejemplos (§ 457), agrega las siguientes observaciones: Littré y la "Académie" dicen que *tout* es invariable ante un nombre de ciudad, sin hacer

7) Otras denominaciones

Reunimos aquí una serie de *denominaciones* que no vale la pena clasificar, como las siguientes:

el treinta, el cuarenta, el cincuenta, el sesenta, etc., porque presuponen *el número* (todos los números son m.); por la misma razón *el capicúa*, del cat. *capicua* m. ("la más grandiosa de las capicúas" escribía sin embargo Máximo José Kahn, *Año de noches*, Buenos Aires, 1944, p. 231); o *ando en los cuarenta, los cincuenta, etc.*, porque se sobreentiende años; *a la una, a las dos, a las nueve*, por horas³⁰;

el Málaga, el Marsala, el Rioja, el Borgoña, el Champaña, etc., porque presuponen *el vino*; el DRAE registra *el champaña* y *el champán* (fr. *le champagne*); *el champaña* en *Azul de Rubén Darío*, en *Sangre y arena* de Blasco Ibáñez, en poesía de L. Lugones y J. L. Luaces, etc., pero *la champaña* en *Nupcial* de José Asunción Silva, en *Cecilia Valdés* de

distinción ninguna; Lemaire, en su *Grammaire des grammaires*, admitía la concordancia en femenino siempre que el sentido no implicara personificación del pueblo ("toute Rome est couverte de monuments", "toute Venise est sillonnée de canaux"); hay efectivamente vacilación cuando se alude al aspecto material de la ciudad ("presque toute Rome fut la proie des flammes"), pero es muy rara en otros casos ("toute Rome en causait", sin embargo, en Zola). Desde luego, *tout* es invariable en *le tout-Paris, le tout Rome*, etc. ('toda la sociedad distinguida').

En italiano los nombres de ciudad son femeninos (salvo algún caso como *el Cairo*), pues se sobreentiende *la città*. Pero en muchos escritores —dice la *Grammatica* de TRAVALZA y ALLODOLI, p. 48— desde Alfieri, que dedicó una oda a *Parigi sbastigliato*, hasta Manzoni (uno de sus personajes dice "in un Milano", y él escribe "quel povero Casale") y el contemporáneo Moretti, que escribe "Bel mi' Firenze", se encuentran frecuentes ejemplos de lo contrario (hay gramáticos que lo censuran como incorrecto). Con *tutto, mezzo, stesso*, encontramos los siguientes usos en la lengua hablada, sobre todo de Toscana: "tutto Roma andò a ricevere il Principe", "mezzo Verona era presente al concerto" (pero "mezza Verona fu distrutta"), "nello stesso Roma succedono cose similari"; "C'è mezzo Bologna", etc. El *Dizionario etimologico italiano* de BATTISTI y ALESSIO registra como invariable *tutto* en *tutto Toscana*, y dice que es el uso del italiano antiguo (siglo XIV) y del pisano de hoy: "lo sa tutto Pisa".

Se ve que en los nombres de lugar hay tendencia, en ciertos casos, a la fijación de la forma masculina. Esa tendencia se manifiesta en castellano en usos con *todo, medio, un, mismo, propio*; en francés, con *tout*; en italiano con *tutto, mezzo, stesso*. Grévisse creía que el masculino en esos casos es más propiamente un neutro, "como si hubiera una des-sexualización general de los nombres propios de ciudad". No creemos que se pueda hablar en el comportamiento del género ni de sexualización ni de des-sexualización; sí puede hablarse de pérdida de la flexión genérica o de fijación de la concordancia en la forma indiferenciada del masculino.

Es indudable que los nombres propios, entre ellos los nombres de lugar, tienen un carácter especial y un comportamiento propio. BRÖNDAL (*Les parties du discours*, Copenhague, 1948, pp. 57-63, 91-95) les asignaba una categoría especial, que consideraba fundamental dentro de las clases de palabras. Hasta cierto punto pueden escapar al sistema general de la lengua: los apellidos, por ejemplo, presentan modernamente una tendencia a evitar la flexión del plural (*los Machado*, etc.), en español, francés e italiano (véanse nuestras *Buenas y malas palabras*, t. 2, 92-97). Es posible que la tendencia a la fijación del masculino, en ciertos usos, tenga carácter análogo: la forma masculina es la única que puede vaciarse de su carácter de forma específica de género, es la que puede asumir la representación de los dos géneros.

³⁰ En cambio, en el juego de barajas hay una serie de femeninos, que llaman la atención porque implican *puntos* o *tantos*:

las cuarenta (*acusar o cantar las cuarenta*), en el tute (con valor figurado lo documenta CUERVO, *Dice. de construcción y régimen*, en la comedia de Bretón, *A Madrid me vuelvo*: "Yo no sufro que mis novias / por su juguete me tengan, / y a las prime-

Cirilo Villaverde, en *El amor y la botella* de Carlos A. Salaverry y en el mexicano L. Zamora Plowes (ROD. HERR., t. 1, § 385); *el champaña* también en *Los heraldos negros* de César Vallejo; *champagne rojo* escribía Bolívar (MARTA HILDEBRANDT, *La lengua de Bolívar*, 21 n.); del mismo modo se explica sin duda *el antuya* en Salamanca, el vino que se hace antes de la vendimia oficial para beberlo durante las faenas de la vendimia y mientras no se puede tomar del nuevo (LAMANO);

el cólera, de *el cólera morbo* (*cholera morbus* de la terminología médica, aplicado desde el siglo XVIII al cólera asiático, en oposición a *la cólera*); en algunas regiones se produce la adaptación analógica a la -a: en Santander (MÚGICA, *Dial. esp.*, 7), en la provincia argentina de San Luis (no se usa *la cólera* más que para la peste, según me informa Berta

ras de cambio / les acuso las cuarenta"); MALARET, *Dice. de americ.*, registra *alzarse con las cuarenta* (armarse con todo) en la Argentina y P. Rico, *éstas son otras cuarenta* (es harina de otro costal) en la Argentina, Uruguay y Perú, pero *cortarle a uno el cuarenta* (impedirle la realización de un propósito) en Chile (ROMÁN lo da como prolongación de las expresiones de la brisca); *las cuarenta* (el tute, de origen italiano, es del siglo XIX) hace juego con *las veinte* (*acusar o cantar las veinte*), *las diez de últimas*, *las primeras* (quizá en este caso influya *las bazas*); en el juego de la escoba, también de origen italiano, *las setenta* (corriente en la Argentina);

la treinta y una, juego de naipes o de billar: *jugar a la treinta y una* (DRAE); más viejo parece *el treinta* ("Hay un juego de naipes que llaman el treinta", en Cov.; "los naipes con que se juega al quince, al treinta, la flor..."), en *Plaza universal* de Cristóbal de Castillejo, cit. por el D. A.; en *La pícaro Justina*, *estar a treinta y uno con rey* era pasarse en la bebida, pero parece variante o extensión de *estar a treinta con rey*, más general en el período clásico (véase Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*, C. C., t. 2, 62); en Venezuela se juega al treinta y uno, pero entre los juegos de azar prohibidos por el obispado de Caracas a fines del XVIII figuraban (no se especificaba el género) [*la*] *treinta y una* y [*el*] *treinta y cuarenta* (AVF, 1, 173; 3, 214-215); el DRAE registra [*el*] *treinta y cuarenta*, sin indicación de género (lo hemos oído m.);

las siete y media es lo habitual en España; pero en la Argentina, Guatemala, El Salvador, etc., *el siete y medio*; en Venezuela alternan el m. (LISANDRO ALVARADO, *Glosarios del bajo español*; ODALY BEAUMONT, en AVF, 3, 214) y el f.; *la media* es "la figura" (vale medio punto), pero no creemos que ésta sea la causa del f.

CEJADOR, en su *Fraseología*, registra además *estar tantas a tantas* "estar iguales en el juego", y lo documenta en *Casa de juego* de Francisco Navarrete y Ribera (1644) como uso figurado: "Porque en el ayuno y trabajo estaba tantas a tantas" (KENISTON, *The syntax of Castilian prose*, § 13.1, *tantos a tantos* en Enríquez de Guzmán). Correa, en su *Vocabulario de refranes*, daba otra expresión: "Treinta y tres, ni las tomes ni las des". El f. es habitual en el juego. A la pregunta de un jugador de cuántos tantos tiene el contrincante, puede oírse una respuesta de este tipo: "Ochenta y una". Un jugador pregunta a otro: "¿Cuántas?" Y éste contesta: "Me ganas por una". Un personaje de *Episodios venezolanos: Partidos en facha*, de Tosta García (Caracas, 1913, p. 125), dice: "es un punto de los más hábiles y sobresalientes en el tapete verde de la política. Tiene agarradas 34 de mano y está pasando agachadito". Y es general la expresión figurada: "Le voy a decir cuántas son cinco". También los niños cuentan en sus juegos: "una, dos, tres..."

Se sale de las expresiones del juego la siguiente: *vendrá a las mil y quinientas*, que parece proceder de la expresión jurídica *recurso de las mil y quinientas*, en que había que depositar efectivamente 1500 doblas. La expresión *éstos son otros quinientos* la usa MALARET en f.: *éstas son otras quinientas* (*Dice. americ.*, s. v. *cuarenta*).

Puede pensarse que el f. se ha iniciado en los casos en que había -a (*treinta, cuarenta*, etc.). O que se debe a que antes los tantos se contaban por medio de piedrecillas, chinitas, habas o cuentas. Nos parece más bien que los usos femeninos pueden haber surgido de frases como "*las cartas que valen cuarenta*", etc. O quizá hayan influido en ellos las expresiones modales (*a las primeras, a las claras, a la buena de Dios, a las veinte, a las mil*, etc.), tan geniales de la lengua, que pueden haber actuado inicialmente sobre el sintagma *jugar a la...*

Elena Vidal de Battini) y en partes de México (R. DUARTE lo registra en Guerrero y dice que *la cólera* por *el cólera* es palabra de Chilpancingo). Se encuentra también en Fernán Caballero, *Cuadros de costumbres*, Madrid, 1924, p. 307 ("Ya ves la cólera que tantas buenas se llevó por allí"). En el judeoespañol de Marruecos *la que no veamos* o *la coléra* (BENOLIEL, *BRAE*, 13, 519);

el cinema, de *el cinematógrafo*; cf. más arriba *la radio*, *la dinamo*, etc.; *el reuma* no es forma abreviada de *el reumatismo*, sino la original;

el Sahara, porque presupone *el desierto*;

el zonda, general en la Argentina para designar el viento cálido e impetuoso del Norte y de la región andina, hay que atribuirlo al género de *viento* (*el viento zonda*); ROD. HERR., t. 2, 579, documenta *el zonda* en Juan Pablo Echagüe, pero *la zonda* ("el soplo ardiente de las zondas") en Carlos B. Quiroga; *el zonda* registran LAFONE QUEVEDO, CIRO BAYO, etc.; de modo análogo se encuentra *el viento tramontana* en el *Quijote* y *el tramontana* en el *Bernardo* de Balbuena (ROD. HERR., t. 2, 578) y en Moratín (*BAE*, t. 2, 56b: "sopla el tramontana"); el *D. A.* lo daba como f. (y la expresión *perder la tramontana*, con valor figurado), y así aparece también en la *Gramática* de Salvá, desde principios del XIX, y en el *DRAE*;

el insecticida, por *el liquido* o *el polvo insecticida*;

el jipijapa, por *el sombrero de Jipijapa*;

un mil hojas, por *un pastel de mil hojas*;

los cazas, por *los aviones de caza*; también en it. *il caccia*, que MIGLIORINI, p. 34, explica como compuesto de imperativo y sustantivo, pero nos parece que es *un avión de caza* y no *un cazaviones*; cf. *los moscas*, *los ratas*, etc., nombres dados a ciertos tipos de aviones en la guerra civil española, y *los Stukas*, aviones alemanes marca Stuka, de la guerra última;

el pórtland, por el cemento de Portland; en la provincia de Buenos Aires *la portland*; en la provincia argentina de San Luis *la porla* (B. E. VIDAL DE BATTINI, *BDH*, 7, 82, 92).

Del mismo tipo hay una enorme cantidad de denominaciones: *un Angora* (< *un gato de Angora*), *un Terranova* (< *un perro de Terranova*), *el Virginia* (< *tabaco de Virginia*), etc.³¹ Y una serie infinita de nombres de establecimientos: *el Astoria*, *el Diana*, *el Inglaterra*, *el Viena*, *el Plaza*, etc. (hoteles, cafés, cines), *el Cap Arcona*, *el Lusitania*, etc. (barcos o vapores). La materia es realmente inagotable.

g) PARTÍCULAS Y EXPRESIONES SUSTANTIVADAS

Las partículas, formas verbales, exclamaciones, modos adverbiales y locuciones latinas se sustantivan regularmente en m. De ahí una serie de masculinos en -a: *el mañana* (frente a *la mañana*; como *el ayer*, *el hoy*; "¿Por qué piensa en un mañana?", en Güiraldes, *Xaimaca*, 134), *los cercas* ("el cerca y el lejos", escribe Ortega y Gasset, *El hombre y la*

³¹ En realidad este tipo de denominaciones es numerosísimo y cada región tiene las suyas. En Chile *el zaragoza* y *el magdalena blanco*, dos variedades de durazno (ROMÁN, s. v. *durazno*). En la Argentina *los patrias* son, según la región, los caballos de la policía o del ejército, o los ponchos o botas que se dan a los soldados. En México *el caracas* es 'el chocolate', en otros países de América 'el cacao procedente de la costa de Caracas'. En Venezuela, *el Zulia*, que presupone *el Estado Zulia* (en su origen el Zulia era un río). Etc., etc.

gente, p. 102), *el arriba* (“¿Quién sabe esprito de hijos de los hombres si sube el arriba y esprito de la quatropea si descende el abaxo a la tierra?”, en la *Biblia* de Ferrara, *Eclesiastés*, cap. 3), *un viva* y *otro viva*, *un muera*, *un basta*, *un fuera* (como *un abajo*, etc.), *los dacas* (en *Quevedo*), *el voila* (del juego de la taba), *el tanto monta*, *el non plus ultra*, *un porvida*, *más vale un toma que dos te daré*, *el tira* y *afloja*, *el pasa-pasa* (el juego de pasa pasa), *el duermevela*, etc.

Algunos de ellos han pasado, accidental o permanentemente, al f., por influencia de la -a:

afueras era m., y así lo prescribían la Acad. (*Dicc.* de 1780), BELLO (§ 135) y casi todos los diccionarios del siglo pasado; CUERVO, en la 1ª ed. de sus *Apuntaciones*, criticó el f., y también F. J. ORELLANA en *Cizaña del lenguaje*, R. DUARTE en su *Dice. de mej.* (registraba el f. en el Distrito Federal y Yucatán, y en los periódicos y buenos autores de México y Cuba) y MONNER SANS en sus *Notas al cast. en la Argentina*; la Acad. autorizó también el f. (en la 12ª y 13ª ed.), que ya habían usado el Duque de Rivas y Trueba; SALVÁ prescribía *los afueras* y *los cercas* como términos de pintura; CUERVO, en la Nota 36 a Bello, decía que cada día iba prevaleciendo *las afueras*, pero conservaba *los afueras* de los pintores, en sistema con *los cercas* y *los lejos* (véanse ROD. HERR., t. 2, § 581; RESTREPO; CUERVO, § 223; SELVA, 9; *D. H.*); la Acad. admitió después sólo el f., que es hoy lo general (*Las afueras*, título de una novela de L. Goytísolo Gay, publicada en Barcelona, 1958); se conserva el m. en la provincia argentina de San Luis (*BDH*, t. 7, 90, 110);

alarma está documentado como m. en el *D. H.* (“con fiero alarma cielo y tierra atruena”: Virués, *Monserate*, *BAE*, 17, 532); el *DRAE*, Barcia y casi todos los léxicos lo daban como m. (SELVA, 9; ECH. REYES, 66, criticaba el f.); como m. lo usaba sistemáticamente en Venezuela el historiador González Guinán (*Hist.*, t. 7, 348, etc.); en la medida en que progresó la sustantivación, se acomodó el género a la forma; hoy es sólo f. (desde la 10ª ed. del *DRAE*; ya lo señalaba así CUERVO, § 223); en cambio *alerta* se sustantiva en m. (*dar el alerta*; “Mantienen el alerta en Turquía”, título en un periódico de Buenos Aires, pero *una alerta sutil* escribe Pedro Díaz Seijas, *El Nacional*, Caracas, 10 de agosto 1958);

contra se ha sustantivado como m. en *el pro* y *el contra* (*DRAE*; PAGÉS lo documenta en A. de Cáceres y Sotomayor y en el *DRAE* de 1899); pero es frecuente *llevar la contra*, *hacer a uno la contra*, *ir a la contra*, *engañar la contra*; además *la contra* ‘dificultad, inconveniente’, muy usado por Juan Valera (“Entre muchas contras tiene esto la contra gravísima...”, en *Obras*, t. 1, 667; “Una gran contra tiene Dafnis y Cloe”, *ibid.*, 796; “más sentía esta contra que todas las penalidades pasadas”, *apud* PAGÉS); quizá por eso se oye también *el pro* y *la contra*; SALVÁ, p. 21, lo daba como f. (“la contra que eso tiene”), pero decía que había quien lo usaba en m. (“el contra que eso tiene”); BELLO, en su *Gramática* (1847), prescribía el m.; en Cuba, ROD. HERR., t. 1, § 375, registra *la contra* ‘adehala’ (en Venezuela *la contra* es la *contraguña*, un recurso contra la mala suerte; en España *la contra* es una parte de la carne de res); como término musical lo académico es *los contras* (“los contras del órgano”, en Antonio de Valbuena, *apud* PAGÉS), aunque SALVÁ lo daba como f.;

extra se sustantiva en m.: *un extra* ‘adehala, gaje, plus’ (*DRAE*); en la Argentina es general *las extras* (“me pagaron las extras”), quizá de *las horas extras*;

nada se ha usado en m., por ej. en la *Biblia* de Ferrara, de 1553 (“Diré yo en mi corazón anda agora provarte en alegría y vee en bien y he también el nada”, *Eclesiastés*, cap. 2), en Santa Teresa (“tener en poco nuestro nada”, cit. por KENISTON, *The syntax*, § 40.67), en Vélez de Guevara (“yo os volveré al primer nada”, dice el rey D. Pedro, que amenaza con matar a D. Lope, en *El diablo está en Cantillana*, II, C. G., 145), en Samaniego (“El apetito ciego / ¡a cuántos precipita / que por lograr un nada / un todo sacrifican!”) y en Andrés Bello (“¿Será el espacio un puro nada?”, en la Introducción de su *Filosofía del entendimiento*); en su *Gram.*, § 365, admitía BELLO *un nada* o *una nada* (“una cosa de ínfimo valor”), pero *la nada* (“la inexistencia de todo”); en *Guzmán de Alfarache*, “la nada del hombre ¿qué se levanta y gallardea?” (*apud* KENISTON, *loc. cit.*); “Dios hizo el mundo de la nada”, es hoy lo general (“el caos o la nada”, en Moratín, *BAE*, t. 2, 51b), pero todavía es frecuente *el nada* en la prosa moderna (“*un nada*, *un nonada* dicen algunos, pero es más seguro hacerlos femeninos”, SALVÁ, 21); en Ortega y Gasset (“el *todo* y el *nada*, el *muchas* y el *ninguna* han de entenderse más bien como exageraciones”, *Estudios sobre el amor*, Buenos Aires, 1940, p. 164), en Rosa Chacel (“Toda mi esperanza aguarda el misterioso germinar del nada, del sustancioso fruto hueco, el cero, total de mi balance”, *Estación. Ida y vuelta*, Madrid, 1930, p. 199; “—Eres tú la que crea un ambiente donde no puede germinar nada. —Nada, nada. Es que ese nada que no puede germinar en ningún ambiente es lo único que se me ofrece”, *Teresa*, Buenos Aires, 1941); también “El nada absoluto”, título de un artículo editorial de *La Prensa*, Buenos Aires, 1º julio 1944; el venezolano Gil Fortoul, *El humo de mi pipa*, París, 1891, pp. xii-xiii, escribía “el salto a la nada eterna”.

Detengámonos en un par de términos rituales de la Iglesia. Al sustantivarse, adoptaron el m.: *el mea culpa* (“este aparente mea culpa”, escribe Julio Payró, en *Sur*, núm. 95, p. 82), *el via crucis* (“este via crucis”, en Galdós, *Fortunata y Jacinta*, t. 3, 43; sobre sus vacilaciones véase NRFH, 7, 101), *el hosanna*, etc. (como *el tedéum*, *el réquiem*, *el miserere*, *el padrenuestro*, etc.; sin embargo *la salve*, ya en el *Diario* de Colón, 12 de octubre de 1492). Pero algunos han presentado vacilación o se han incorporado al f.:

avemaria figura como f. desde el *D. A.*: “otras tantas Ave Marías”, “las Ave Marías” en el *Quijote* (I, 17; II, 50); *las avemarias* en Gil Vicente, *una y otra avemaria* en Tirso, *en una avemaria* en Correas y en Solís, *las aves Marías* en el Duque de Rivas, *una sola Avemaria* en Bretón (*D. H.*); *el avemaria*, *un avemaria* son frecuentes en los textos, pero no implican uso m. (se deben a la a-); en la Argentina hemos oído a veces *los avemarias* (también *los salves*);

aleluya era m. (“Viniendo al aleluya, dice: que el aleluya se cante”, en fray José de Sigüenza, cit. por ROD. HERR., t. 1, § 296); luego *cantar el aleluya* o *cantar la aleluya* (*D. H.*); se conserva el m. cuando designa el tiempo de Pascua (*por el aleluya nos veremos*) y se ha generalizado el f. en todas las otras acepciones (véase ROD. HERR., *loc. cit.*); sin embargo, “el aleluya jubiloso” en Vossler, *Formas literarias en los pueblos románicos* (Col. Austral, p. 125, trad. de Carlos Clavería) y “el alleluya gregoriano” en Alberto Ginastera (*Sur*, núm. 121, p. 85; informaciones de Raimundo Lida);

magnificat se sustantiva en m. (*el magnificat*, que CUERVO, § 222, do-

cumenta en la *Historia de Jerusalén* de Ochoa), pero por acomodación morfológica se hizo *la magnífica*, ya en los clásicos (CUERVO, *loc. cit.*, lo documenta en *BAE*, t. 35, p. 300a, y t. 53, p. 158a) y hoy en Colombia (también *la maunífica*, CUERVO, *Obras inéditas*, p. 149) y Santo Domingo (P. HENRÍQUEZ UREÑA, *BDH*, 5, 172; PIETER, en *Bol. Acad. Domin.*, 2, 53: *recé la manífica*); RAFAEL DOMÍNGUEZ, *Ensayos críticos*, México, 1940, p. 277, señala *la Magnífica* o *la Manífica* entre los ancianos; el comandante Uriondo escribe al general La Serna en 1816: "el general Tristán, al atacar Tucumán, pidió misericordia y aprendió a rezar la magnífica para libertarse de otra semejante tempestad" (Emilio A. Coni, en *Bol. de la Acad. Nac. de la Historia*, Buenos Aires, 15, 1941, p. 317).

Caben también aquí algunos latinismos muy recientes del lenguaje científico, diplomático, pedagógico o filosófico: *los memoranda*, *los pensa*, *los quanta*, etc. Estas formas anómalas presentan siempre conflictos cuando salen del ámbito puramente profesional. Es frecuente el uso de *los memorándums* o *memorándumes* y algo también *los memorandos*, que es la hispanización más adecuada (acaba de adoptarlo la Academia Española). Hemos visto también en Venezuela y Colombia *los pénsums* o *los pénsumes* (con el valor de plan de estudios). En la Argentina ha habido profesores que han hablado y escrito de *los cuantas*, aunque la tendencia nueva es usar *los cuantos*, y así la obra de Louis de Broglie se ha traducido como *La física nueva y los cuantos* (Losada, Buenos Aires, 1941). Véanse, sobre estos plurales, nuestras *Buenas y malas palabras en el castellano de Venezuela*, t. 1, 2ª ed., pp. 275-278.

h) OTROS CULTISMOS Y EXTRANJERISMOS

Una serie de cultismos y extranjerismos en *-a* se han usado o se usan en m. En primer lugar *el mana*, hoy *el maná*:

la mana es la forma más antigua, documentada muy abundantemente desde Berceo y Alfonso el Sabio hasta el siglo xvi, escrita frecuentemente desde 1400 *la magna*, con *g* ultracorrecta (CUERVO, *Ro*, 33, 249-255; *Id.*, *Disquis. filológ.*, t. 2, 118-125; *Id.*, en *BICC*, 1, 210-211; GILLET, ed. de la *Propalladia* de Torres Naharro, t. 3, 106; *DCEC*, s. v.)³²; desde el siglo xv se empieza a usar *el mana*, sin duda por influencia erudita, para acomodarlo al neutro latino (*manna album* en la Vulgata, traducido al español como *mana blanco*), y en el *Aucto del magna* (*Colección de autos* de Rouanet, t. 1, 169-181) alternan el m. y el f.: el m. en el título, luego *el bendito magna* (p. 179) en rima con *mañana*, y *el magna de Dios* (en el villancico final); pero "de la magna del desierto esta obra ha de tratar" (al comienzo). Ese masculino anómalo tuvo poca vida, pues ya en el siglo xvi se encuentra *el maná* (Corominas lo documenta en *Perivale*, 1591)³³, según Cuervo, porque "vino a la memoria de los ecle-

³² Es igualmente f. en una serie de lenguas románicas: it. *la manna*, fr. *la manne*, cat. *manna* (hoy *maná* o *magná* m., pero son f. *manna* en Menorca y *maina* en Mallorca, según el *DCEC*).

³³ Cov., que trae *manna* para la significación bíblica, registra *maná* para las acepciones secundarias: "es la maná un vapor muy graso y suave, el cual se condensa de noche y descendiendo se asienta sobre las yervas, de tal manera que se puede coger como goma; *maná* es también una confitura más menuda que la grajea ordinaria". La *Pragmática* de Tasas de 1860 dice: "cada libra de maná buena..." (PACÉS).

Actualmente *la mana* sólo se conserva en acepciones derivadas: en Aragón 'grajea'

siásticos su origen oriental y bastó un poquito de pedantería para acomodarlo a la norma de *Jehová, Caná, Sabá*, etc." En realidad la anomalía morfológica de *el mana* se resolvió con la acentuación aguda, que destaca el carácter exótico de la palabra y la hace entrar dentro de los agudos en *-á*, todos masculinos (*el sofá, el faralá, el la, el fa, el panamá*, en la Argentina *el chiripá*, etc.). De manera análoga *aimára* (es lo indígena) se ha hecho *aimará*; *pucára* (fortaleza, en quechua) se ha hecho *pucará*, en la toponimia peruana y argentina; en casi todo el dominio hispánico *el resedá* por *la reseda*, sin duda por influencia del francés³⁴; *a naná* (*a* era el artículo femenino del portugués) se hizo *el ananá(s)* en el Río de la Plata. Todavía en Lope de Vega (*El niño inocente de la Guardia*, acto II) *mana* rima con *indiana*.

Hay una serie de voces en *-a* en que el m. se debe indudablemente a influencia francesa:

abracadabra, voz de origen griego debida a la literatura cabalística; también m. en francés (documentado desde el siglo XVI) e italiano;

tranvía penetró en español a principios del siglo XIX como hispanización del inglés *tramway*; en el *DRAE* entró como f. (11^a ed., 1869), y ese género trataron de defenderlo empeñosamente los académicos Alejandro Oliván, Salustiano de Olózaga y otros (véase *Memorias de la Acad. Esp.*, 4, 1873, pp. 290-306; Juan Valera, *Obras*, t. 31, 343); pero el uso se pronunció por el m., sin duda por influencia del fr. *le tramway, le tram*, y lo adoptó en seguida, no sin discusiones, la Acad. (12^a ed., 1884); en Nuevo México y en Guatemala *la tranvía* (ESPINOSA, *BDH*, t. 2, § 18; BATRES JÁUREGUI, *Vicios del lenguaje*, s. v.; SANDOVAL, *Dicc. de guatemalteq.*, s. v.), por acomodación a la *-a* o bien por influencia de *la vía*; véase *NRFH*, 7, 101;

pijama o *piyama* (las dos formas son académicas; *piyama* es lo general en Venezuela, la Argentina, México, etc., y respeta más la pronunciación original; *pijama*, general en España, se atiene a la grafía); es voz de origen oriental generalizada por el inglés *pyjamas*; en Colombia

(Borao); en Colombia 'la sustancia sacarina medicinal que fluye de varias plantas', frente a *el maná* (CUERVO, § 113*d*); también en S. Domingo (P. H. U.) y seguramente en otras partes. El *D. A.*, que acentúa siempre *maná*, lo da como ambiguo (*aquel maná, maná buena*, etc.), pero la acentuación de sus citas es moderna. En las distintas regiones hispánicas alternan en diminutivo *manito* y *manita* para el azúcar purgante: *la manita* en la Argentina, P. Rico, etc.; en Chile y Cuba *purgante de manito*. El *DRAE* distingue *la manita* 'sustancia sacaroidea que se encuentra en el maná' de *el manito* 'maná convertido en un cuerpo muy blando y muy ligero que se usa como purgante para los niños'. Es decir, el diminutivo de *la mana* o *el maná* ofrece la misma alternancia que el diminutivo de *la mano*, aunque, al parecer, con distribución geográfica inversa.

³⁴ Se ha documentado *el resedá* en Colombia, las Antillas, México, Argentina, Chile y España (CUERVO, § 73; HENRÍQUEZ UREÑA, *BDH*, 5, 135; TORO Y GISBERT, *BRAE*, 8, 506-507; R. DUARTE: en VERACRUZ; PICHARDO, *Dicc.*: lo daba como amb.; MALARET, *Americ. y Prov.*; SEGOVIA, 611; GARZÓN, *Dicc. arg.*; ROMÁN; ECH. REYES, 66: *el reseda*, pero la falta de acento puede ser errata); también se da en el Paraguay. Su uso ha penetrado en la poesía; se encuentra ya en la prosa de Fernán Caballero y de la Pardo Bazán. Salvá llegó a registrarlo como correcto en su *Diccionario*. Últimamente ha habido una reacción contra esta forma galicista de la palabra y en favor de la acentuación etimológica *reseda*, imperativo del latín *resedare* (según Plinio se decía *reseda morbos* 'calma las enfermedades' como fórmula mágica, al aplicar la planta para la curación de tumores). En italiano se encuentra a veces *il reseda*, que se ha explicado también por probable influencia francesa (MIGLIORINI, p. 22).

y Venezuela la *piyama* (*holgadas piyamas* en las *Memorias* de Pocaterra, t. 1, 213; *una piyama remendada* en *Puros hombres* de Antonio Arraíz, p. 120; RESTREPO); en Cuba la *payama* (CONSTANTINO SUÁREZ, *Vocab. cubano.*; ROD. HERR., t. 2, § 306); sin duda el masculino culto y académico se ha visto favorecido por el fr. *le pyjama* (hay que tener en cuenta que hasta hace poco casi toda la vestimenta venía de París).

Hay muchos más, pero de menor importancia, por su uso más reducido o su poca extensión, y no nos vamos a detener en ellos³⁵. Tampoco

³⁵ Hay que descartar *malta*, que figuraba como m. en el *DRAE*, sin duda por el francés (*le malt*); siempre lo hemos oído como f., en España y en América, y así figura ahora en el *DRAE* de 1956. Quizá valga la pena mencionar los siguientes:

vodka, del ruso, es f. para la Acad. (conforme al género ruso), pero lo hemos oído siempre como m. en España, la Argentina, Venezuela, México, etc.; *el vodka* escribe Fernández Gutiérrez, en su traducción de *El doctor Jivago*, Barcelona-México, 1958, p. 328 (también en italiano *il vodka*, pero popularmente *la vodka*; fr. *la vodka*);

trápala es f. como 'embuste, engaño', pero el *DRAE* lo da como m. en la acepción de 'flujo o prurito de hablar mucho y sin sustancia' (este m. nos parece muy extraño y no lo hemos podido documentar);

oriflama es f. (del fr. *oriflamme* < *aurea flamma*), pero el poeta venezolano Jacinto Fombona Pachano lo usa como m. ("el fugaz oriflama de una hora"); MIGUEL DE TORO Y GISBERT, *Los nuevos derroteros del idioma*, París, 1918, p. 146, anotaba "el oriflama inmenso del gran Dios" en poesía moderna; también el fr. *oriflamme* tiende hoy al m.;

mesana, del it. *mezzana*, es f.; pero Lugones, *Pleno sol*, lo hace m. ("como un franco bajel, de azul embanderando quiméricos mesanas");

entelequia es f. (del lat. *entelechia*, f., gr. *ἐντελέχεια* f.) pero Montalvo escribe *el entelechia* ("Fejoo... discurre acerca de entelechia de Aristóteles", "El entelechia de los antiguos", en los *Siete tratados*, Besanzón, t. 2, 1882, pp. 9, 45, etc.);

izaga 'lugar en donde hay muchos juncos' figuraba como m. en el *DRAE* (17ª ed.), pero se ha suprimido en la 18ª ed., de 1956 (Cov. no indica género);

balboa, moneda de Panamá, quizá porque representa a un personaje masculino (cf. *un bolívar, un sucre, un napoleón*, etc.); de modo análogo *el buda, un buda*, se llama en la Argentina una espiral contra los mosquitos; *el herma* (de Hermes) es un busto sin brazos;

tequila es f. para la Acad. y así lo oímos en una canción; en el bar se pide *un tequila* (cf. más arriba *un vodka*); SANTAMARÍA, *Dicc. de mej.*, lo da como m. y lo documenta en una serie de autores; en México alternan el m. y el f., el primero quizá por *el aguardiente de Tequila*;

chuica, en Costa Rica, 'trapo roto y sucio, andrajo, guñapo' es m. (*los chuicas* de una persona son sus vestidos, dicho despectivamente).

Claro que hay muchísimos más. No incluimos aquí los compuestos, que hemos estudiado en otra parte: *el colemula*, en Colombia, especie de ruana (MALARET, *Americ.*); *el cosicosa* (*aquel cosicosa* en fray Juan de los Ángeles, *Lucha espiritual*, parte II, cap. 5, ed. *NBAE*, 327b), etc. La Academia da como m. *anaiboa*, de Cuba, jugo nocivo que contiene la catívia, pero los autores cubanos lo dan como f. (C. SUÁREZ, *Vocab. cubano*; ROD. HERR., t. 2, § 288). El *D. H.* da como m. *almacabra* 'cementerio': RODRÍGUEZ MARÍN, *2,500 voces*, ha encontrado *al almacabra* en un documento de 1554 (se usaba entonces el artículo *el* ante cualquier sustantivo que empezaba en *a-*), y él mismo usó *del almacabra* ("el taimado moro que abusivamente cobraba el pasaje del almacabra", en el estudio preliminar de su *Rinconete*, Madrid, 1920, p. 68).

MIGUEL DE TORO Y GISBERT, *Enmiendas al Dice. de la Acad.*, pp. 173-174, criticaba a la Academia el dar como masculinos *pretoria* y *zabullida*. Eran evidentes erratas de imprenta, salvadas en la edición de 1914 (figuraban como femeninos en ediciones anteriores, la de 1837, por ejemplo). Le criticaba también (p. 172) el m. de *nicotina*, que puede haber sido errata (f. en la ed. de 1914), aunque figuraba como m. en el de Barcia, de 1881, y en el *Dicc. encicl. hispanoam.* (pero en el texto, siempre *la nicotina*).

En cambio, nos sorprende que una voz de uso popular como *la curita* (trozo de esparadrapo con desinfectante para cubrir heridas pequeñas) se diga, en ciertos sectores de México, *el curita*.

nos vamos a detener aquí en una serie de voces técnicas de las diversas profesiones, ni en los numerosos compuestos de verbo y sustantivo en *-a(s)*, como *el cubrecama, el guardarropa, el cortaplumas*, etc., que hemos estudiado en otra ocasión.

i) UNA ULTRACORRECCIÓN: *el mapa*

La tendencia general de la lengua es que las formas en *-a* se acomoden al femenino. Pero hemos visto que, por vías diversas, hay en castellano una cantidad enorme de masculinos en *-a*. Esos masculinos son en su mayor parte de origen culto, y ello explica que una voz que en su origen era de la lengua técnica tenga en castellano un masculino ultracorrecto: *el mapa*, del lat. *mappa* f. En la lengua antigua era f.:

una mapa en fray Luis de Granada (*Introd.*, 1ª parte, cap. 23); *unas mapas* en el Guzmán de Alfarache (libro I, cap. 7; *C. C.*, t. 1, 167); pero ya *el mapa* en Cervantes (*Quijote*, I, 21; II, 6), en Góngora (AL. SELFA) y en Lope de Vega ("este mapa, cifra del mundo", *Epistolario*, ed. Amezáa, t. 3, 94); el *D. A.*, que cita *un mapa* en el P. Cristóbal de Fonseca (1596), da la voz como ambigua; Pérez Galdós, en *Juan Martín el Empeinado* (*Obras*, t. 1, 783b), hace decir a su héroe: "Me han dicho que la gente de Cádiz, los políticos y los periodistas, se ríen de mí porque una vez dije *la mapa*. Los militares no estamos obligados a estar siempre con el libro en la mano viendo cómo se dicen y cómo no se dicen las cosas".

El femenino etimológico se conserva en el siguiente uso del habla familiar: *La ciudad de Toro es la mapa de las frutas, En punto de vinos Jerez se lleva la mapa* (DRAE). Es una frase hecha, hoy ya perdida en gran parte del dominio hispánico³⁶. Indica que el f. tuvo arraigo popu-

³⁶ Se ha registrado en Cespedosa de Tormes (SÁNCHEZ SEVILLA, *RFE*, 15, 160: 'el modelo, lo mejor de una cosa'), en Asturias ("sidre de reyón ye la mapa de la sidre": RATO, *Vocab. bable*, s. v. *reyón*) y en Santo Domingo, donde puede usarse en dos acepciones (según PIETER, en *Bol. Acad. Dominic.*, 2, 53): 1º 'sujeto muy versado en todo' ("Pregúntaselo a fulano, que es la mapa"); 2º 'noticias minuciosas pertinentes a algo ocurrido o por ocurrir' ("Ven conmigo, que te voy a hacer la mapa de lo que sucedió a Malena con Sarapio", uso del Cibao). También en parte de Venezuela: Manuel Trujillo anunció en 1953 haber terminado una novela titulada "La mapa" (en el estado Miranda —dice— el pueblo llama *mapa* al que sabe mucho, al sábelotodo): véase *Buenas y malas palabras en el castellano de Venezuela*, t. 2, 78.

Corominas documenta ese uso en *Las guerras civiles de Granada* de Pérez de Hita: "He de apaciguar estos bandos con quitar seis cabezas a cada linaje.—Los caballeros le suplicaron no hiciese tal, porque eran la mapa de la ciudad, y todos bien emparentados" (*BAE*, t. 3, 545b; también 542b). Luego lo encontramos en una canción de *Día y noche de Madrid* de Francisco Santos, del año 1663 (*BAE*, t. 33, 432a): "Es tu nariz nada impropia / de lo ajustado la mapa, / y aunque cubre dos claveles, / poco tapa". A fines del xviii, en *El muñuelo*, un sainete de Ramón de la Cruz ("toda la mapa del primer lleva en el pelo"). En el xix, en las *Escenas andaluzas* de Estébanez Calderón ("Soy la mapa", ed. Espasa-Calpe, 1941, p. 127). Antonio Espina, en su *Luis Candelas* (ed. Espasa-Calpe, Buenos Aires-México, 1941, p. 8), registra una canción popular madrileña, que se remonta según él a los comienzos del siglo pasado y que empieza así: "Es la corte la mapa / de ambas Castillas / y la flor de la corte / las Maravillas". Creemos que de 'representación cartográfica' se pasó a 'imagen o modelo', y de ahí a los otros usos.

También en el dialecto portugués de Tras-os-Montes *a mapa* designa el sitio en el que una cosa es originaria o en el que se da con mayor abundancia ("as margens do Douro eram a mapa do vinho do Porto", cit. por Corominas).

lar. S. FDEZ., 162, cree que el cambio de género pudo haberse producido por analogía con *plano*. Creemos más bien que el paso al masculino ha sucedido al mismo tiempo que el de *planeta* y *cometa*, en que la reacción erudita impuso el masculino frente al uso tradicional; con *planeta* y *cometa* está muy unido *mapa* en el léxico de la cosmografía y de la geografía de la época. Nuestra opinión es que el uso culto lo arrastró al masculino junto con esos y otros cultismos en *-a*.

Otros casos de masculinos en *-a* antietimológicos (*el climax*, etc.) se explican por influencia francesa. La ultracorrección en el género se da también en los femeninos en *-o*: cf. más arriba *monopastos* y *polispastos*, *quersidros* y *parasemo*.

CONCLUSIÓN

Hemos visto una imponente cantidad de masculinos en *-a*. Esos masculinos no son sólo cultismos y extranjerismos que han mantenido el género original, sino también formas de creación española o voces procedentes de lenguas extrañas (indígenas de América o del lejano Oriente), en que no ha podido actuar el género de la lengua de origen. Aún más, alguno de esos masculinos es ultracorrecto (*el mapa*). En conjunto testimonian cierto prestigio de la *-a* como terminación anómala del masculino.

Esa serie de masculinos en *-a* contrasta con la escasa cantidad de femeninos en *-o* (hemos visto que, en rigor, sólo *mano* mantiene su género sin vicisitudes). Mientras los cultismos femeninos en *-o* (*la sínodo*, *la método*, etc.) terminan por acomodarse a la terminación, la acción erudita, desde el siglo xvi, logró imponer una serie de masculinos en *-a* que la lengua antigua —en general más hispanizadora— había incorporado al f.: *enigma*, *epigrama*, *clima*, *aroma*, *cisma*, *emblema*, *planeta*, *cometa*, etc. Estos masculinos anómalos tienen además carácter estable. Es verdad que algunos de ellos tienden, en el habla popular, por atracción analógica, a hacerse femeninos. Pero en conjunto se mantienen, y hasta puede decirse que se ha acrecentado su número en el último tiempo. Aun en la flexión diminutiva conservan sin vacilación su anomalía morfológica: *el diita*, *el poemita*, *el problemita*, *el mapita*, etc., en contraste con la vacilación *la manita-la manito*.

Así, pues, la *-o* gobierna más cerradamente el género masculino; la *-a* tiene menos rigidez, es menos determinante, tiene más flexibilidad. Dicho en otros términos, el masculino es más libre (no se deja arrastrar estrictamente por la terminación), y además de tener la terminación *-o* casi específicamente suya, se acomoda bastante bien a cualquier terminación, incluso a la *-a*. ¿Cómo se explica esa diferencia?

Puede pensarse en el frecuente uso del artículo *el* con numerosos femeninos en *á*: *el agua* (<*ela agua*), etc. En la época clásica era general también ante *a*- inacentuada (*el Armada*, *el Andalucía*, etc.) y aun ante cualquier vocal (*el espada*, etc.). Esa aparente anomalía de concordancia pudo haber dado efectivamente a los sustantivos en *-a* una menor rigidez. Pero no parece que ésa sea la razón determinante, ni la fundamental.

Hemos estudiado en este trabajo sólo los nombres en que no hay referencia a sexo. Si analizamos además el comportamiento de las termi-

naciones *-o*, *-a* en los nombres de persona, en que el género está muchas veces determinado por la significación y en que la forma es aún menos decisiva, observaremos una cosa análoga: escasos femeninos en *-o* (*la reo*, *la testigo*, *la sujeto*, *la modelo*, *la oíslo*, *la soprano*, *la virago* y algunos más) en contraste con centenares de masculinos en *-a*, de origen culto (tipo *el poeta*) y de formación popular (tipo *el guarda*, *el cabecilla*), a través de toda la historia de la lengua.

Hay que admitir, pues, que el distinto comportamiento de las dos terminaciones se debe a que el género masculino es el principal; el femenino es un género derivado. Lo cual está de acuerdo con las líneas generales de la evolución de los géneros desde el indoeuropeo, según Meillet (*op. cit.*, t. 1, p. 213): "el femenino aparece como un subgénero en el interior del género animado".

Con todo, la terminación *-a* en el masculino constituye una anomalía morfológica. Hemos visto en una serie de casos cierta tendencia a la acumulación de anomalías. La terminación *-os*, *-as*, con la *-s* final, es anómala en singular; esa anomalía favorece la anomalía del género (*la quersidros*, *el galimatías*, etc.). Otras veces la anomalía del género se acrecienta con una acentuación esdrújula (es decir, ultraculta), como en *el anágrama*, *el epigrama*, etc. (hemos visto además *la libido*, *la cáligo*; en la acentuación de *cartilago* puede haber contribuido su viejo uso femenino). *O* con una acentuación aguda (es decir, extranjerizante), como en *el maná*, *el resedá*, *el ananá*, etc. La acumulación de anomalías le da a la palabra un aire exótico. Y por eso es frecuente el masculino anómalo en voces de origen extranjero (véanse, por ejemplo, las de origen oriental) para destacar morfológicamente el carácter exótico de la palabra. La anomalía está muchas veces al servicio de la diferenciación semántica (cosa por lo demás frecuente en las alternancias de género), no sólo para distinguir una acepción popular de una culta (*el fantasma-la fantasma*, *el tema-la tema*, *el crisma-la crisma*, *el cometa-la cometa*, etc.), sino acepciones de orden distinto: *los águilas* (peces) frente a *las águilas*; *el goma*, *el zona* y *el cólera* (enfermedades) frente a *la goma*, *la zona* y *la cólera*; *el llama* (animal) frente a *la llama*; *el boa* (prenda de vestir) frente a *la boa*; etc. El género anómalo destaca un valor significativo, que no es el corriente dentro del sistema general de la lengua.

Tenemos, pues, en castellano un sistema de terminaciones *-o*, *-a* que responden a la oposición de m. y f. Pero dentro de él tenemos otro, de órbita menos amplia, de masculinos en *-a*. Esos masculinos ejercen también atracción analógica: aun la anomalía se acrecienta analógicamente. La lengua es en rigor un conjunto de sistemas, complejo e inestable. Y precisamente en esa inestabilidad, en el juego simultáneo o alternado de las distintas fuerzas, encuentra a veces el habla individual y poética sus posibilidades de creación y de libertad expresiva.

ÁNGEL ROSENBLAT